



LA

HABITACIÓN



University of Illinois at Urbana-Champaign
Department of Plant Pathology





Legado Puig i Puig

ENCICLOPEDIA
PARA LA JUVENTUD.

ARTES

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

SUNTUARIAS



CARTAS Á UNA SEÑORITA

SOBRE

LA HABITACIÓN Ó MORADA HUMANA

POR

D. FRANCISCO MIQUEL Y BADÍA

2.^a EDICIÓN

ILUSTRADA CON 42 GRABADOS

BARCELONA

Librería de JUAN y ANTONIO BASTINOS, editores

Calle de Pelayo, números 52 y 54

1888

12-27223



ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

LA HABITACION.

CARTA PRELIMINAR.

OBJETO DE ESTAS CARTAS.—IDEAS GENERALES SOBRE LA HABITACION HUMANA.—PLAN DE LAS CARTAS SUCESIVAS.

Queridísima amiga: Diera yo de buena gana mis bienes presentes y futuros por zafarme del compromiso en que me he metido. ¡Buena la hice al prometerte que te hablaría de la habitación humana y de sus vicisitudes al través de la historia, en sendas cartas acompañadas de dibujos y garabatos! Por fortuna, aunque yo sea zurdo para tratar con acierto de la materia, como esta ofrece tela abundante, como no me faltan buena voluntad y entusiasmo, y como mi corresponsal está predispuesto en favor mio, hecha la señal de la cruz, á uso de buen cristiano, allá voy resueltamente y Dios me saque en bien de la empresa.

Figúrate, Teresa mia, á nuestros padres Adán y Eva, expulsados del paraíso terrenal despues de su primer pecado, y sintiendo incontinenti las necesida-

des que aquejan al hombre. Procuráronse en seguida vestido con que tapar su desnudez, y muy pronto hubieron de buscar donde resguardarse de las inclemencias del tiempo, en especial durante el descanso del sueño. Cuando á un caminante le sorprende la noche en despoblado, su primer acto, instintivo casi, es buscar un árbol, un peñasco avanzado, un cuerpo, en fin, que le proteja algun tanto y le libre en mayor ó menor grado de la lluvia y del relente de la noche. De seguro que los hombres primitivos hicieron lo mismo, y que bajo las copas y las hojas de los árboles espléndidos que hallaron en la region donde tuvo su cuna el género humano, corrieron á refugiarse así que el cielo desencadenó una tempestad y la lluvia comenzó á caer á torrentes. Verian entónces por experiencia, que las ramas y las copas de los árboles más frondosos y mayores eran débil amparo contra tan poderosos elementos, contra las ráfagas de viento y contra las trombas de agua; y aguzando el ingenio idearon la choza, plantel de la habitacion humana. ¿De qué medios se valieron para armarla?

•Suponte que en el centro de un bosque se halla establecida una familia. El padre, en quien reside la mayor inteligencia, escoje dos árboles de regular altura colocados á distancia de algunos pasos. Deja en pié estos dos árboles, y limpia de ellos y de arbustos el espacio intermedio; luego, valiéndose de puntales ó de cuerdas que ha tejido con plantas fila-

mentosas y ayudándole en la operacion ^{sus hijos y} las mujeres, si conviene, pues ya comprenderás que las primitivas no serian tan remilgadas como las descendientes tuyas, agrupando todas las fuerzas de que dispone, logra encorvar ambos árboles y sujetarlos por lo alto, valiéndose otra vez de la misma cuerda, de juncos, etc., etc. Realizada esta operacion, puede decirse que tiene ya la armadura de la choza ó cabaña. En circulo, tomando por extremos del diámetro los dos citados árboles, planta otros que ha arrancado del mismo bosque, desarraigándolos por medio de estacas, piedras puntiagudas y otros útiles no más perfeccionados, y así que los tiene sujetos en la tierra, une sus extremos con el punto de interseccion de los dos primeros. Esto le dá por resultado una suerte de jaula de perdiz de grandes dimensiones; pero conseguido lo más difícil, es para el padre de la primitiva familia cosa hacedera y hasta llana terminar lo restante. Llena los intervalos de los árboles con cañas, ramas, yerbas de gran tallo, etc., sujetándolos con juncos y plantas textiles, y como todavía le quedan rendijas ó intersticios que es preciso hacer desaparecer para que la habitacion sea más cómoda, cubre con barro toda la superficie exterior é interior de la cabaña, á semejanza de lo que verifican con sus nidos algunos pájaros, obedeciendo instintivamente las leyes maravillosas del Creador de cielo y tierra. Pájaros, dije, y me he quedado corto, puesto que todos los animales, sin excepcion alguna,

sienten la necesidad de colocarse á sí y á sus pequeños al abrigo de la intemperie. Muchísimo has oído hablar del castor, y por mucho que te hayan ponderado la habilidad con que fabrica sus madrigueras, el tino con que tapa por medio del barro sus intersticios, los recursos que pone en obra para mejor librarse de sus enemigos, no llegará á buen seguro á la realidad de las cosas mismas. Y el hombre, animal inteligente, más perfecto que todos los animales en la escala zoológica, ¿no había de sentir necesidades, no iguales, sino más grandes que las que sienten seres inferiores á él por su construcción física, y que en ningún punto pueden comparársele, por separarles la distancia inmensa que va del ente dotado de razón al ser irracional? ¿No había de necesitar el hombre habitación, como necesitan cuadrúpedos, aves, reptiles, etc., madrigueras y nidos? Hé aquí por qué hubo de construir la choza que te he descrito. Fáltale una abertura que sirva de puerta en el lado contrario al del viento, que suele traer aguas, con lo cual quedará lista la sencilla habitación del hombre primitivo, cuya construcción verás de un modo claro si echas una mirada al adjunto mamotreto. (Fig. 1.)

Cambiamos ahora de sitio, y supongamos que la familia de que te estoy hablando, se abrigaba al pie de un monte amparándola, por ejemplo, un corte peñascoso. Es muy posible, ó mejor es indudable, que en tal caso no serán dos árboles unidos por su cima la armadura de la casa que construya. Entónces



Fig. 1.

apoyará en la misma roca troncos de árboles que sujetará también por medio de plantas filamentosas; así trazará un cuadrado ó cuadrilongo, sobre cuyas paredes echará largas vigas que sostendrán la cubierta, formada por una espesa capa de yerbas y hojas secas, ligadas en hacecillos ó sujetas por el limo de algun riachuelo inmediato, y en la que aparecerá hasta la chimenea rudimentaria que dá paso al humo, signo exterior de vida en el hogar doméstico.

Paso tras paso no se contentó ya el hombre con la cabaña cónica que en primer lugar te he descrito, sino que trató de hacerla más holgada y más fácilmente divisible. En los ángulos de un cuadrado ó cuadrilongo elevó cuatro mástiles, que dos á dos sujetó por los extremos, como lo habia hecho el jefe de la familia del bosque. Al rededor del cuadrilongo, y hasta cierta altura, hizo unas como paredes, valiéndose de los mismos, mismisimos recursos, de que se valió su antecesor: de uno á otro punto de interseccion de los cuatro árboles, pasó un madero, y éste le sirvió de apoyo para montar con troncos y estacas un techo en pendiente, que cubrió asimismo de ramaje seco. Esta choza trae sin duda su origen de la tienda que armaban y arman en el desierto, ó en lugares despoblados, esas razas trashumantes que existen todavía en la superficie del mundo. Tan pronto como el hombre llegó á tejer las plantas filamentosas, pudo arreglar un lienzo de algunas varas con que formar en pocos instantes una tienda: cinco

palos puestos en la conformidad que te he explicado anteriormente, y el lienzo tendido sobre ellos, constituían todos los materiales y toda la ciencia necesaria para obtener aquel albergue.

No se dió aún por satisfecho el hombre cuando, merced á su ingeniosa habilidad, hubo levantado casas por el estilo de las que te he pintado, construidas todas con árboles, arbustos y ramaje. Pensó en utilizar la piedra é inventó la pared de mampostería. Si alguna vez por casualidad has visto á algun albañil alzar una pared á piedra seca, sin argamasa, puedes imaginar haber contemplado al hombre primitivo que, más á tientas si se quiere, con ménos maña, probó de construir, y construyó en efecto, paredes de piedra para su habitacion. Colocáronse primero los pedruscos, más ó ménos grandes, de modo que sólo encajaran aproximadamente; se quiso luego perfeccionar más la obra, y se suavizaron las aristas de las piedras, á fin de que ajustaran mejor unas con otras; más tarde se rellenaron los intersticios de barro ó argamasa, y así paulatinamente pasó la albañilería desde la infancia en que se hallaba al edificar la modesta choza, objeto de estas líneas, hasta la virilidad más robusta al construir los admirables monumentos que en el Oriente y en el Occidente, en la antigüedad y en los tiempos modernos constituyen la ejecutoria más preciada del género humano. Las condiciones geológicas y topográficas de los pueblos acabaron de imprimir carácter peculiar á la parte

material de sus edificios. Así, donde había grandes canteras y razas fuertes, los sillares de los muros eran enormes en magnitud y peso, como acontece, por ejemplo, en las llamadas *construcciones pelásgicas* —obra de los pelasgos— ó *ciclópicas*, por creerse que debieron ser cíclopes ó gigantes quienes la llevaron á cabo; en las comarcas en que escaseaba la piedra, era el aparejo más pequeño, y se acudia como suplementaria á la pared de tapia; allí donde faltaban del todo las canteras y en cambio abundaba el barro á propósito para la fabricacion de ladrillos, este material servia á los arquitectos y albañiles, que con ellos levantaban monumentos de extraordinaria belleza y de riqueza no escasa; en los puntos en donde había montañas peñascosas, las chozas, casas y hasta monumentos de sin par magnificencia, se escavaron en la roca viva, naciendo de aquí los llamados edificios *trogloditas*, y por fin, en los rios y lagos montáronse las casas sobre pilas de madera ó piés derechos, de modo tal, que el agua circulaba por debajo de ellas, como acontece aún en la China y en otros países, habitaciones que se denominan *lacustres*, por referencia á los sitios en que se hallan levantadas. En el curso de mis cartas verás comprobado por ejemplos, lo que acabo de apuntarte.

Y hechas estas observaciones que te servirán de preliminar ó proemio de lo que trato de referirte en los dias sucesivos, déjame que te indique el plan que seguiré en la excursion que vamos á emprender. La

materia de las cartas venideras irá distribuida de este modo:

Carta I. Oriente en la antigüedad.—Indos, asirios, egipcios, hebreos.

Id. II. Occidente en la antigüedad.—Grecia.

Id. III. Id. id.—Roma.

Id. IV. Edad Media.—Pueblos septentrionales.

Id. V. Id. id.—Id. meridionales.

Id. VI. Renacimiento.—Epoca moderna.

Id. VII. Apuntes sobre algunos pueblos de especial fisonomía en el viejo continente.—América.

Con que, dispon el hatillo y en marcha. Como en la linterna mágica desfilan trastos y fantasmas, irán pasando algo atropelladamente por delante de tus ojos gentes y civilizaciones muy variadas y de aspecto diversísimo. A la cosa le tienes tú afición decidida, y por lo tanto espero que no perderás la paciencia mientras no hayamos llegado al fin de la jornada, que cuidará de hacerte lo más amena y entretenida posible tu amigo que de veras te quiere y tus piés besa.—F.

CARTA PRIMERA.

EL ORIENTE EN LA ANTIGÜEDAD.—INDOS, ASIRIOS, EGIPCIOS Y
HEBREOS.

Queridísima Teresa: Al echar una mirada á la historia antigua se presentan como conspicuos los indos, los asirios y los egipcios por un lado, y por otro formando grupo distintísimo los griegos y los romanos. El origen de estos relativamente al de los ántes citados, bien puede calificarse de moderno, ya que los anales de los pueblos de Oriente, las cronologías asiria y egipcia se pierden en la oscuridad de los siglos. A pesar de los grandes descubrimientos que se han hecho há pocos años y que se hacen casi todos los dias; á pesar de que los sábios alemanes, ingleses y franceses han empleado un caudal admirable de estudio y de paciencia para descifrar geroglíficos y escrituras primitivas; á pesar de que entre las narraciones históricas del pueblo asirio y las contenidas en los Libros sagrados, se ha notado una correspondencia que confirma en el terreno científico la verdad de los últimos sublimes textos; á pesar de tanto caudal de investigaciones, datos, noticias, documentos, como se han aportado para rehacer en todos sus pormeno-

res la vida de los pueblos antiguos del Oriente, quedan aún muchos puntos vagos y otros incompletos, entrando en esta categoría los relativos á las habitaciones particulares de los indos, asirios, hebreos, egipcios y demás pueblos que se desarrollaron y florecieron ántes que Roma avasallase con sus ejércitos el universo mundo.

Algo, sin embargo, puedo decirte que tenga fundamento. Comenzando la tarea intentaremos una excursión rápida al Indostan, á Nínive y á Egipto, en donde hallaremos curiosos monumentos que nos servirán para el objeto de estas cartas. Tiene la arquitectura índica una grandiosidad que se caracteriza más por sus soberbias moles y complicada ornamentación, que por la combinación feliz de las líneas dominantes en sus edificios. Un templo, una pagoda índica, no los confunde el más lerdo con un templo griego, con los Propileos de Atenas. Es otro mundo, es otra civilización, es otra idea la que ha creado unos y otros edificios. La arquitectura índica tiene un carácter marcadamente religioso; en el libro *Manasara ó esencia de la proporción*, están contenidos preceptos minuciosos sobre el arte de edificar; ceremonias religiosas acompañan á las operaciones principales que han de ejecutarse para la construcción de un edificio cualquiera, desde el templo y palacio más suntuosos á la casita más humilde; y, por fin se atribuye á los arquitectos indos origen divino. De Visvakarma, arquitecto del cielo—dice la leyenda re-

ligiosa—descienden todos los arquitectos. Visvakarma tuvo cuatro hijos, uno de los cuales fué carpintero, otro agrimensor, el tercero albañil, y el cuarto arquitecto ó *stapathi*. El arquitecto debía haber estudiado la mitología y la astrología, saber bien aritmética, geometría y dibujo, y conocer por práctica la escultura.

Refieren los libros sagrados de la India que existen cuarenta especies de ciudades ó poblaciones que se diferencian entre sí por su extension y por la figura del perímetro. Seria cuento de nunca acabar el meternos en tanto embrollo, del cual sacarias á la postre lo que el negro del sermon: los piés frios y la cabeza caliente. Unicamente apuntaré la disposicion de la clase de ciudad llamada *madyavartha*, trazada sobre una planta cuadrada. Dividiase en ella el terreno en tantas partes iguales como contiene la figura mística titulada *tchandita*, igual exactamente á nuestro tablero de ajedrez ó damas. Los espacios así señalados se dividian entre las varias castas que formaban el pueblo indo. Las casas particulares cuidadosamente alineadas, eran más ó ménos altas, segun el rango de las personas que las habian mandado edificar y que las habitaban, de modo tal que, por ejemplo, las pertenecientes á las clases ínfimas, sólo podian constar de planta baja, ó á lo más un piso superior. La puerta no se hallaba en el centro del edificio, y así, en el caso de medir la fachada diez piés de longitud, se abria entre los cinco piés á la derecha y los

cuatro á la izquierda, ley que se aplicaba también á los templos. Un trozo del *Ramayana*, poema índico de larga extension, como la tienen asimismo otras obras de su literatura, describe una de las ciudades antiguas, y por lo dicho hasta ahora y por lo que vas á leer tendrás elementos bastantes para imaginar qué aspecto presentaria una poblacion en aquel antiguo pueblo oriental. Dice el *Ramayana*:

«A orillas del Saraya se extiende una vasta comarca, fértil y deliciosa, llamada *Kosala*, y abundante en trigo y en riquezas de toda suerte. Allí se alza »*Ayodhia*, ciudad celebérrima en este mundo, edificada por el mismo Manú, el señor de los hombres. »Tiene doce *yodjanas* de longitud, por tres de anchura: sus calles y callejas están perfectamente arregladas, y su piso regado de continuo por agua viva. »Vive allí Dasaratha, el más poderoso de los monarcas, hasta en los tiempos en que Indra moraba »en Maravatí. Cércanla altas murallas, flanqueadas »por torres más altas aún, adornadas de estandartes »y llenas de armas incendiarias; rodéanla fosos inexpugnables, y tiene abiertas en los muros puertas »magníficas en arco. Todas estas obras y las numerosas máquinas de guerra que guarda la ponen á »cubierto de los ataques de reyes extranjeros. Habitan la ciudad un pueblo de poetas y de músicos, artífices hábiles en todas las artes y una »multitud de danzarinas; y á la misma llegan sin cesar gran número de príncipes tributarios y de

»mercaderes de todas las naciones. Véanse inmensas
 »cabezas de ganado, cabras, mulos, camellos y ele-
 »fantes. Es hermosa por sus jardines y por sus
 »bosques de mango y por sus palacios de labor ex-
 »quisita, realzados por joyas y elevados como mon-
 »tañas. Háblase de sus hileras de ricas tiendas, de
 »sus casas soberbias con varios pisos y de sus mag-
 »níficos edificios: en una palabra, su aspecto es embe-
 »lesador y brilla esplendente como el cielo de Indra.
 »La ciudad toda se halla pintada de diversos colo-
 »res; sus construcciones emplazadas una junto á otra
 »sin blancos intermediarios y en terreno suavemen-
 »te nivelado, aparecen decoradas por filas de árboles.
 »Es ciudad célebre por sus deliciosas fiestas; óyense
 »en ella de continuo los sones de los cimbalos, de
 »los timbales y de los laudes; y en verdad se aven-
 »taja á todas las ciudades de la tierra, asemejándose
 »las casas que encierra á las mansiones celestes que
 »los *siddhas* alcanzan por premio de su austeri-
 dad.»

Te creerás haber leído un fragmento de un cuen-
 to de hadas ¡tan ideal es la descripción que he
 copiado! Por tal has de tenerla; pero como al fin y al
 cabo la imaginación de los poetas al trazar sus cua-
 dros más asombrosos parte de hechos ciertos y so-
 bre ellos se funda, no será aventurado afirmar que
 la ciudad descrita en el comienzo del *Ramayana* es
 una ciudad de la India retocada, mejorada y subli-
 mada por Valmiky el real ó supuesto autor—que en

esto no me entrometo —del mencionado famosísimo poema sanscrito.

No cede Asiria al Indostan en magnificencia. Sus templos y palacios hubieron de ser construcciones maravillosas en las cuales el arte llegó á una altura prodigiosa, segun de ello ofrecen testimonio los fragmentos de Nínive, Koyunjik y Korsabad que guarda hoy el Museo Británico como tesoros de precio incalculable. El territorio comprendido entre el Tigris y el Eufrates en donde estuvieron emplazados esos centros de civilizacion oriental ha sido teatro de hechos memorables, de grandes batallas, de acciones heróicas y por él han ido pasando pueblos tan diversos como los asirios y los medos, armenios, persas, egipcios, griegos, partos, romanos, árabes, las naciones occidentales cristianas que fueron á las cruzadas y los turcos. En Nínive, en Babilonia y en Persépolis han de estudiarse las fases que recorrió su estilo peculiar arquitectónico. El ladrillo y las planchas de mármol eran los elementos empleados principalmente en los edificios asirios. El azul constituia su color predilecto, y esta tinta solia darse á los fondos de algunas dependencias que se cree por vestigios encontrados que se hallarian adornadas con pinturas de asuntos, traza y estilo parecidos á los que se ven en los bajo-relieves. He citado los bajo-relieves asirios y es cosa de decirte sobre ellos algunas palabras. Debieron tener esas obras escultóricas grandísima importancia en aquel pueblo,

pues á juzgar por los numerosos ejemplares que de ellas se conservan en nuestros dias constituyeron la decoracion más rica y más significativa de los monu-

mentos pú-
blicos y de
losedificios
privados
con rela-
cion en és-
tos, segun
es de supo-
ner, con la
riqueza de
sus dueños
ó habitado-
res.

Notepe-
saria á buen
seguro una
visita al
Museo Bri-
tánico, para
echar una
ojeada á los
bajo-relie-
ves asirios



Fig. 3.

y ya que no te fuese posible ir á Lóndres, no te enojaria recorrer las láminas fotográficas que reproducen los ejemplares más notables y que te ense-

ñaria en nuestra Academia de Bellas Artes si no nos separasen, como nos separan ahora, muchas leguas de distancia. Allí verias con qué simplicidad y al par con qué tino naturalista están reproducidas escenas religiosas, batallas, hechos de caza; allí verias, á los reyes asirios Asshuruazirpal y Asshurbanipal ya á pié, ya montados en sendos carros luchar con sus enemigos, vencer á un fiero leon ó acometer otras parecidas empresas; allí te enterarias de no pocos usos y costumbres del pueblo asirio; allí podrias sacar copia exacta del traje que vestian reyes, magnates y pueblo, hallando reproducidos con exactitud pasmosa los dibujos de las estofas, el labrado de las joyas, con otros pormenores de no menor curiosidad y valia; allí por fin notarias, con no escaso asombro, que los atalajes y monturas de los caballos usados entre los asirios tenian semejanza extraordinaria, igualdad diré sin exageracion ninguna, con los arreos que emplean hoy todavia para sus bestias los calese-ros y tragineros de varias provincias de España y sobre todo de los reinos de Valencia, Murcia y Andalucía. Templos y palacios tenian, además, otro elemento escultórico de decoracion que consistia en colosales figuras de leones ó toros alados con cabeza humana, restos arquitectónicos que hasta fuera del sitio en donde estuvieron emplazados, infunden respeto y atestiguan la suntuosidad de los monumentos asirios. Te incluyo una apuntacion de bajo-relieves y una vista, restauracion hecha por el arquitecto

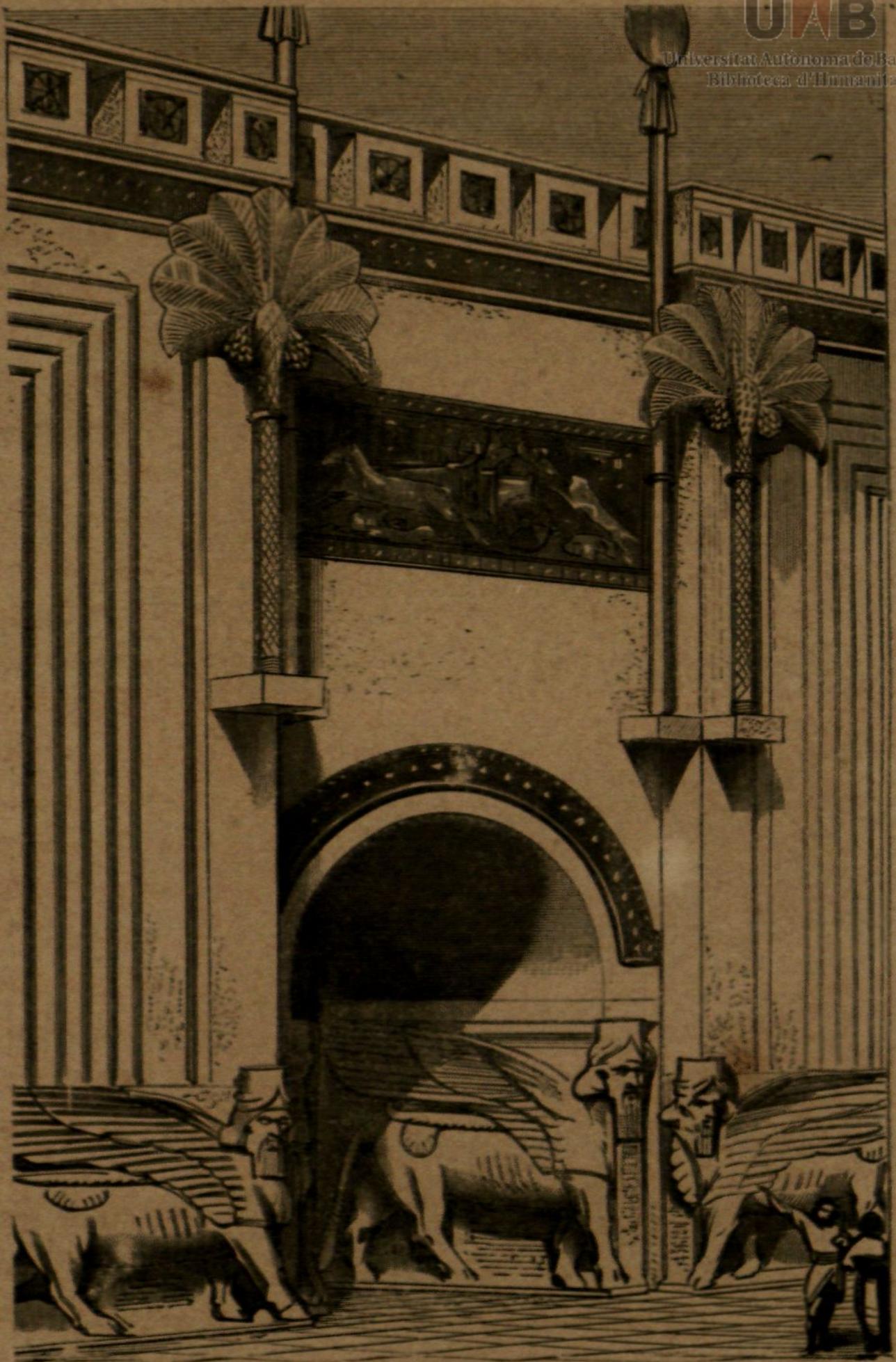


Fig. 3.

francés Violet-le-Duc de la entrada del salón del trono del palacio real de Asiria, para que por el hilo de las líneas del dibujo saques tú el ovillo del papel que hubo de representar en la antigua civilización oriental el pueblo de que te estoy hablando.

Las inscripciones abundaban, asimismo, en los monumentos asirios. Aunque me achaques á manía el buscar textos de las épocas en que se alzó un monumento ó brilló esplendorosa una civilización, no puedo resistir al deseo de transcribirte una plegaria á Dios, de Asshurbanipal y los títulos de Asshurnazirpal puestos al pié de una estatua suya; dice la plegaria:

»Que la mirada de piedad que resplandece en tus ojos disipe mis sufrimientos.

»Que no sienta nunca la ira y cólera del Dios.

»Que sean lavadas mis omisiones y pecados.

»Que me reconcilie con él porque yo soy el siervo de su poder, el adorador de los grandes Dioses.

»Que tu rostro poderoso venga en mi ayuda; que brille como los cielos y me bendiga con la felicidad y la abundancia de riquezas.

»Que me procure la abundancia como la tierra, dichas y toda suerte de bienes.»

Asshurnazirpal, que vivió por los años 884 ántes de Jesucristo, fué el sólo rey asirio que dejó su estatua, la cual lleva en el pecho la ántes aludida inscripción, concebida en estos términos.

»Asshurnazirpal, el gran rey, el poderoso rey, rey

de naciones, rey de Asiria, hijo de Tulgulti-ninip, el gran rey, el gran rey, el poderoso rey, el rey de naciones, Rey de Asiria, hijo de Vul-nirari, el gran rey, el poderoso rey, rey de naciones, rey de Asiria: conquistador del Tigris al Líbano y al gran mar. Todos los pueblos del mundo desde donde sale el sol á donde el sol se pone ha sometido á su yugo.»

¿No revelan estas inscripciones el génio de un pueblo entero?

La dificultad de hallar muchas veces noticias concretas sobre las habitaciones particulares de los pueblos antiguos ha sido hasta ahora causa y lo será tambien más adelante de que me entretenga algo más en la descripción de los palacios y obras públicas que, siquiera indirectamente, ayudan á formar idea de lo que fueron las habitaciones orientales en los tiempos anteriores á la venida de Ntro. Sr. Jesucristo. Por la misma razón te diré que los palacios asirios, así en Ninive como en Babilonia, se levantaban sobre terrazas ó arriates superpuestos, sostenidos por anchos muros; que constaban de un gran salón del trono ó de audiencia que tenía á su alrededor las habitaciones del príncipe, de su familia y servidores; que estas piezas estaban cubiertas por bóvedas, al decir de algunos arqueólogos, ó por grandes plafones de madera, sostenidos á su vez por medio de columnas de la misma materia, diversamente decoradas; y que los bajo-relieves y esculturas se hallaban rica-

mente coloridas y doradas, ayudando, por lo tanto, de una manera eficacísima á la magnificencia de tales monumentos. Igual disposicion en anfiteatro, por medio de terraplenes superpuestos, tenian los celebrados jardines suspendidos de Babilonia, de los cuales afirma Quinto Curcio historiador romano, que segun cuenta la tradicion, fueron construidos por un rey asirio para complacer á su esposa, que echaba de ménos incesantemente los numerosos jardines y bosques de Persia, su país natal. Créese que este rey es el designado en las Sagradas Escrituras con el nombre de Nabucodonosor. Ya sabes, Teresa del alma mia, que los jardines de Babilonia han sido clasificados entre las maravillas del planeta en que vivimos, y á fé que no faltarian motivos para concederles lugar tan preeminente. Su base consistia en un cuadrado de ciento veinte metros de extension por lado; sobre esta planta se iban elevando por gradacion hasta doce cuerpos que formaban otras tantas terrazas, la última de las cuales media una elevacion de setenta y cinco piés; á cada arriate se subia por escaleras exteriores, y artificios hidráulicos movidos á brazo conducian hasta los puntos superiores de los jardines el agua del rio Eufrates necesaria para el riego de los árboles y plantas, su principal y más embelesador ornamento.

Para terminar con la parte referente al arte babilónico te añadiré que las casas propias de familias modestas, construidas de ladrillo, ofrecian al exterior

poquísimo movimiento en sus líneas. El geógrafo Estrabon afirma que se empleaban en las casas pilares de madera, alrededor de los cuales se ajustaban en espiral unas cuerdas trenzadas con juncos que se pintaban luego de diversos colores. Los edificios no tenían tejado sino que remataban en azotea. Los ladrillos solían llevar una inscripción que se ocultaba en el interior del muro, estando revestidos al exterior de un vidriado ó barniz y teniendo á veces relieves más ó ménos pronunciados que se colorian también. Al referirme á los palacios te he hablado de bóvedas. Háse negado que los babilonios conociesen este sistema ó medio de construcción, pero hoy son muchos los autores sapientísimos y muy perspicaces que afirman lo contrario. El citado Estrabon habla de las bóvedas que había en los principales monumentos de la altiva y opulenta Babilonia.

Prosigamos con la velocidad de una locomotora de tren expreso la excursión que hemos emprendido por los pueblos orientales antiguos, y atropellando por todo plantémonos en las orillas del Nilo. Sabes bien que en tiempos remotísimos brilló allí esplendente una civilización que ha sido objeto de largo estudio por parte de los historiadores y que ha dado ocasiones de lucimiento á los modernos egiptólogos. Como hoy todo se extiende, propaga y hasta vulgariza, los hallazgos y descubrimientos que se han hecho en el Egipto y las baratijas—que son verdaderos tesoros de arqueología—reunidas en los museos han

puesto algo en moda el estilo artistico de los faraones, de manera que con labor egipcia más ó ménos pronunciada se han llegado á labrar colleras, pendientes y brazaletes de superlativa riqueza. Habrás oido hablar mucho de la flor del loto que figuraba de una

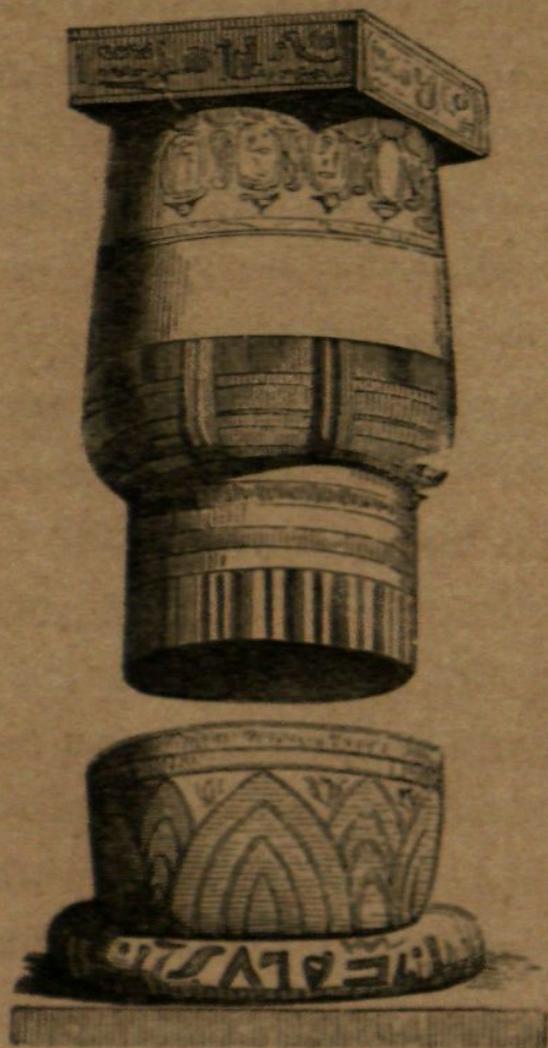


Fig. 4.

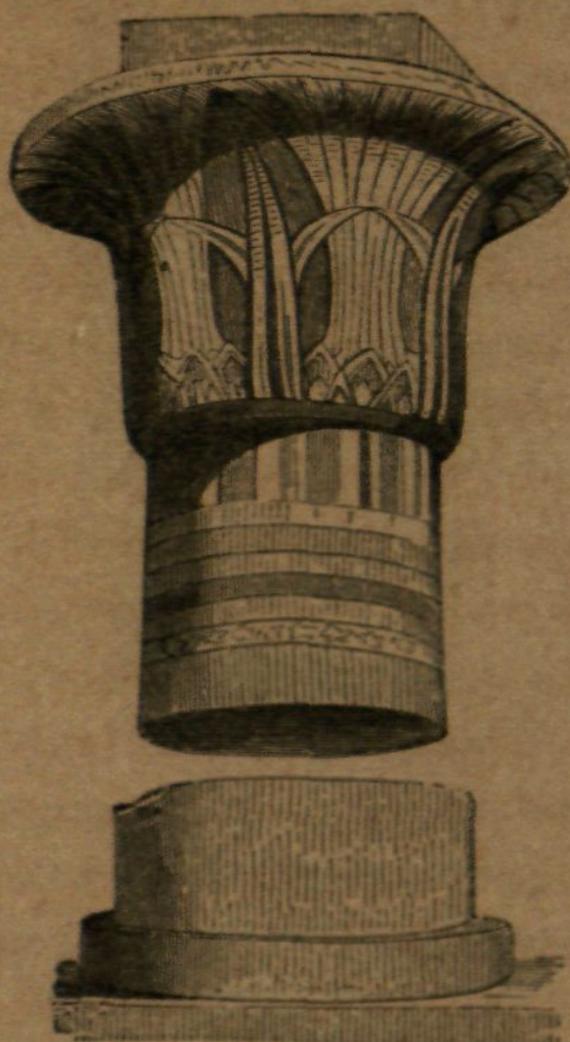


Fig. 5.

manera capital en la ornamentacion egipcia; *lotus* llamaban los antiguos á tres especies distintas de *nymphaeas*, á saber : la blanca, la azul y la rosada, esta última descrita por Herodoto, con la exactitud que el padre de la Historia puso en sus relatos, fun-

damento de todas las investigaciones y estudios posteriores. Los artistas egipcios combinaban con sin igual primor el loto con otros motivos de decoracion, se-

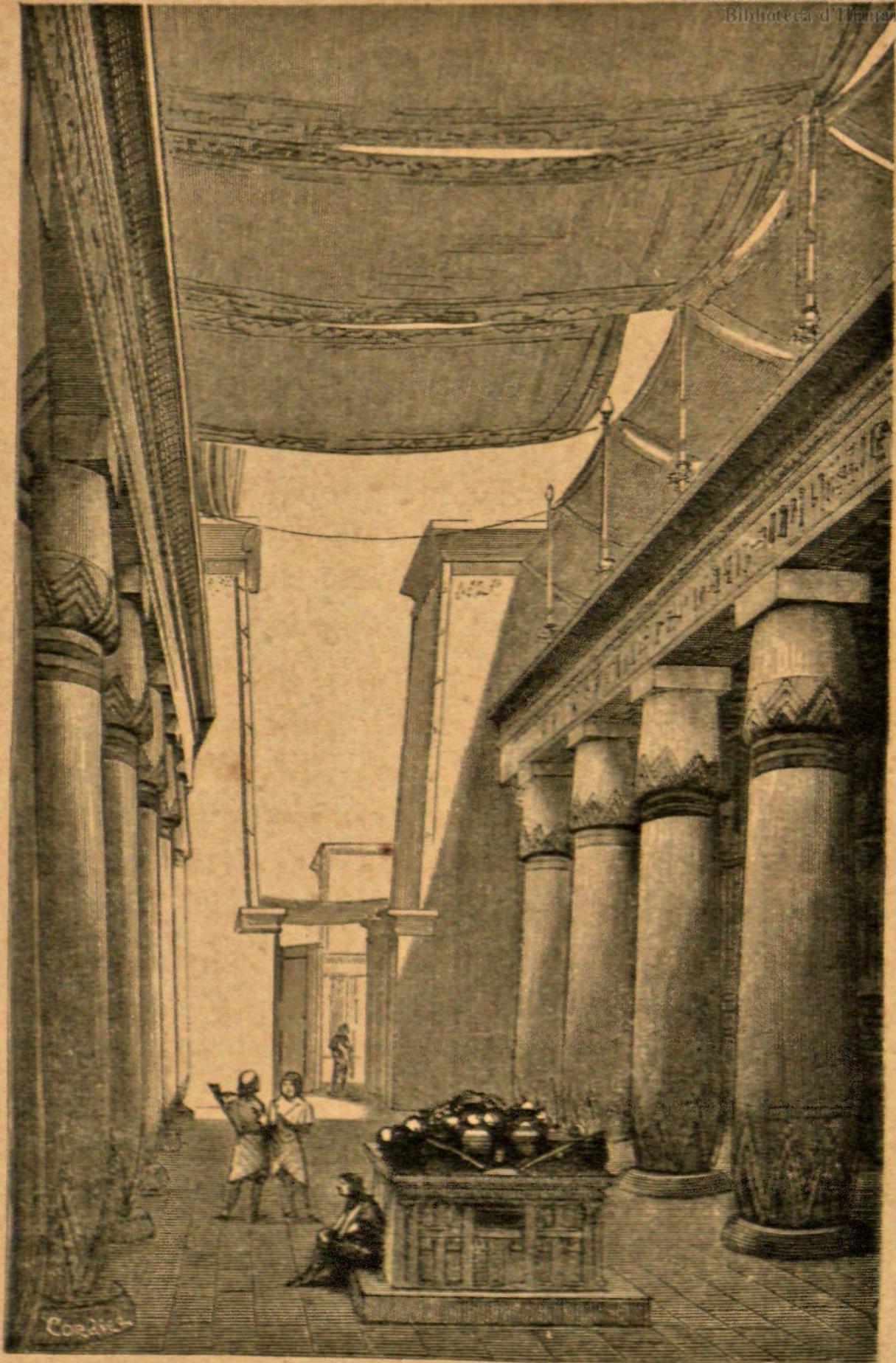


Fig. 6

gun puedes verlo por los dibujos que te remito (fig. 4, 5 y 6). El capitel de flor de loto abierta ó cerrada caracteriza á los edificios egipcios de modo tal, que es imposible equivocarlos con los de otro estilo alguno. La severidad y grandiosidad de los monumentos elevados por las dinastias del Egipto no han de ser objeto de mis cartas, aún cuando no pueda prescindir de encarecértelas para que te fijes en ellas

si alguna vez llegan á tus manos las excelentes fotografías inglesas que reproducen el *lecho de Faraon* en Phile, el *Memnonium* de Tebas y los templos de Edfou, Karnac y Luxor.

Limitémonos pues á los palacios y casas. Tienen los primeros marcada semejanza con los templos en su planta y disposicion. Un gran *pilon* ó sean dos lienzos de muro unidos por un armazon de puerta y llenos de relieves ó geroglíficos forman la entrada. Los relieves y los geroglíficos esgrafiados en las pa-



Coedès

Fig. 7.

redes, recubiertos de una coloracion especial y en la que dominan las tintas terrosa con el azul; el amarillo y el rojo eran tambien elemento principal en la exornacion egipcia y han servido, junto con los *papyrus*, para llegar á averiguar menudamente el alcance y la importancia de la civilizacion, así como los accidentes más pequeños de la vida y costumbres de aquel antiguo pueblo. El *pilon* daba entrada á una sala, especie de peristilo, detrás de la cual seguian la *sala de los libros* ó biblioteca y otras dependencias de carácter público ó casi público, terminándose el edificio con las salas, cámaras y camarines destinadas al uso doméstico, al exclusivo uso de la familia del *nomarca* ó gobernador de *noma*—provincia diríamos ahora—y del elevado personaje que contaba con posicion y riquezas para tener y sostener un palacio. En algunos edificios de esta clase—dice Wiolet-le-Duc—precedia al salon que llamaríamos de (recepciones un pórtico con columnata, capiteles de flor de loto en forma de pimpollo á semejanza del dibujo que vá adjunto (fig. 7). Notarás en él que sobre los pórticos, en el terrado que los corona, se alzan unos mástiles para aguantar un toldo que resguarda de los ardores solares. Las columnas de piedra con el capitel indicado estaban pintadas de vivos colores, lo mismo que el arquitrabe y cornisa de madera y los plafones de ambos pórticos. Esta entonacion se armonizaba á maravilla con la luz que dejaban pasar los lienzos del toldo, tejidos con hilos de

matices variados. En otros edificios era ornamento del palacio lo propio que del templo una doble hilera de esfinges, cuyo reposado aspecto se acuerda perfectamente con las líneas horizontales que dominan en tierra de Egipto y con la calma imponente de la naturaleza en todas sus comarcas.

Las ruinas que los viajeros han estudiado en el Egipto prueban que las calles de sus ciudades estaban trazadas con regularidad y que casi todas ellas eran sumamente angostas, hasta tal extremo que sólo en algunas habia espacio para el paso de una carreta. No será inoportuno que te advierta ahora que las calles estrechas fueron adoptadas por los pueblos orientales y por todos aquellos que por sus condiciones climatológicas necesitaban ampararse de los efectos del calor. Así son en la actualidad todavía las calles de Turquía, del Asia Menor, del Egipto, etc. y angostas, muy angostas son tambien las vias antiguas que se han conservado hasta el siglo XIX en ciudades del mediodia de Italia y de España. Buscaban los egipcios, como buscaron luego los árabes andaluces, que el sol no diera en los frentes de sus casas caldeándolos con sus ardientes rayos, y procuraron en el interior que los patios, el agua, las plantas y los toldos suavizaran su fuerza haciendo grata la temperatura del ambiente. Acerca de esto, algo más detenido te contaré en ocasion oportuna. Sobre si las calles han de ser anchas ó estrechas mucho se ha discutido, reproduciéndose los argumentos



que con su habitual concision estampaba el historiador latino Tácito al hablar de las reformas ó mejoras que se iban á realizar en Roma despues del incendio de Neron, que redujo á cenizas barrios principales y muy poblados. Sentado que tenian escasa anchura las calles del viejo Egipto he de añadirte que las casas se hallaban contiguas, que raramente excedian de dos pisos, que en el centro habia un patio más ó ménos grande, segun la planta de la habitacion ó bien un largo corredor por el estilo del que te he descrito al hablarte de los palacios, y á los lados de uno y otro las dependencias ó piezas indispensables para las necesidades del dueño de la casa y de su familia y servidores. Algunas casas tenian dos patios, que en las ricas moradas se asemejaban al del dibujo que te pongo á la vista, sucediendo otro tanto con las salas y salones, uno de los cuales viene tambien aquí copiado (fig. 8, 9). La generalidad de las habitaciones, si no todas, eran coronadas por su terrado ó azotea, sitio de descanso durante el dia y por la noche en la época de los fuertes calores. Un ligero techo de lona ó de una especie de estera, sostenido por pequeños postes protegía al terrado de los rayos solares sin interceptar en lo más mínimo la circulacion del aire.

Si á cuento viniera ahora, ó mejor, si pudiera disponer de tiempo y de espacio te contaría algunos pormenores más, por los cuales vendrias á formar idea del grado de adelanto á que llegaron los egip-

cios por los años 1,400 á 1,500 ántes de la era cristiana. El Museo Británico, que te he citado ya al hablar de los asirios, contiene bajo este punto de vista tesoros inapreciables. Allí verias útiles para la



Fig. 9.

agricultura, herramientas y aperos; vasos en alabastro, porcelana y tierra vidriada fabricados allá por los años de 1,300 y 1,400 ántes de Jesucristo; objetos de madera y bronce para el tocador; una peluca de mujer estilo de la 18.^a dinastía; botes de vidrio para el *stibium*, un color metálico

hecho con el antimonio, que servia á las damas egipcias para pintarse los párpados—en todas partes cuecen habas, amiga Teresa;—collares y gargantillas de oro y piedras; cajas de madera, marfil y ébano con incrustaciones; sitiales de ébano de igual labor; instrumentos músicos, etc., etc., es decir un caudal de elementos que, unido á los relieves murales y á los dibujos de

los *papyrus*, ha permitido á los arqueólogos trazar la historia y la fisonomía casi completa del culto pueblo que en los tiempos tantas veces por mí aludidos transformó á la region que baña el Nilo en una de las más ricas, poderosas y civilizadas del universo mundo.

Desearia ahora, para terminar esta carta sobre la habitacion de los pueblos orientales antiguos, darte menuda cuenta de cómo tenia las suyas el pueblo elegido de Dios; pero nada concreto y bien fundado se sabe acerca del particular y habré de limitarme á incluir cuatro palabras del palacio de Salomon. La traza de este edificio ofrecia marcada semejanza con las construcciones egipcias, de las que tomaron no poco los hebreos. El historiador judío Flavio Josefo, que fué testigo de la ruina de Jerusalem y del cumplimiento de las divinas profecías en el reinado del Emperador Tito, refiere que los muros del palacio de Salomon se hallaban revestidos de piedras raras y de alto precio, y que en su línea superior estaban decorados con trabajos escultóricos esculpidos admirablemente y en que aparecian árboles y plantas de todos géneros y especies. Un salon de vastas dimensiones constituia la parte principal del edificio: á su alrededor lo propio que en los palacios egipcios y asirios se encontraban las dependencias necesarias para la vida. Del lujo con que el palacio de Salomon estaba decorado habla la Sagrada Biblia en el *Libro III de los Reyes*, capítulo X al narrar la visita

que la reina de Sabá hizo al sapientísimo monarca:

«Hizo también—dice—el rey Salomón, doscientos escudos de oro finísimo, dió seiscientos siclos de oro para las planchas de cada escudo.»

«Y trescientas rodélas de oro de ley: trescientas minas de oro cubrían cada rodela: y púsolas el rey en la casa del bosque del Líbano.»

«Hizo también el rey Salomón un grande trono de marfil y lo guarneció de oro muy amarillo.»

«El cual tenía seis gradas: y lo alto del trono era redondo por el respaldo: y dos brazos uno de un lado y otro de otro sostenían el asiento: y había dos leones cerca de cada brazo.»

«Y doce leoncillos que estaban sobre las seis gradas de uno y otro lado: no fué hecha obra semejante en ningún otro reino.»

«Y todas las copas, en que bebía el rey Salomón, eran también de oro: y toda la vajilla de la casa del bosque del Líbano era de oro purísimo: no había plata ni se hacía ningún aprecio de ella en tiempo de Salomón.»

Con esta cita del Libro de los Libros se despide de tí hasta otro día tu amigo afectísimo que se te encomienda y tus piés besa.—F.

CARTA SEGUNDA.

EL OCCIDENTE EN LA ANTIGÜEDAD.—GRECIA.

Amiga mia : En son de burla me has dicho alguna vez que, si por azar volviesen para nosotros los tiempos de Pericles, seria capaz de dar al olvido patria, familia y amigos y de pedir el derecho de ciudadanía á la Atenas artística de entónces. Exagerada estás con ello, aún cuando bien he de perdonártelo, ya que mis exclamaciones de admiracion y asombro al hablar del arte y de la poesía griega podrían ofrecer fundamento para imaginar semejante cosa. No es así, empero y no lo es porque tengo por cierta, ciertísima, por muy verdadera la moraleja de un cuento que aprendí, aunque no acierto á recordar donde. Eranse en la India dos prójimos, de dos castas principales y uno de ellos gran señor por añadidura. Envidiaba á éste el segundo sus riquezas, su grandeza, su felicidad en una palabra, por donde concibió el gran señor una idea que realizó valiéndose de no sé qué medios sobrenaturales. Un dia en que le hablaba su compañero en los términos que he indicado, cátrate que le dijo que iba á satisfacer su capricho y en un santiamen trocó las almas, pasándolas de un cuerpo á otro. Pero apenas el ménos

favorecido tuvo su alma en el cuerpo del que lo era más, notó con espanto que no encajaban—como si dijéramos—y que á pesar de los esplendores, del fausto, del oro, de todas las venturas terrenales se hallaba incómodo suspirando por volver á su pristina habitacion, á la que correspondia con su alma y con ella concordaba en todas sus partes. Nuevos ruegos del desengañado produjeron un nuevo trueque que devolvió á los dos compañeros su natural asiento. Quiero probar con esto—y así lo habrás entendido — que en el cuerpo de Atenas antigua, con ser de forma preciosísima y con disponer de los mayores atavíos, no habia de hallarse mi alma á sus anchas, aún cuando lo admirase y lo celebrase por todo extremo, como voy á hacerlo en esta carta, cuya prefacion te parecerá ya demasiado larga.

Seria casi ridícula ocupacion entretenerme en ponderarte el sentido estético del pueblo helénico. El sentimiento de lo bello, el exquisito enlace de la forma y del fondo, la habilidad de expresar un pensamiento con el número cabal de palabras más gráficas y más adecuadas, el arte de saber hallar en un edificio, en una estatua, en un vaso, en un objeto cualquiera las líneas más típicas y más hermosas, los poseyeron los griegos del siglo de Pericles hasta un punto que pareceria fabuloso si la realidad de los ejemplos no desvaneciera toda suerte de dudas. Las construcciones de las Acropolis en Atenas; los templos helénicos más celebrados y sus teatros; los

bajo-relieves de Fidias en el Partenon y la estatua de Júpiter de oro, marfil y piedras preciosas, admiracion del mundo antiguo; las obras escultóricas de Scopas, Praxiteles y Lisipo, no superadas por ninguna edad, desesperacion de los artistas que aspiran á igualarlas; las tragedias gigantes de Sófocles y Esquilo; y en fin, los poemas de Homero, digna corona de este conjunto de maravillas artísticas, proclaman altamente la sabiduría de las generaciones que en las obras griegas han buscado fuentes de estudio é inspiracion, modelos intachables de buen gusto, de sencillez y pureza en la forma.

Este sentimiento artístico lo puso el pueblo griego en los siglos de oro de su civilizacion, en todas las obras salidas de sus manos. Poco ingenio se necesita para probarlo, puesto que la abundancia de ejemplos hace veces de razonamiento elocuente y deja convencido muy en breve á quien no tiene apagado el corazon y seca la inteligencia. Aún limitándome al círculo estrecho de mis cartas, no será poco lo que te diga acerca de aquel particular y que vendrá en apoyo de mi tesis. La arquitectura griega por sí sola bastaria á hacerla buena. Sencilla en sus líneas como otra ninguna, es severa á veces, elegante otras, gallarda siempre: domina en ella la línea horizontal, la construccion en platabanda, miembro arquitectónico á manera de faja, ancha y plana. El arquitecto romano Vitruvio explanó la teoría admitida por los críticos, de que el estilo griego, al realizar en

piedra templos y edificios de toda clase, tuvo presente é imitó la construcción en madera. Los árboles que se plantan en el suelo, dieron origen á las co-

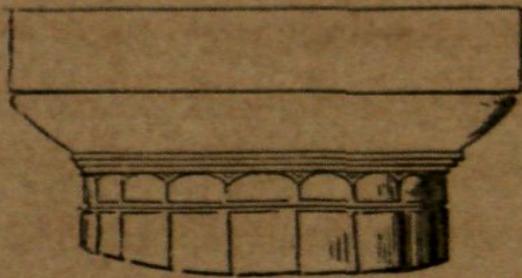


Fig. 9.

lumnas; así como el grueso del árbol disminuye desde el pié á la cima, así también fué en disminución el frente de la columna; el capitel reforzó el extremo del mástil para im-

primirle mayor solidez y á fin de que pudiera sustentar mejor los maderos que se colocaran encima para echar la cubierta; en este madero, que se llamó *ar-*

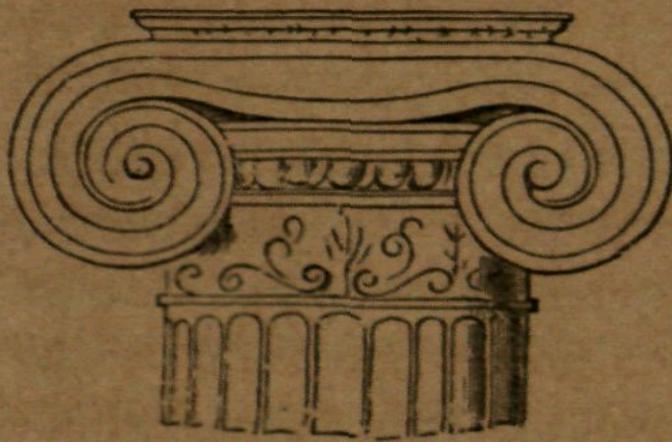


Fig. 10.

quitrabe, se sujetaron las transversales, las vigas, cuyas cabezas al asomar al exterior dejaron los espacios que la arquitectura llamó *triglifos y metopas*; dos maderos formando ángulo se coloca-

ron en las fachadas principal y posterior con el fin de dar pendiente á la cubierta y el espacio que quedó dentro del triángulo trazado por ellos y por el arquitrabe se llamó *fronton*, como se llama aún en el día. El papel que estas partes representaron en los edificios de Grecia te lo dirá el hecho de que con ellas se formaran tres estilos ú *órdenes*, apellidados

dórico, jónico y corintio. Ahí van dibujos de los tres para que, sin necesidad de largas explicaciones, formes concepto de cada uno de ellos (figs. 9, 10 y 11). Sobre su origen el citado escritor Vitruvio

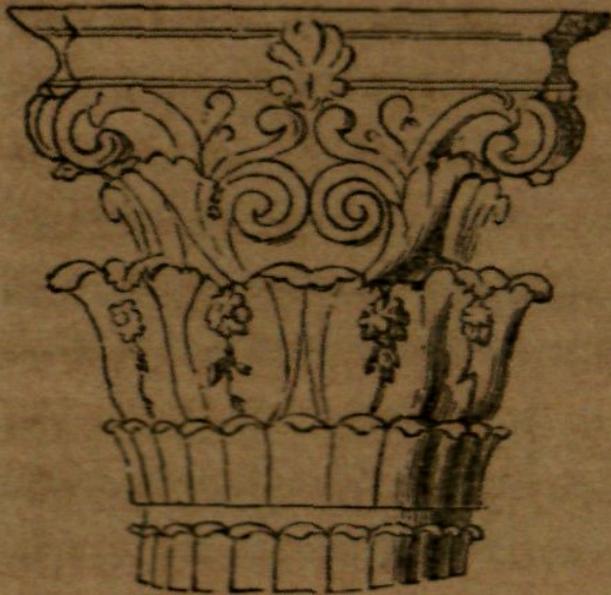


Fig. 11.

refiere cosas que tengo y son tenidas por fábula, pero así y todo, y quizá por ser parto de imaginacion de poeta, dicen de una manera gráfica sobre su carácter y proporciones algo que no debe ser olvidado ni mucho menos despreciado.

Cuenta por ejemplo Vitruvio, que Dorus hijo de Heleno, rey de la Acaya y del Peloponeso inventó el orden dórico; que las colonias del Asia trataron de alzar un templo á Júpiter Peonio y que, no sabiendo los arquitectos qué proporcion dar á sus columnas, acudieron al estudio de las del cuerpo del hombre y las aplicaron á aquel miembro arquitectónico. Los jonios del Asia por su lado se propusieron tambien construir un templo, que se cree fuera el de Efeso, é imitaron en su alzado las proporciones esbeltas de la mujer, naciendo de este acuerdo el *orden jónico*. A Calímaco, arquitecto, pintor y escultor que floreció sobre el año 450 ántes de Jesucristo, se atribuye la invencion del *orden corintio* y he

aquí cómo se cuenta su nacimiento. Una hermosa jóven de Corinto que estaba á punto de casarse murió subitamente, y la nodriza recogió todos los objetos que eran caros á la difunta, los metió en una cestilla y puso á ésta sobre el sitio en donde la doncella habia sido enterrada. Para preservar á la cesta y á los objetos de la intemperie los abrigó con una doble teja, al rededor de la cual creció en breve una planta de acanto que con sus hermosas hojas rodeó el modesto monumento. Calímaco vió esta graciosa combinacion y á su semejanza trazó el rico capitel corintio. *Se non é vero, é ben trovato*—como dicen los italianos—y la verdad del caso es que estas fábulas dan idea de la severidad del órden dórico, de la esbeltez del órden jónico y de la elegancia del órden corintio.

Y hecha esta indicacion, que estimo esencial por ser los llamados tres órdenes de arquitectura la característica del estilo helénico, vengamos al fin primordial de mi tarea. No me detendré en hablarte de la casa griega como lo haré en la epístola siguiente con la casa romana. La razon es óbvia y con sólo apuntártela la comprenderás inmediatamente. Tiénense de la casa romana monumentos que permiten estudiarla en sus menores partes y detalles, al paso que las escavaciones practicadas hasta el dia en Atenas y en otros sitios no han revelado aún por completo el plan de la casa griega. Cualquiera tentativa hecha para precisar y describir su disposicion

puede únicamente fundarse en pasajes más o menos explícitos sacados de diversos autores. Aún cuando así á bulto se asemejáran las casas de Grecia, á las de Roma, Pompeya, etc., existian sin embargo entre ellas diferencias fundamentales. Siguiendo la opinion más general entre los arqueólogos que se han ocupado en el asunto, puede afirmarse que las casas griegas estaban divididas en dos grandes secciones, la primera, llamada *andronitis*, destinada á los hombres, y la segunda que se apellidaba *gineceo* y en donde vivian las mujeres. He de advertirte, empero, que Vitruvio presenta esta disposicion al revés, es decir que el *gineceo* formaria la primera parte de la casa y el *andronitis* la segunda ó del fondo, cosa que no se compadece con la reclusion en que debian estar las mujeres, por cuyo motivo sábios modernos han rectificado del modo que dejo expuesto, la planta trazada por el eminentísimo arquitecto romano. Constituia el centro de ambas secciones un patio con *peristilo* ó *columnata*, á cuyo alrededor se hallaban las dependencias propias de una casa, como el *triclinium* ó comedor, salas de recepcion, dormitorios etc., cuyos nombres griegos se han conservado y que omito porque nada te enseñarian y los recordarias dificilmente. Omito tambien hablarte con detencion de las referidas dependencias porque lo haré con datos ciertos cuando te describa la casa romana y mucho ó casi todo de lo que allí te diga puedes aplicarlo á los edificios que son objeto de estas lineas (fig. 12.)

Ahí va una apuntacion de un patio ateniense. Lo rodea un pórtico sostenido por columnas dóricas de mármol blanco: las columnas elegantemente estria-



Fig. 12.

das á partir del primer tercio estaban coloridas de rojo en su extremo inferior sin estrias. El resto del fuste ó cuerpo de la columna se hallaba ligeramente

bañado de una tinta amarillenta con motivos de ornamentacion negros y blancos en el abaco del capitel. El arquitrabe compuesto de piezas de madera de cedro, tenia una capa finísima de estuco pintada tambien de amarillo pálido y del friso que corria encima eran componentes los *triglifos* que como te he indicado ántes, venian á señalar los cabos de las vigas transversales de la construccion y las *metopas*, que cogian los espacios intermedios, estucados á su vez y decorados con lindos motivos. El azul claro, color de ordinario empleado en los *triglifos*, hacia resaltar las tintas y entonaciones rojas, negras y blancas sobre fondo amarilloso de los temas de ornamentacion inmediatos. La cornisa aguantaba una canal de tierra cocida colorada que recogia las aguas de la cubierta arrojándolas al patio por medio de agujeros embellecidos con preciosas cabezas de animales. La luz brillante del sol y el azul del cielo se armonizaban á maravilla con aquel colorido claro y transparente que además ponian de relieve los fondos rojos ó de amarillo oscuro de los muros del pórtico. Insistiré de nuevo en hacerte notar el pintoresco efecto que debia producir un patio de esta clase, cuando describa alguna de las casas de Pompeya que una tremenda desgracia conservó para enseñanza de las presentes generaciones. Debo, no obstante advertirte que sean cuales fueren los elogios que dé á la arquitectura romana, por mucho que me entusiasme con sus obras más perfectas, nunca este entusiasmo llegará

á la admiracion que siento por las construcciones griegas del siglo de Pericles, del siglo de oro del arte helénico, porque la pureza de sus líneas, la sencillez sin mezquindad de los elementos, la armonía de los miembros con el todo, la grandeza de este, la belleza por nadie superada de los motivos de decoracion, no se encarecen nunca lo bastante por vivas, por calurosas, por hiperbólicas que parezcan las frases empleadas al intento. Sólo, amiga Teresa, la arquitectura ojival rivaliza con la griega y la iguala y aventaja, consiguiéndolo no con la mayor belleza en la forma, no con la mayor sencillez y severidad de sus líneas generales, sino con un sentido que habla al alma más profundamente y que Ictino y los arquitectos griegos no conocieron por no haber alcanzado los salvadores tiempos de la Buena Nueva.

Asunto de gruesos volúmenes ha sido el tema del color en la arquitectura griega, habiendo discutido mucho los sábios arqueólogos acerca de ello. En las opiniones más acreditadas en la materia está fundada la descripcion que te he dado del patio peristilo ateniense que vá en el dibujo. En los templos y edificios públicos acudian los griegos al bajo relieve para más decorarlos y para hablar de una manera bien sensible á la vista y á la imaginacion del pueblo helénico. Hasta la saciedad me has oido ensalzar los bajo-relieves del Partenon, obra inmortal de Fidias, cuya mayor parte guarda hoy el Museo Británico con vigilancia más escrupulosa que si fueran de oro y

pedras preciosas. Dícese y se cree con excelente fundamento que el fondo de estos y de otros bajo-relieves estaba pintado de azul, con lo que se precisaba la silueta ó perfil de las figuras, que segun personas muy entendidas en el particular, se hallaban coloridas á su vez aunque suavemente, punto más discutido y controvertido que el referente á los fondos de aquellas admirables y admiradas producciones escultóricas. Los plafones que formaban los techos en artesonado se enriquecian á veces con estrellas ó florones de oro, hojarasca, meandros, etc., sobre fondo azul; la materia empleada en ellos era por lo comun cedro ó maderas más ó ménos ricas y mármoles de clases distintas, segun los parajes en donde se habian levantado los edificios.

Los motivos ó temas de decoracion en la arquitectura griega han sido mina inagotable para el arte de todos los tiempos. (figs. 13 y 14.) Su elegancia embelesadora les ha proporcionado esta suerte de continuado triunfo, al través de mil y mil vicisitudes, de cambios en el gusto, de caprichos y extravagancias. Hoy vuelven á estar de nuevo en predicamento, despues de haber transcurrido algunos años en que se promovió cierta reaccion contra la arquitectura *clásica*, al igual que contra las literaturas así llamadas, y que son la griega y la latina, con inclusion de las obras á su semejanza escritas. Clásico vino á ser sinónimo de rancio, de trasnochado, de frio, de insulso y de qué sé yo cuantas cosas más. Ahora se

ha visto que en tal materia lo mismo se puede pecar por exceso que por defecto, y que si fué disparate mayúsculo construir iglesias cristianas como Santa Magdalena de Paris siguiendo la planta y traza del Par-

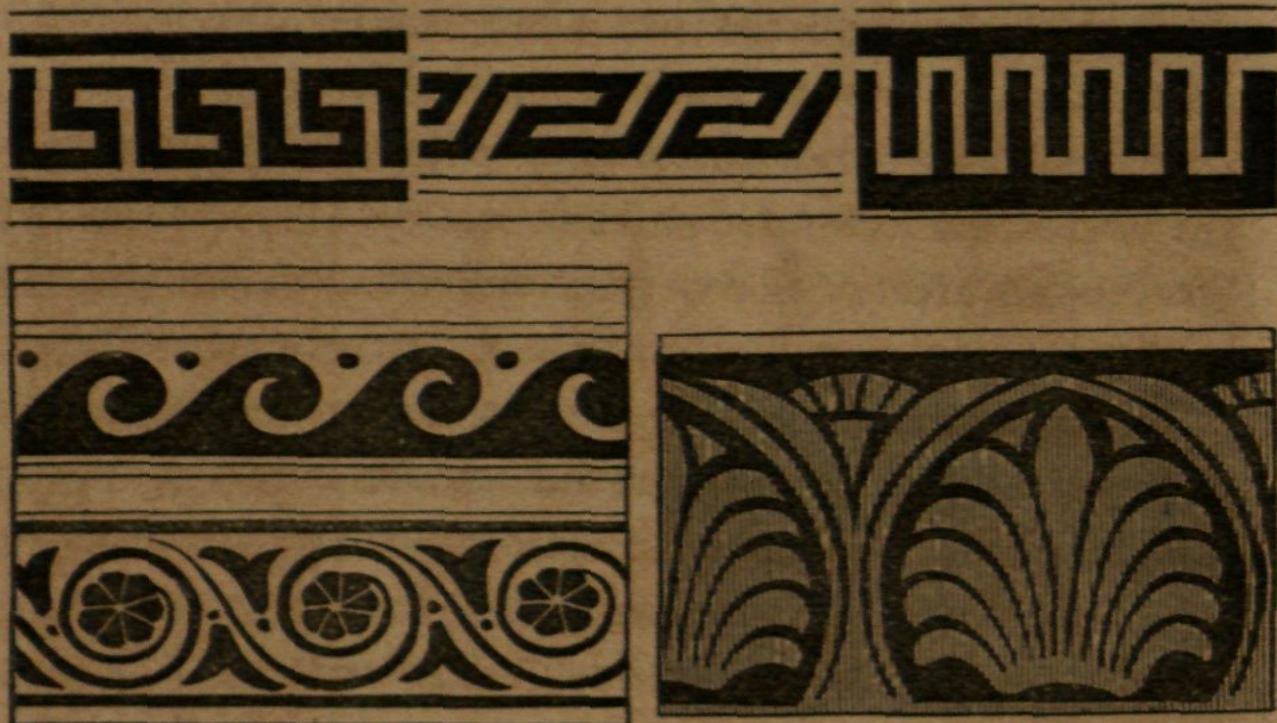


Fig. 13.

tenon, era tambien locura insigne desdeñar las enseñanzas de una arquitectura que ha de ser siempre considerada como modelo vivo en que aprender el arte. Acaso tambien el *neo griego* ó *griego nuevo*—que todo viene á ser uno—de ahora, degenerare en vicioso sistema ó en una manera, pero fuerza será confesar que el estudio hecho sobre los monumentos existentes en Grecia ha proporcionado á la industria nuevos temas que dan mayor valor y excelencia á sus productos. Los *meandros* con sus interminables combinaciones,

las *palmetas* tan simples como gallardas y los demás temas que decoraban las casas y que en tanto grado brillan en los cráteres, ánforas y vasos griegos de formas variadísimas, bellas y elegantes todas, son tan simpáticas á la vista en el siglo XIX como lo fueron en el siglo de Pericles 400 años ántes del nacimien-



Fig. 14.

to de Ntro. Sr. Jesucristo. A esta belleza de líneas agréguese la armonía del color, en lo cual debieron ser grandes maestros los artistas helénicos y se comprenderá el porqué en distintas épocas ha resucitado el entusiasmo por la antigüedad griega y por la latina, su hija primogénita.

Las casas particulares de Grecia fueron por lo general muy modestas. Hay que distinguir sin embargo

de épocas, puesto que no fué el mismo el fausto desplegado ántes de la guerra del Peloponeso, que despues de acaecido este suceso histórico. Esparta, por su austeridad de costumbres, se adelantó siempre en sencillez á Atenas, en cuya ciudad el amor al arte y al lujo adquirieron en los tiempos que hemos indicado considerable desarrollo. Así, á cuanto te he expuesto sobre el decorado general de los edificios griegos, he de añadirte que los lienzos de pared estaban cubiertos en muchas habitaciones de preciosas pinturas ó embellecidos por ornamentos esculpidos y dorados. En las distintas piezas de la casa se veian mesas de madera ó mármol ricamente talladas, vasos pintados, candelabros de bronce, de labor y dibujo irreprochables, trípodes de lo mismo y magníficos tapices del Oriente. Lo que te he dicho acerca de la pureza y simplicidad de líneas de los edificios griegos aplícalo tambien á los objetos suntuarios que labraron y construyeron, y con ello tendrás idea del artístico conjunto que debia ofrecer un patio con peristilo, un triclinio ó una exedra en la habitacion de un ciudadano ateniense opulento y de gusto depurado. La escultura alcanzó en Grecia, como ántes he referido, un grado de perfeccion que no ha sido igualado y por lo mismo representó gran papel en todos los edificios. Hasta como miembro arquitectónico sustentante inventaron los artistas helénicos las tituladas *cariátides* ó figuras de mujer que aguantaban un arquitrabe al igual de las

columnas, como se vé en el *Pandrossium* de Atenas. Las estatuas allí puestas son ejemplares acabados en su género por lo bien plantadas, por la verdad y grandeza de los paños y por sus líneas ajustadas á los más rigurosos preceptos de la estética.

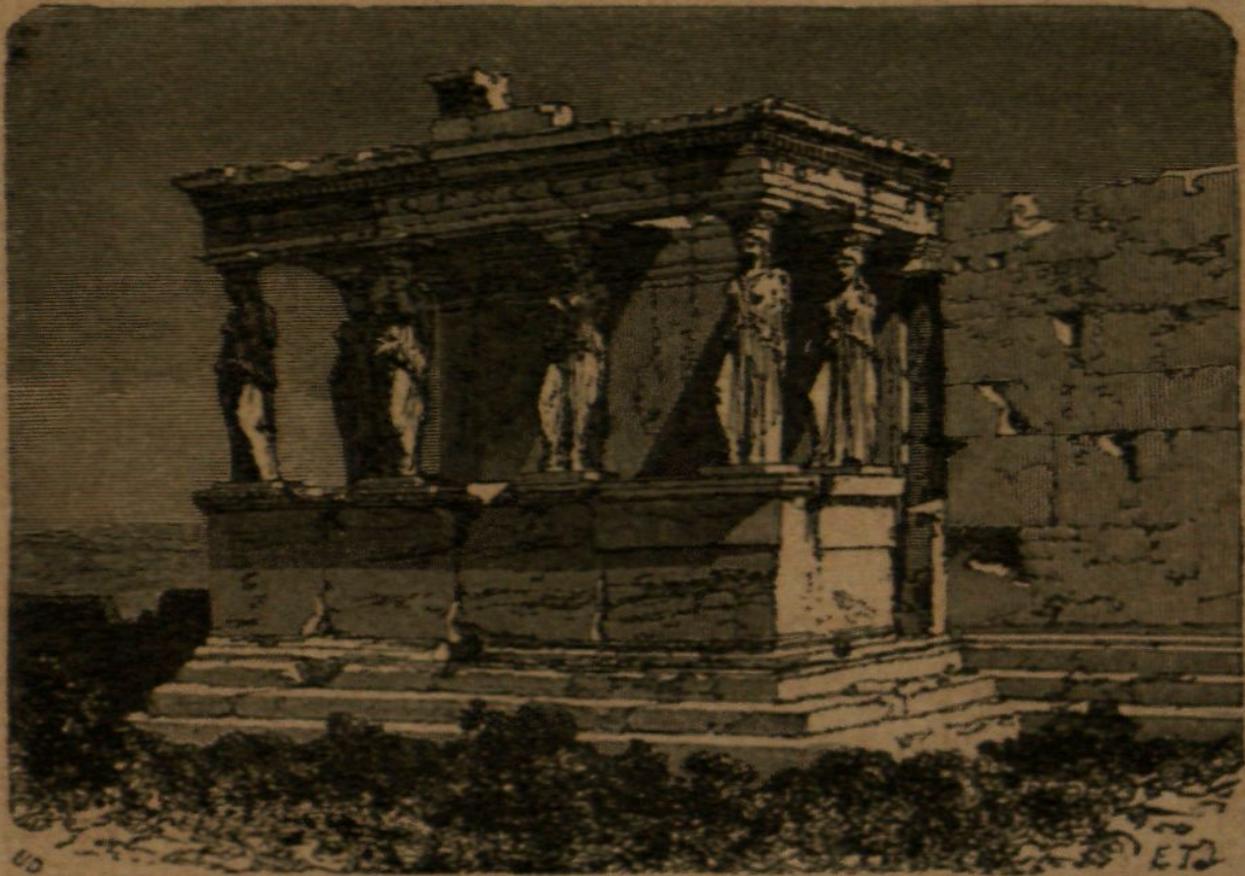


Fig. 15.

Poco se sabe por lo que toca al aspecto exterior de las casas griegas. Al igual que en toda esta materia las frases sueltas de algunos autores y las conjeturas sacadas de los escasos restos encontrados han servido de base para sentar algunas ideas. Según el parecer de ciertos arqueólogos las casas griegas terminaron en azotea con antepecho ó baranda formada por balaustrada; otros, por lo contrario, opi-

nan que el tejado en dos pendientes fue la cubierta comunmente adoptada. Sábese que las casas de Tanagria en la Beocia y de Atenas tenian la fachada y vestíbulo decorados con pinturas exquisitas al encaústico y que á juzgar por textos de Teofrasto y de Homero enriquecian el frente de las habitaciones helénicas cuadros y objetos diversos, tales como escudos, guirnaldas, armas, coronas é insignias y símbolos peculiares á sus propietarios. Era tambien costumbre en aquel pueblo colocar en la fachada de las casas un *Hermes* ó divinidad de los caminos, una columna dedicada á Júpiter Agatés ó protector de las vías y un poyo ó banco de piedra á donde salia la familia á curiosear ó á solazarse. Apenas tuvieron ventanas ni otras aberturas que dieran á la calle, y las ventanas, siguiendo la autoridad del erudito Winckelman, fueron redondas, ovals y cuadradas, cerrándose con postigos, cortinas ó rejas celosías en metal. Las calles, pues, de las ciudades griegas en donde no hubiere monumentos debieron distinguirse por una suerte de monotonía á propósito acaso para hacer valer más la grandiosidad y acabada traza de los templos, *agoras* ó plazas y de todos los edificios públicos.

Para Roma, en donde nos hallaremos en la carta siguiente, se despide tu amigo afectísimo.—F.

CARTA TERCERA.

EL OCCIDENTE EN LA ANTIGÜEDAD.—ROMA.

Amiga mia queridísima: Hoy nos toca pasearnos por la antigua Roma; hoy nos toca averiguar cómo vivían los que fueron señores del mundo antiguo. Sé que á la sola palabra Roma se habrán agolpado á tu mente un tropel de recuerdos. ¡Cuántas veces me has oído hablar de Virgilio y Horacio con el calor del entusiasmo y cual si se tratara de gentes á quienes hubiese visto y conocido personalmente y hasta brindado por ellos con una copa de vino de Falerno en la mano! ¿Cuántas veces, salvando siglos, has puesto atento oído, con este sentimiento innato tuyo que percibe en seguida lo bueno y lo bello, para escuchar alguna de las descripciones de la ciudad eterna, de la ciudad de los Pontífices Romanos, de los monumentos y de las grandezas; monumentos y grandezas que debe al saber y á la munificencia de todos, absolutamente todos los sucesores de San Pedro! Es preciso, Teresa mia, haber recorrido el Foro y paseado por la Via Sacra, haber sentido en la colosal iglesia de San Pedro la sublimidad de las ceremonias católicas, haber visto un fragmento de la época de los emperadores romanos junto al palacio de alguno de los

ilustres príncipes modernos, modelo de ellos de elegante barroquismo; para comprender cuán maravillosamente pueden armonizarse cosas opuestas, reuniéndose en un conjunto que proclama la grandeza de una idea augusta y sacrosanta. La Roma pagana fué, debió ser, la base de la Roma cristiana; la Roma de los Papas es la continuacion apropiada, más cabal de la ciudad que dominó al universo mundo y que, al proclamarse la Buena Nueva gobernaba á todos los pueblos del Occidente con sus armas, con sus leyes y con sus letras.

Leyes he dicho y con ello te he indicado, aunque de paso, uno de los caractéres culminantes del pueblo romano. Era éste práctico en toda la extension del adjetivo, y si fuera asunto de estas cartas tratar menudamente de su arquitectura, te citaria algunos ejemplos con los cuales haria bueno mi aserto. A tu hermano le has oido muchas veces hablar de sus estudios de derecho romano, y no olvidarás en cuántas ocasiones hemos dicho que en muchos puntos de la ciencia jurídica pronunciaron ellos la última palabra, que no ha sido aún superada. Hoy se habla de las mejoras materiales que necesitan los pueblos; todas las personas discretas piden carreteras, y piden bien, puentes, etc. etc., y los romanos al principio y ántes de nuestra era debian considerarse ya como maestros en el arte de llevar á cabo con solidez y perfeccion tales construcciones. En pleno siglo XIX se mantienen erguidos los puentes y los

acueductos romanos; en pleno siglo XIX se conservan todavía las calzadas que levantaron y la planta de un señor de levita y sombrero de copa se fija en el sitio mismo en que puso la suya un plebeyo ó un patricio de Roma, vestidos con la túnica y la toga *prætexta*.

De este sentido práctico mucha parte debieron llevar á sus habitaciones. Por fortuna nos quedan acerca de estas datos fehacientes y no tendremos que apoyarnos, como en las griegas nos ha sucedido, en meras conjeturas. Una calamidad de la que tienes noticia por tus lecturas de historia y por la linda novela de Lytton Bulwer, *Los últimos días de Pompeya*, asunto tambien por cierto de la no ménos bonita ópera *Jone*, de Petrella, ha sido una relativa fortuna para la ciencia arqueológica y para el arte de nuestros días. Refiérome, como habrás adivinado en seguida, á la erupcion del Vesubio ocurrida en 23 de Noviembre del año 79 de Nuestro Señor Jesucristo en el reinado del emperador Tito, y que sepultó en torrentes de lava las ciudades de Pompeya y Herculano. Era Pompeya ciudad ilustre entre los romanos y sus moradores gozaban fama de sibaritas y de gente entendida en gustos artísticos, celebrándose mucho la largueza con que realizaban sus principales fiestas. Mientras en el anfiteatro, entretenido en uno de esos pasatiempos se hallaba congregado el pueblo pompeyano, comenzó la erupcion espantable que hizo desaparecer por largos siglos del mapa de Europa

aquel emporio de civilizacion y de riquezas. Al pensar en este acontecimiento, al imaginar á una ciudad entera sepultada entre cenizas, con su Foro, su anfiteatro, las casas de Nigidius y del Poeta, la taberna de Diomedes, el horno, etc., y en cada sitio los objetos de uso comun en la vida romana, desde la *fibula* ó broche de oro y pedrería de la aristocrática matrona hasta el chisme más insignificante de cocina; al imaginar todos esos monumentos y objetos ocultos años y años y luego en el siglo pasado vueltos á la luz del dia, al estudio de los sábios y á la admiracion de letrados é ignorantes ¿no recuerdas alguno de aquellos cuentos de hadas y encantamientos que han sido solaz de nuestra infancia y que son todavía ahora regocijo de nuestra memoria? ¿No te parece que Pompeya es *la hermosa en el bosque encantado*, que duerme por centurias, conservándose en su pristino estado, con el príncipe Lucero y los pajes, los caballos encubertados, las dueñas y la turbamulta de servidores, esperando el dia en que se desfaga el encantamiento y en que el galan y la doncella logren ver coronados de feliz éxito sus amorosos pensamientos? ¿No se te figura que renació á la vida una soberana princesa, de hermosura sin par, cuando á fines del siglo pasado, la piqueta y la pala —que tantos desaguisados han cometido— sacaron otra vez á la luz del sol brillante de la Sicilia las calles, plazas, termas y palacios de la encantada ó enterrada Pompeya?

Pues bien, amiga mia, con lo que de Pompeya y Herculano han sacado historiadores y arqueólogos; con las noticias esparcidas en las obras de los autores latinos; y por fin, con las sábias y acabadas descripciones de Vitruvio, del famosísimo arquitecto romano, podemos hoy reconstituir una casa de aquellos tiempos, como una señorita hacendosa corta, ajusta y cose los patrones sueltos de un vestido, de un corpiño ó de una prenda cualquiera del traje femenino. *Domus* se llamaba la casa particular, en oposicion con la *insula* ó *isla* de ahora; la primera habitada por una sola familia y la segunda compuesta de habitaciones para varias familias; es decir, con las modificaciones propias de los tiempos, lo mismo mismísimo que sucede en nuestras ciudades. El plan de las casas romanas tenia en todas muchos puntos de semejanza, cosa que no es de extrañar desde el momento en que se tiene en cuenta que eran unas mismas las necesidades que en las habitaciones debian satisfacerse: otro tanto acontecia en épocas anteriores y otro tanto sucedió despues y sucede actualmente. Las diferencias nacia de la posicion social ó mejor de la riqueza mayor ó menor de los propietarios, con la cual guardaban relacion la magnitud de los aposentos, el lujo del decorado, lo espacioso de los jardines y demás accesorios que demanda el tren de una casa, segun el boato y campanillas del dueño. Tomemos como tipo una de las casas mejor conservadas de la época romana y su descripcion con

algunas adiciones y comentarios te dejará formar idea clara de cómo vivían los señores del mundo.

La casa en cuestión es la titulada del edil Pansa en Pompeya. Una inscripción latina ha sido causa de que se le haya bautizado con aquel nombre, pero hoy algunos escritores le niegan la propiedad al tal edil Pansa, para devolvérsela á un Paratus, y otros á un Cueo Alleius Nigidius, cuyas ocupaciones y méritos se ignoran, pero que debieron ser hombres de muchos sestercios. La casa pompeyana ó llámesele romana estaba, por decirlo así, replegada hácia el interior. No creas por esto que su fachada se redujera á un muro liso con un agujero que hiciera las veces de entrada, puesto que es positivo que hubo en los edificios particulares de Roma *mæniana* ó balcones, desde donde las garridas mozas de entonces podían contemplar á los viandantes y desplegar todos los recursos de la coquetería romana, que debieron ser poderosísimos, á juzgar por lo que cuenta Ovidio, quien en materia de descubrir trampas se adelantó á la policía más zahorí de los tiempos modernos. Un erudito arquitecto francés contemporáneo dá una restauración de la calle romana que te pongo á la vista para ahorrar descripciones que no te dirían lo que manifiestan claramente las líneas del dibujo, fig. 16. Sin embargo—y tén esto como prevención que muchas veces debería hacerse—no todo lo que se dibuja y se pinta sobre Grecia, Roma y otros antiguos pueblos ha de tenerse en todas sus partes

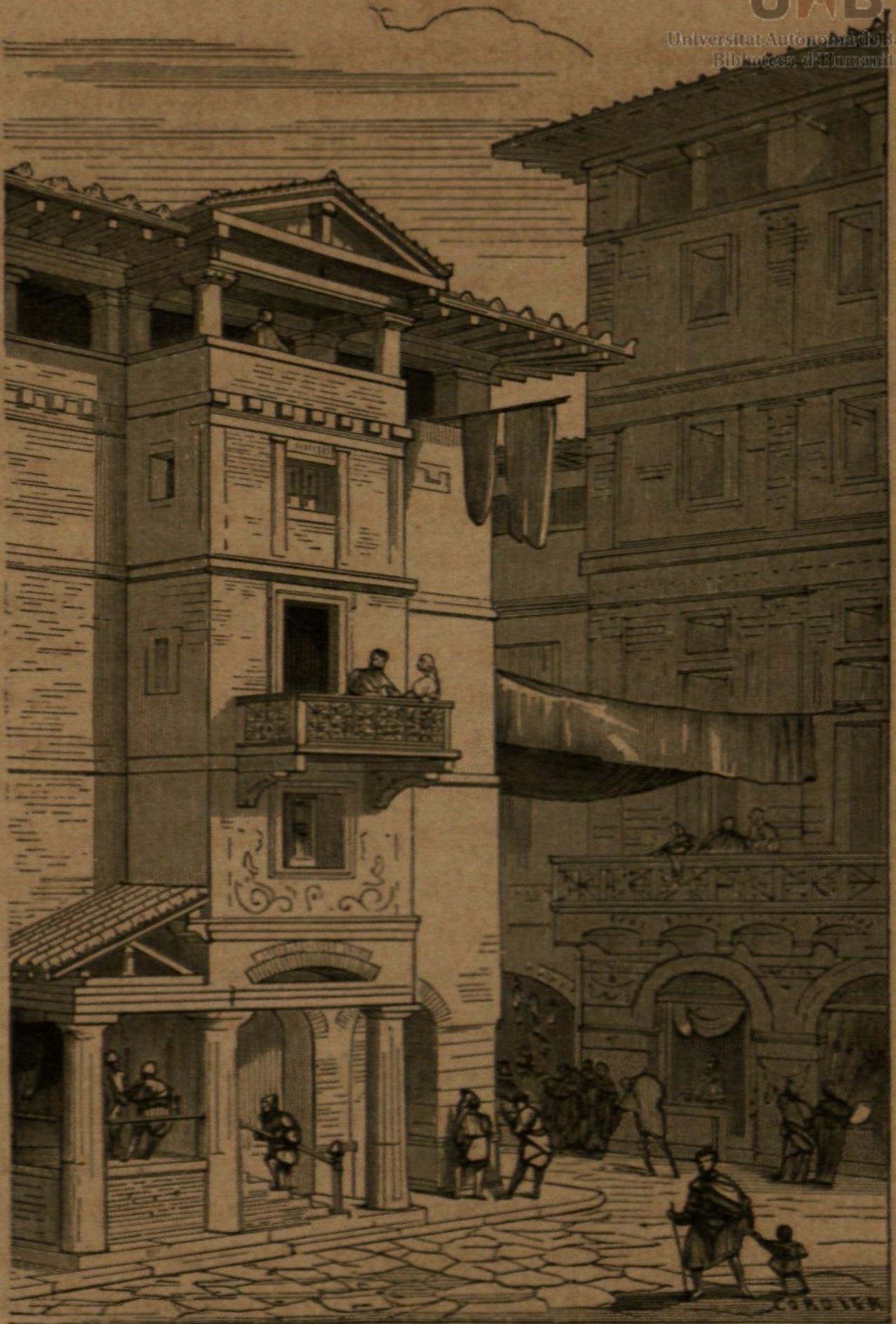


Fig. 16.

por verdad completa, ya que la fantasía del artista entra por mucho en arreglar y redondear un edificio, un traje, un objeto suntuario cualquiera, descrito por un autor latino ó del que se conserven fragmentos sin enlace.

Voy á acudir asimismo al dibujo para que mejor comprendas cómo se hallaba distribuida una casa romana. La planta que te incluyo es la que sirvió para la construcción de tres casitas contiguas en una de las calles de Roma, y está sacada del plano en mármol de la Ciudad Augusta, que existe en el Museo Capitolino y que fué ejecutado reinando el Emperador Séptimo Severo, fig. 17. A. A. A. es el *prothyrum*, entrada ó zaguan que dá á la calle; B. B. B. el

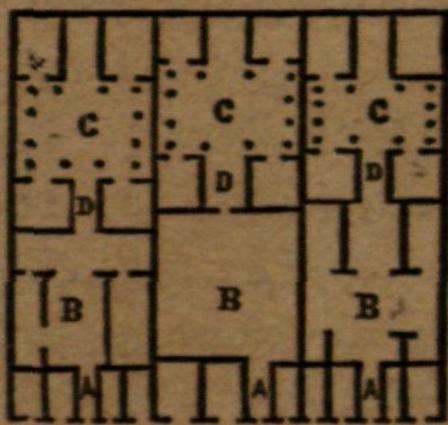


Fig. 17.

atrium, atrio ó *cavædium*; C. C. C, el *peristylum*, peristilo; D. D., el *cablinum* ó corredor que une las dos partes principales del edificio. Las demás piezas que no están indicadas por letra alguna, servían las que dan al exterior para tiendas y

las interiores para *triclinium* ó comedor, *cubicula* ó piezas de recepción de los visitantes y de estancia de la familia, dormitorios, etc. etc. Desarrollo de esta misma planta, con mayor lujo en todas sus partes, es la casa del edil Pansa, de que te he hablado. En ella sigue al peristilo una nueva dependencia llamada *Æcus*, de origen griego, levantada

dos ó tres gradas del suelo y con un ventanal que daba á los jardines situados en la trasera del edificio. Era pieza que se decoraba y amueblaba con lujo superior al de las demás de la habitacion, y si bien servia para usos principales de la familia ó del dueño, su primordial objeto era el de sala ó salon de festines.

Vienes á tener, como si dijéramos, el esqueleto de la habitacion romana: veamos ahora cómo estaba conformado su gallardo cuerpo. Sigamos una supersticiosa costumbre romana y entremos en la casa de Pansa poniendo ántes en su ingreso el pié derecho que el izquierdo. La inscripcion *Salve* nos dará la bienvenida y el esclavo que hace veces de portero nos saludará asimismo. Encadenado en su puesto estaba en no pocas casas este sirviente, y en otras ocupaba su lugar un perro tambien sujeto por una cadena. No faltó quien hasta el perro suprimiese substituyéndolo por una imágen de él en mosaico, como la que se guarda en el Museo de Nápoles, con la inscripcion: ¡CÁVE CANEM, *guárdate del perro!* Sin detenernos pasemos al *atrio*, que más que patio era una espaciosa sala en cuyo techo aparecia una grande abertura cuadrada ó cuadrilonga. La luz y el aire circulaban libremente por allí y la lluvia caia directamente del cielo ó bien recogida por los mascarones de los ángulos en un estanque de mármol, de forma igual á la de la abertura, que se llamaba *impluvium*, desde donde el agua iba á parar á una cisterna. Apoyábase el techo en vigas transversales sostenidas por

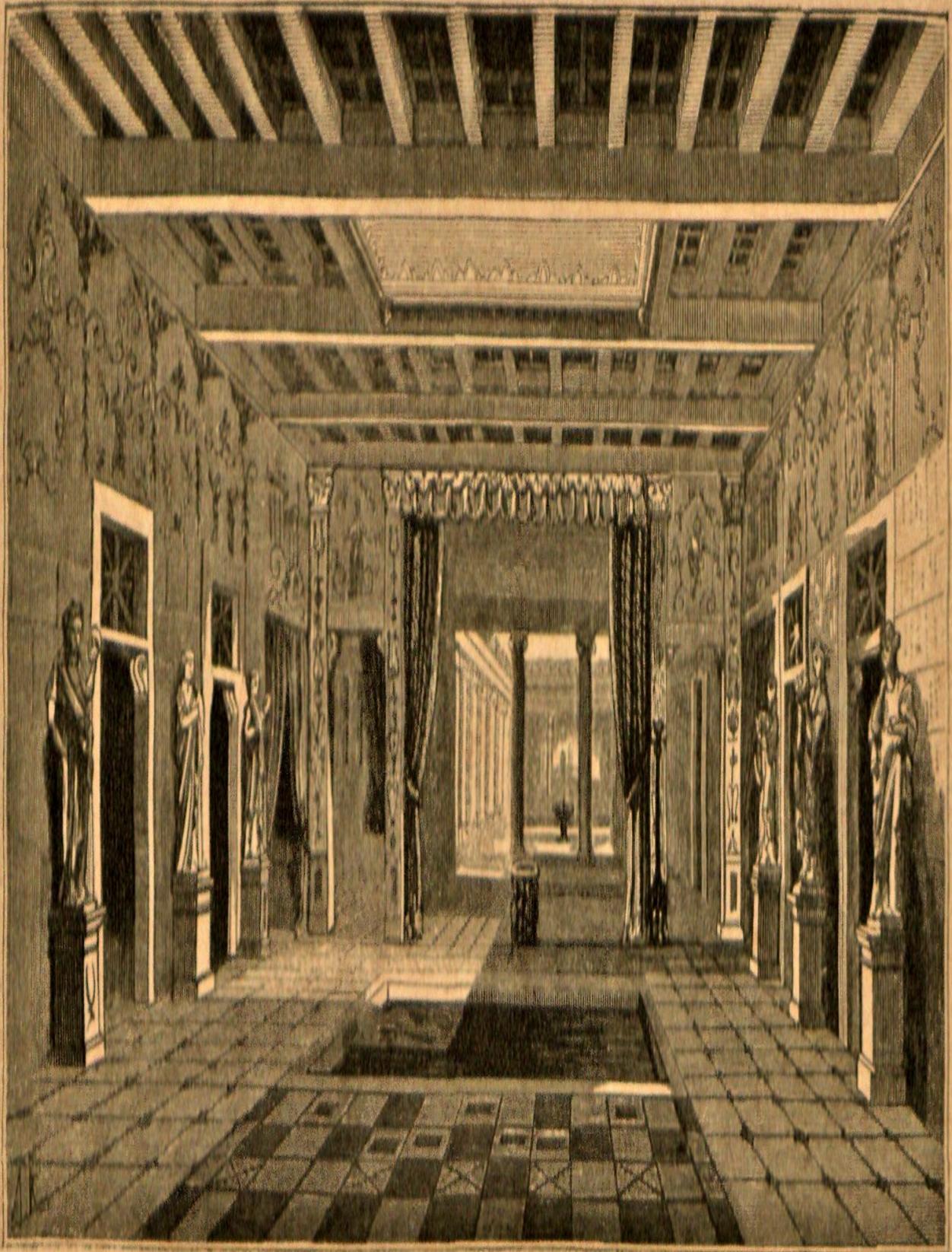


Fig. 18.

los muros, sistema que se vé en la casa de Pansa que se llamaba *toscano* y que era el seguido más comunmente; otras veces se apoyaba en cuatro columnas plantadas en los ángulos del *impluvium*, en cuyo caso se denominaba *atrio tetrastilo*; *corintio* se decia al decorado con especial riqueza; y así los había de otras clases que no viene á cuento enumerar en estas cartas, porque te llenarias la cabeza de nombres algo estrambóticos y no mejorarias en nada el concepto que ya habrás podido formarte de aquella dependencia de la casa romana. Por si á pesar de la viveza de imaginacion que te es característica, no has logrado sacar en claro el tal concepto, ahí va el dibujo del atrio restaurado de la casa del tantas veces citado edil Pansa ó de Nigidius en Pompeya, fig. 18, de la cual en realidad hoy se conservan únicamente los muros y el *impluvium*. Imagínate ahora, Teresa mia, y esto no te será difícil, aquel atrio con las pinturas pompeyanas en las que se aliaban maravillosamente el rojo, el azul, el amarillo y el negro; figúrate aquellos muros enriquecidos con los primores de un arte habilísimo, iluminados además por la luz zenital brillante del mediodía, haciéndolos por lo mismo doblemente brillantes y luminosos; figúrate la armonía asombrosa que debia establecerse entre las tintas encendidas de los muros y la superficie de azul, de ese azul inasequible para la paleta del pintor más diestro que se destacaba por la abertura del techo; figúrate los hermosísimos cambiantes que pinturas, mármoles y cielo

azul debian producir en el agua suavemente agitada del *impluvium*; figúrate los trípodes de bronce esculpado con jarros y flores, las *sellas* ó sillones de brazos encorvados de la misma materia y los demás muebles que el lujo de los patricios romanos habia inventado; y por fin puebla el atrio con el edil Pansa ó con Nigidius, á tu gusto, vestidos con sus irreprochables holgadas vestimentas, con la mujer del dueño á la que puedes llamar Junia ú Opimia con las blancas sandalias de las matronas, la *stola* ó veste de púrpura hasta los piés y arrastrando como dice Horacio—otro autor latino cuyo nombre es de aquellos que sabe todo el mundo—los amigos de los amos ricos cual ellos y como ellos dados al fausto y por fin la cohorte de servidores que en casa tan principal debia haber necesariamente; y dime si el cuadro no habia de embelesar la vista y no habia de proclamar la magnificencia, el sentimiento artístico de una civilizacion que, decadente ya, afeminada, muelle hasta el más doloroso sensualismo, conservaba todavía en los tiempos de la destruccion de Pompeya, restos de su virilidad pasada y de su pasada grandeza.

Pero, amiga mia, distraido con mis fantasías por las cuales no me regañarás á buen seguro porque en nuestros *tête à tête* te has paseado muchísimas veces conmigo por los espacios imaginarios, distraido, repito, con los recuerdos de la sociedad romana me iba separando del objeto de esta carta. A él vuelvo

y para colocarnos en el sitio debido atravesaba en mi compañía el corredor ó *tablinum* y cátenos en el *peristilo*. Equivale peristilo á columnata alrededor de un patio, pues no era otra cosa esta segunda dependencia principal de la casa romana. Venia á ser como el centro de la vida íntima y correspondia á aquellas piezas de la casa griega destinadas de un modo especial á las mujeres. Al peristilo daban los camarines y gabinetes particulares del propietario y de su esposa é hijos, á los cuales sólo tenían acceso los amigos íntimos y más queridos. Patio era en la significacion que hoy se dá á esta palabra, el peristilo de los romanos, suerte de jardin á la vez rodeado de columnas. En el de la habitacion pompeyana de Pansa las diez y seis columnas dóricas primitivamente que lo componian, habian sido vestidas despues á la manera corintia por medio del yeso y del estuco, moda que, como podrás conocer por este ejemplo, no data de nuestros dias tan inclinados á mirar únicamente las cosas por la corteza y á pagarse de oropeles. En algunas casas las columnas estaban enlazadas por medio de una balustrada á la altura de la mitad del cuerpo humano, que servia á la vez para la colocacion de jarrones y macetas con plantas y flores exquisitas y de estatuitas y objetos de arte. En la casa de Polibio, en Pompeya tambien, corrian de columna á columna unas vidrieras al igual de lo que se vé en algunos patios y galerias modernas. En el centro del peristilo un estanque de bastante

profundidad con un surtidor que arrojaba el agua abundantemente ayudaba á refrescar la atmósfera en aquel sitio y á hacer más agradable á la vista su perspectiva.

Te he hablado, al presentarte la planta de una casa romana, del *æcus* y del *triclinium* y tambien acerca de estas piezas te daré algunos pormenores más. Empecemos por el *triclinium* ó comedor por el que los romanos en los tiempos imperiales sintieron predileccion marcadísima. Si recuerdas lo que te he contado al hablarte de la casa griega, poco más habré de añadir á lo escrito. Recostados tambien en lechos, tres en número, comian los romanos, ceñidas las frentes de rosas y aspirando los perfumes más embriagadores que esclavas de supina belleza esparcian sobre los cuerpos de los comensales en las grandes orgías que pusieron el sello á la corrupcion de los reinados de Vitelio y Heliogábalo. Un bajo-relieve encontrado en Padua presenta un *triclinium* que lo forman tres macizos de mampostería unidos, en pendiente por su parte superior sobre la cual se extendian los almohadones en que se recostaban los comensales. En otras casas los lechos eran móviles y decorados como es de suponer con la misma riqueza empleada en los muebles y objetos suntuarios de la época. Cuanto pudiera decirte acerca del refinamiento que en el lujo y el bienestar material del comedor, en el *confort*, como dicen los ingleses, empleaban los romanos te lo dirán muchísimo mejor,

con más sobriedad y de un modo más gráfico, cortos fragmentos entresacados de las cartas de Plinio, llamado el jóven, cartas que son solaz de la gente de buen gusto y que dan idea de cuán pulcro y bien medido debió tenerlo el insigne romano que las escribió. Poseia Plinio dos *villas* ó quintas, una en Laurento á diez y siete millas de Roma y otra en Toscana.

«La *villa*—dice de la primera en la carta á Galo, «XVII del libro II—es cómoda sin que su conservación traiga gastos dispendiosos. Es el atrio sencillo «sin pobreza y dá frente á un pórtico en forma de D «que rodea á un patio pequeño y lindísimo. Encuéntrase aquí un sitio precioso en dias de mal tiempo «porque le protegen de las inclemencias las vidrieras que lo cierran y los techos que lo amparan. «Lleva el pórtico á un patio interior de risueño aspecto, desde donde se entra en el *triclinium*, por «demás hermoso, que se adelanta sobre el mar cuyas «olas vienen á deshacerse en espuma al pié del muro «cuando soplan vientos del Africa. Por todos sus lados tiene esta sala puertas de doble hoja y ventanas de parecidas dimensiones, de modo que á derecha é izquierda y tambien por el frente se «descubren como tres mares distintos. Por el lado «posterior llenan el horizonte el patio interior, «el pórtico, el area, el pórtico otra vez, el *atrium* «en seguida y á lo léjos los bosques y las montañas. A la izquierda del *triclinium* hay un *cubi-*

«*culum* ménos avanzado hácia el mar y en segui-
«da otro más pequeño con dos ventanas, una á le-
«vante y otra á poniente, con vista la última al mar
«que se contempla más lejano pero con mayor em-
«belesadora perspectiva.

«El ángulo que forma el *triclinium* con el muro de
«la última pieza parece adrede hecho para reunir y
«concentrar los rayos todos del sol. Es el refugio
«de mis gentes en invierno, el gimnasio en donde
«verifican sus ejercicios; callan allí todos los vientos
»excepto los que cubren el cielo de nubes y que si
»bien roban la luz derramada por aquel lugar, no le
»quitan sus atractivos. Anexo al ángulo dicho hay
»una rotonda, cuyas ventanas dan entrada á los ra-
»yos solares, á todas las horas del dia; abierto en el
»muro se vé un armario que me sirve de biblioteca
»y que guarda no los libros que se leen una sola
»vez, sino los que se leen y releen muchísimas. Al
»lado hay dormitorios separados de la biblioteca por
»un espacio lleno de tubos suspendidos, que distri-
»buyen y esparcen por doquiera un calor saludable,
»y por fin ocupan el resto del ala libertos y criados
»cuyas dependencias están puestas tan limpiamente
»que bien pudieran servir para hospedar á los se-
»ñores.»

Mucho más se extiende Plinio, y con igual ático
gusto, en la descripción del *Laurentino*, que así se
ha llamado á su *villa* de las cercanías de Roma,
mas como no tengo tiempo para traducirte lo que

sigue , ni tú tendrás paciencia para leerlo, ni acaso nos importára del todo para nuestro objeto, dejo aquella *villa*, para irme á la de Toscana, al pié del Apenino, que te ofrecerá un panorama completamente diverso. De la carta VI del libro V, dirigida á Apolinario son los trozos que voy á copiarte:

«La disposicion del terreno es de una belleza encantadora. Imaginaos un anfiteatro inmenso, como sólo puede crearlo la naturaleza, y una extensa llanura rodeada de montañas coronadas por viejos y espesísimos bosques.»

«Los prados esmaltados de flores producen abundantemente el trébol y otras yerbecillas, siempre tan frescas y verdes como si acabaran de brotar de la tierra. Deben esta fertilidad á los riachuelos que los riegan y, que sin embargo, no dan origen á charcos porque el terreno en pendiente vierte en el Tíber las aguas que no absorbe. El Tíber, que atraviesa los campos, es navegable, y por él se transportan en el invierno y en la primavera las provisiones de Roma. En verano descienden sus aguas hasta quedar el lecho casi en seco; en otoño vuelve á adquirir su carácter de gran rio. Se encuentra intenso placer en contemplar este horizonte de lo alto de una montaña, pues se cree ver, no tierras de propiedad particular sino un paisaje dibujado segun un modelo ideal ¡á tan alto grado quedan embelesados los ojos, á donde quiera que se dirija la vista, por la disposicion y la variedad de los objetos!

«El edificio tiene muchas alas y el *atrium* es de gusto antiguo. Enfrente del pórtico se extiende un »*parterre* (*xistus* decían los latinos, vaya entre »*réntesis*) dividido en varios cuadros bordeados de »boj, al que sigue un tapiz de verdura en talud, »poco elevado, y sobre el cual por medio del boj se »dibujan figuras de animales, simétricamente opues- »tas unas á otras, y más abajo un suave y ondulante »fondo de acantos, que rodea á un paseo de árboles »siempre verdes, muy contiguos y diversamente re- »cortados. Por fin se vé un paseo circular, rodeado »de bojes y de arbustos de mil variadas formas, cuya »demasiada altura se evita impidiendo su crecimien- »to. Un muro oculto á la vista por las hojas del boj, »cierra este conjunto. Por el otro costado se des- »cubre una pradera tan merecedora de llamar la »atención por su natural belleza, como los objetos »anteriores por las habilidades del arte; vienen luego »campos, prados y árboles.

«Al fin del pórtico se encuentra el *triclinium*, cu- »yas puertas dan al extremo del *parterre* y cuyas »ventanas dejan ver las praderas y una grande exten- »sion de la campiña, así como tambien el *parterre* de »lado, la parte de la *villa* que adelanta y las cimas de »los árboles del hipódromo. Por en medio de uno de »los lados de la galería, se entra en un departamen- »to que circuye un patin sombreado por cuatro plá- »tanos, y en el centro del cual un estanque de »mármol con el suave rocío de su agua, mantie-

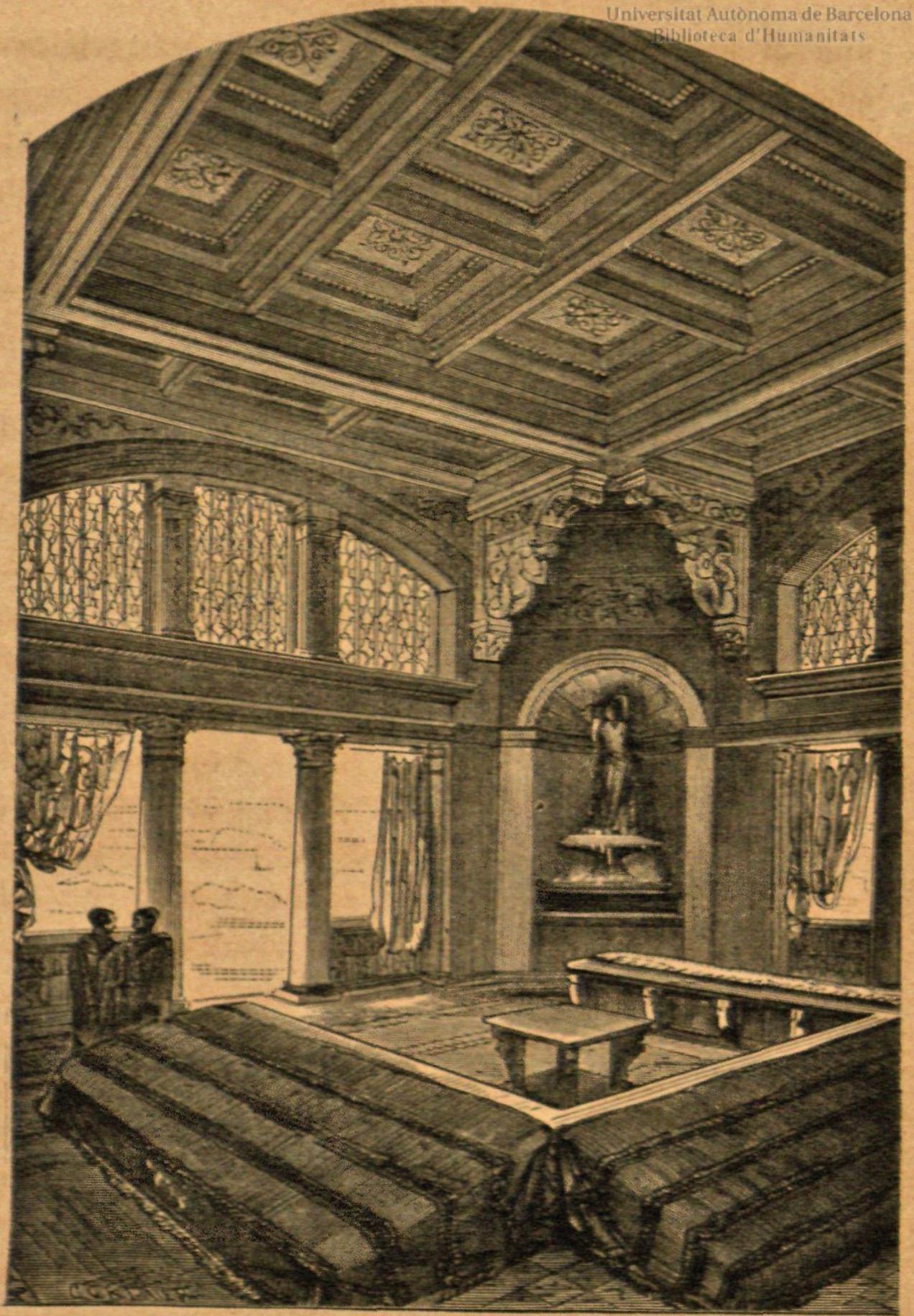


Fig. 19.

»ne el frescor de los plátanos y de los arbores-
»puestos bajo sus copas. En este patio se halla un
»camarin dormitorio en el que no penetra ni la
»voz, ni el ruido, ni la luz del dia. Viene luego un
»*triclinium* en el que son recibidos los amigos ín-
»timos. Da asimismo el patio á una galería desde la
»que se disfrutan las perspectivas que he descrito,
»y hay además un *cubiculum* al que proporciona ver-
»dor y fresco ambiente la vecindad de un plátano.
»Este cuarto tiene revestidas de mármol sus paredes
»hasta la altura del arrimadero y á la belleza de los
»mármoles no cede la demás pintura que representa
»pajarillos colocados encima del ramaje. Una fuen-
»tecilla y un pilon producen delicioso murmurio
»con el agua que sale de ellos por varias canales.»

Me dirás á buen seguro, querida Teresa, despues de haber leído las anteriores citas, que con escusa del *triclinium* ó comedor de los romanos te he dado la descripcion ó siquier una apuntacion de sus célebres *villas*. Razon tendrás al decirlo, pero me anima la esperanza de que no te habrá pesado la lectura. ¡Ojalá mis cartas tuvieran visos y léjos de las de Plinio el jóven! Violet-le-Duc en su obra *Histoire de l'habitation humaine*, dá una restauracion del *triclinium* de la *villa* romana que indudablemente llevó á cabo, recordando las cartas latinas arriba mencionadas. (Fig. 19). Y á propósito de ella te haré notar una particularidad que caracteriza las construcciones romanas y las distingue y separa de las helénicas. Fue-

ron estas como te dije otro dia, **construidas en platabanda** sin que asomase para nada el arco, al paso que en los monumentos romanos el arco dovelado fué ya un elemento de construccion y decoracion que sus arquitectos utilizaron con sin igual ingenio. En el *triclinium* en cuestion verás empleado el arco.

Desplegaban tambien los romanos en el comedor todas las magnificencias del lujo. Columnas de mármol dividian los ventanales, un techo en artesonado con dorados y pinturas de suaves entonaciones daban cierta tranquilidad á la estancia, pinturas hechas con el sentimiento decorativo que caracteriza las descubiertas en Pompeya y en Roma en la casa de Livia Augusta en el Palatino, (fig. 20) ayudaban á la placidez que el conjunto causaba en el espíritu, un pavimento de mosaico armonizaba todas estas partes, á cuyo realce contribuian las ricas estofas del *triclinium* propiamente tal, las estátuas delicadamente cinceladas en mármol colocadas en las hornacinas de los ángulos, los vasos de plata y bronce y en una palabra todos aquellos primores de que te he hablado y que inventaron el arte refinado y la molicie de los romanos en los primeros siglos de nuestra era. El *æcus* ó salon de festines y las *exedras* ó salas de conversacion eran asimismo decoradas con todas las maravillas del arte en proporcion, como es de suponer y como ha sucedido y sucederá en todos los tiempos, con las riquezas y la alcurnia del propietario de la casa. Por motivo igual algunas habitaciones tenian dependen-

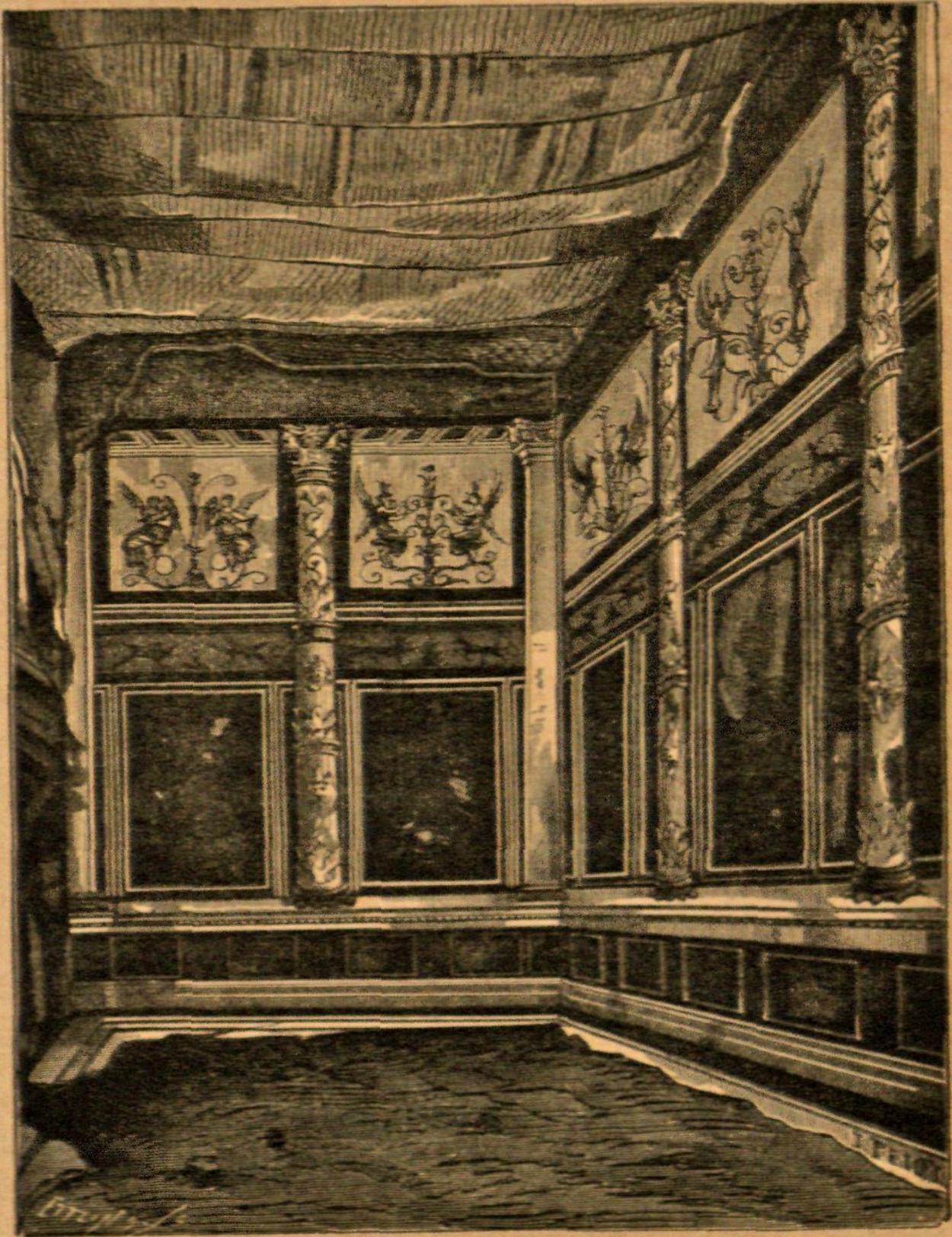


Fig. 20.

cias de que otras carecian, ni más ni ménos de lo que ahora acontece en nuestros raquíuticos chiribitiles. Así, por ejemplo, en ciertas casas opulentas habia una sala de baño, un *spheristerium* para el juego de pelota, una *pinacotheca* ó galería de cuadros, un *sacellum* ó pieza con altar dedicado á una divinidad de la especial devocion del dueño y de su familia, etc., etc., dependencias que no se ven en la casa pompeyana de Pansa, sin duda por no ser este de campanillas bastantes para el tren y boato que suponen.

Por los trozos de Plinio que he copiado, has visto que tambien los romanos tenian jardines en sus *villas* y otro tanto pasaba con sus casas de ciudad, de lo cual son testimonio las de Pompeya. Las divisiones del *xistus* ó jardin de la habitacion de Pansa en platabanda se veian marcadas en la ceniza al aparecer este antiguo monumento de la industria humana. Hay anticuarios que son de opinion que el jardin del supuesto edil de Pompeya fué un huerto; mas, no puede haber duda despues de leidos los autores antiguos, y entre ellos el tantas veces citado Plinio, Fedro y Suetonio que los romanos construyeron lindos jardines. En su biografia del emperador Augusto dice Suetonio: «No le gustaban las *villas* muy grandes y de excesiva magnificencia, y hasta mandó arrasar la que á costa de enormes gastos habia levantado su nieta Julia. Las suyas, si bien modestas se hallaban adornadas no con estátuas y cuadros,

»sino con miradores y bosquecillos y con objetos no-
»tables por su rareza ó antigüedad, tales como
»aquellos huesos colosales de bestias salvajes que hay
»en Caprea y que han sido llamados huesos de gi-
»gantes y armas de héroes.» Con lo cual ya tienes
que el emperador Augusto y Plinio tenían jardines
en sus posesiones, arreglados con toda la coquetería
que más tarde desplegaron en la arboricultura. Le
Notre y sus sucesores. Sitio predilecto de gentes que
tanto cuidaban de su bienestar material debieron ser
los *trichila* ó pabellones y cenadores de nuestros días.
El que te copio adjunto me ahorrará hacerte su des-
cripcion. (fig. 21). Virgilio, poeta insigne entre los más



Fig. 21.

insignes de Roma, pondera en la *Copa*, obrilla que se
le atribuye, las excelencias de semejantes lugares, y

como lo hace de mano maestra, aún á riesgo de ser pesado y pedante, que es más grave, voy á copiarte algunos versos, tomándolos de la excelente traducción del difunto D. Eugenio de Ochoa. *Copa* quiere decir *La Ventera*, y al jardin de una venta ó posada, se referiria el egregio cantor de *La Eneida*. «La
 »Ventera Siria—dice—que se ciñe la cabeza con
 »una *mitrilla* griega, hábil en menear las flexibles ca-
 »deras al son del címbalo, danza ébria y lasciva en
 »su ahumada venta, golpeándose el codo con so-
 »noros palillos ¿No vale más estar mirándola ten-
 »dido en el banco de los bebedores, que cansarse
 »tragando polvo y calor? Allí hay vasos, copas,
 »jarros, rosas, flautas y laudes y frescos cenadores;
 »(*trichila*) cubiertos de umbrosos cañaverales; hay
 »allí una gruta digna del Ménalo, bajo la cual se oye
 »sonar dulcemente el rústico caramillo á la usanza
 »pastoril; hay chacolí derramado del barril dado de
 »pez, y un arroyo que serpea con ronco murmullo;
 »hay tambien guirnaldas de violetas mezcladas con
 »rojas flores y flores amarillas entretejidas con pur-
 »púreas rosas, y las azuzenas que cria el Aquelóo.»

¿Te parece si serian *bons vivants* los romanos? Con lo que te he contado sobre sus habitaciones, habrás podido comprenderlo; no siendo lo malo que usaran discretamente de sus riquezas y de los dones de su ingenio, sino que abusaran de unas y otros haciéndolos servir para dar satisfaccion á todos los goces de los sentidos y para embrutecerse en brazos del

más desenfrenado epicureismo. Pero esto es harina de otro costal, y no cabe en una carta en la cual siguiendo mi tarea anterior, sólo me he propuesto y deseo haber conseguido, explicarte lo que fué la habitación en la época romana. Déjame, sin embargo, que te advierta que Roma dominó durante muchos siglos y que de los patricios y plebeyos, frugales y virtuosos de los primeros tiempos, á los ricachones y al pueblo envilecido de la decadencia, media un verdadero abismo. A buen seguro que las casas de los Catones y Varrones, aunque en su traza se asemejaran á las de la época imperial, en los materiales de que eran construidas y en el lujo del decorado y mobiliario muy poco se parecerían á las de los Salustios y Marcos Lucrecios de Pompeya, más lujosas todavía que la del edil Pansa que te he mostrado como ejemplar típico.

Y con esto y con encargarte que guardes de las miradas de tu hermana estos mamotretos, para que no haga burla de nuestros aficiones arqueológicas y artísticas—que sin embargo ha aprovechado en más de una ocasion—te envia cariñosos recuerdos tu amigo que se te encomienda y tus piés besa.—F.

CARTA CUARTA.

EDAD MEDIA.—PUEBLOS SEPTENTRIONALES.

Amiga mia queridísima: Hubo tiempo en que la Edad Media fué considerada como uno de esos períodos históricos en que sólo reinaron en el mundo la barbarie y la ignorancia más supina. Estudios recientes han ido descubriendo los tesoros de poesía, de arte, y de ciencia que se ocultaban en aquellos remotos siglos, viéndose con claridad pasmosa, que en medio de la reconstitucion de la sociedad en Europa, que habia pasado del paganismo á la ley de gracia, existian tesoros que las generaciones actuales examinan con el mismo afan con que se escudriñan y se estudian los antiquísimos restos de las construcciones asirias y egipcias. La poesía de la Edad Media no se iguala con la griega y romana en perfeccion de forma ni en cabal ponderacion del pensamiento y del lenguaje y estilo que le sirven de vestimenta; pero no ha de ceder á la primera y se adelanta á la segunda en ser fiel expresion de los pensamientos de su época, pintura exacta de grandes héroes y de hazañosas aventuras, modelo de espontaneidad en los más sublimes conceptos, teniendo además sobre todas las poesías antiguas la ventaja

de hallarse inspirada en las creencias cristianas, cuya alteza, aparte su divino origen, domina de tal modo sobre todas las creaciones griegas y romanas como el pino elevadísimo sobre el modesto tomillo de los bosques.

Y hé aquí como insensiblemente acabo de apuntarte una diferencia que ha de establecer division profunda entre la arquitectura pagana y la arquitectura cristiana. Este sentido, esta expresion intima del arte arquitectónico de la Edad Media, al rededor del cual, como en todos los siglos de oro del arte, giraron la escultura y la pintura, se halla simbolizado en las catedrales góticas, admirables monumentos bajo cuyas esbeltas bóvedas se vienen á la mente aquellos versos que nuestro dulcísimo Padre Maestro Fray Luis de Leon aplicó á la música de Salinas:

Aquí la alma navega
Por un mar de dulzura, y finalmente
En él así se anega,
Que ningún accidente
Extraño y peregrino oye y siente.

La catedral gótica ú ojival—verbigracia la de Colonia, de que te incluyo por via de episodio, un dibujo que hallo á mano — (Fig. 22) fué el tipo más perfecto de la arquitectura de los siglos XIII, XIV y XV; y naturalmente á su imágen y semejanza se trazaron los edificios civiles de aquellas tres centurias y principios de la siguiente. ¡Qué de riquezas guarda

Europa entera en este concepto! ¡Y cuántas y cuán
preciadas se hallan esparcidas en nuestra península
ibérica! Un viaje por Leon, Búrgos, Valladolid,
Avila, Toledo, Sevilla y por nuestra Barcelona, cons-

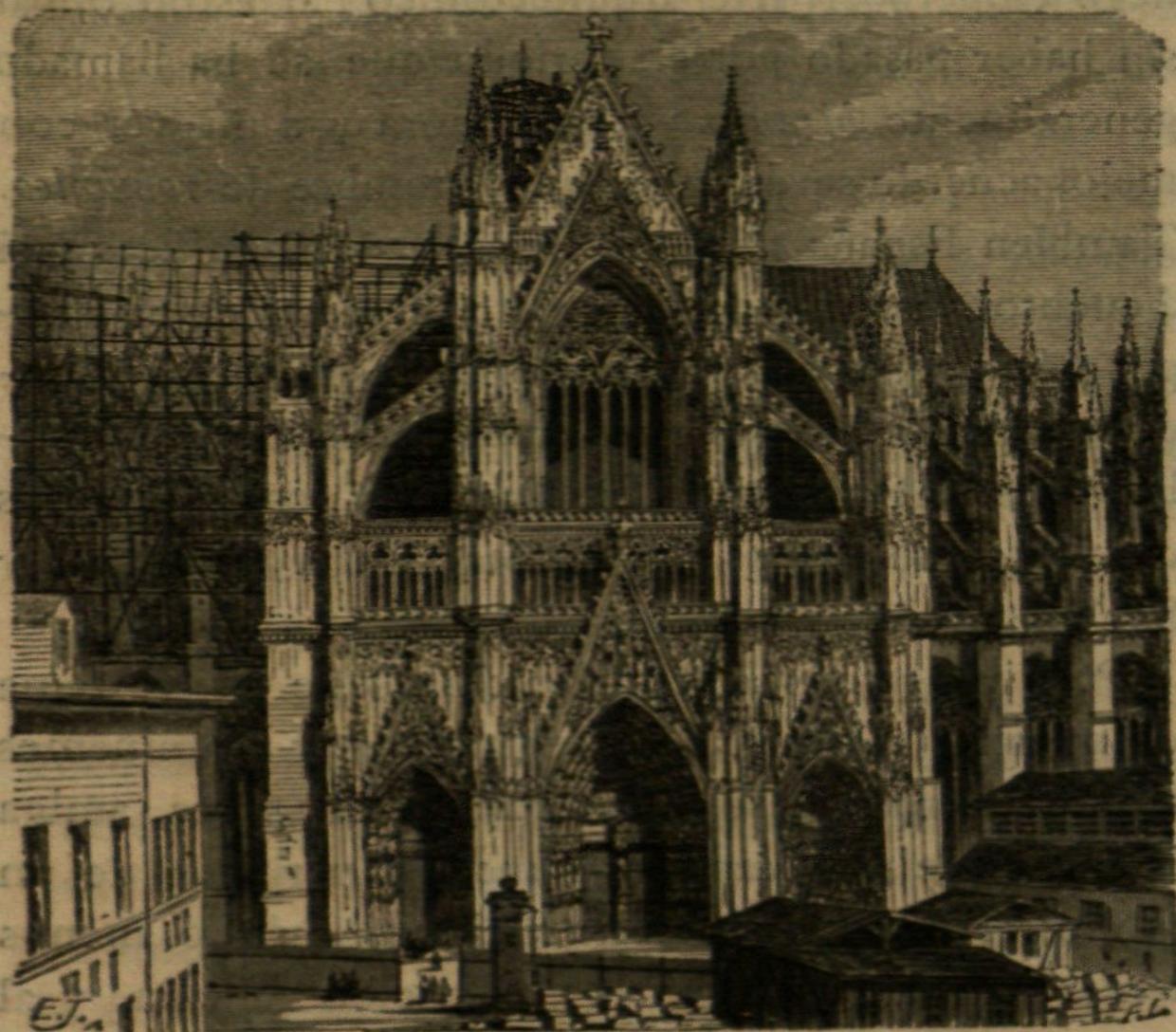


Fig. 22. ,

tituye una série no interrumpida de emociones ar-
tísticas, puesto qua desde las filigranas y los esplendores de la catedral de Búrgos hasta la sencillez y sóbria pureza de líneas de nuestra poco conocida y nunca bastantemente ensalzada basilica, puede el artista y el aficionado recorrer una escala en la que se

vén todas las maravillas inventadas por artifices cuya mano no titubeaba al trazar las líneas de sus fábricas, porque la sostenia y dirigia la fé en Dios, la confianza cierta de que trabajaba á honra y gloria suya. No llegó empero el arte arquitectónico al estilo ojival sin haber pasado por el período que se ha llamado generalmente *bizantino* y que ahora y á mi ver con mejor acuerdo se designa con el nombre de *románico*. Tambien España tiene de él páginas magníficas y si á cuento viniera por ser objeto de estas cartas, largos párrafos te echaria sobre los monasterios y colegiats del Norte y de un modo más detenido sobre nuestro San Pablo del Campo y los grandiosos conventos de Santas Creus, Sta. María de Ripoll y San Cugat del Vallés.

Pero vengamos á la habitacion, que es el tema de nuestras conversaciones epistolares y examinemos cómo vivieron nuestros antepasados. Ya sabes, amiga Teresa, que los cambios nunca se verifican de un modo brusco sino por transiciones más ó ménos lentas. Al derrumbarse la civilizacion romana, y al aparecer triunfante el cristianismo en los tiempos del emperador Constantino, no se desvanecieron como de un soplo todos los elementos que en el arte y en los costumbres se habian acumulado en los siglos anteriores. La casa romana fué por largos años con modificaciones más ó ménos sensibles, la casa de los godos, ostrogodos, galos, etc., etc., así como los metros latinos y la misma lengua latina, fueron el

idioma en que escribieron sus poetas y sus autores más famosos, y entre ellos, San Agustín, San Ambrosio y San Jerónimo, padres de la Iglesia en el Occidente. San Sidonio Apolinar que á mediados del siglo V fué obispo de Clermont, describe la quinta que poseía en Avitacum (Auvernia) y cuya semejanza con las *villas* romanas descubre en seguida la persona ménos avisada. Los hábitos de aquellos pueblos sóbrios y guerreros tan opuestos á los de los romanos afeminados de la decadencia imperial, fueron causa de que el lujo, la molicie de las viviendas de Roma y de las grandes ciudades italianas desaparecieran, para ser sustituidas por una sencillez asombrosa en el número y en el decorado de las dependencias de una casa, ya que no exigía otra cosa la vida frugal de los primeros siglos del cristianismo. Poco se sabe de cómo estuvieron ordenados y contruidos los palacios y las moradas de familias de esfera humilde levantados desde el siglo V, al siglo XII: los autores que entónces escribieron se curaron poco de entretenerse en semejantes minuciosidades, los poemas primitivos se callan también, ó á lo más encierran vagas indicaciones, y los monumentos arquitectónicos de la clase á que me refiero, faltan asimismo, conservándose de ellos á lo más, alguno que otro informe vestigio. ¿Quién duda que los palacios y las casas, según la riqueza de los dueños estarían decoradas durante aquel período á la manera de los templos y monasterios? ¿No es de suponer

que las puertas de ingreso con arco de medio punto y columnas de labor románica, los capiteles con grifos, animales quiméricos, lacerías, palmas etc., á imitación de los de Ripoll y San Cugat del Vallés, las ventanas partidas ó no, con parecidos elementos decorativos, habian de formar parte de los palacios señoriales y de las habitaciones de plebeyos acomodados? La sencillez misma de las costumbres excluía la division y subdivision de dependencias en una casa. Era entónces regla general que hubiese en cada morada una gran cuadra, en la que la familia entera se pasaba la vida, verificando allí todos aquellos actos que no exigian la separacion de sus individuos. El dibujo que te acompaño sacado de una obra alemana y que representa la sala del señor territorial en el castillo de la Wartburg, acabará de explicarte lo que acaso por mi desmañada descripcion no hayas entendido bien. (Fig. 23.) Por lo que toca á comodidades, pocas disfrutarian, no digo los pecheros de entónces pero ni siquiera los potentados y señores feudales. Los franceses llamaban á la sala ó cuadra de que te he hablado *chambre menagère*. A su alrededor se encontraban las demás dependencias de la casa y de esta clase de planta ó disposicion de piezas todavía se conservan ejemplos en casas de siglos próximos al Renacimiento, y muy particularmente en edificios propios de antiguos negociantes de Venecia.

Los mejores tipos de la casa gótica ú ojival pertenecen á los siglos xiv y xv y alguno á los comien-

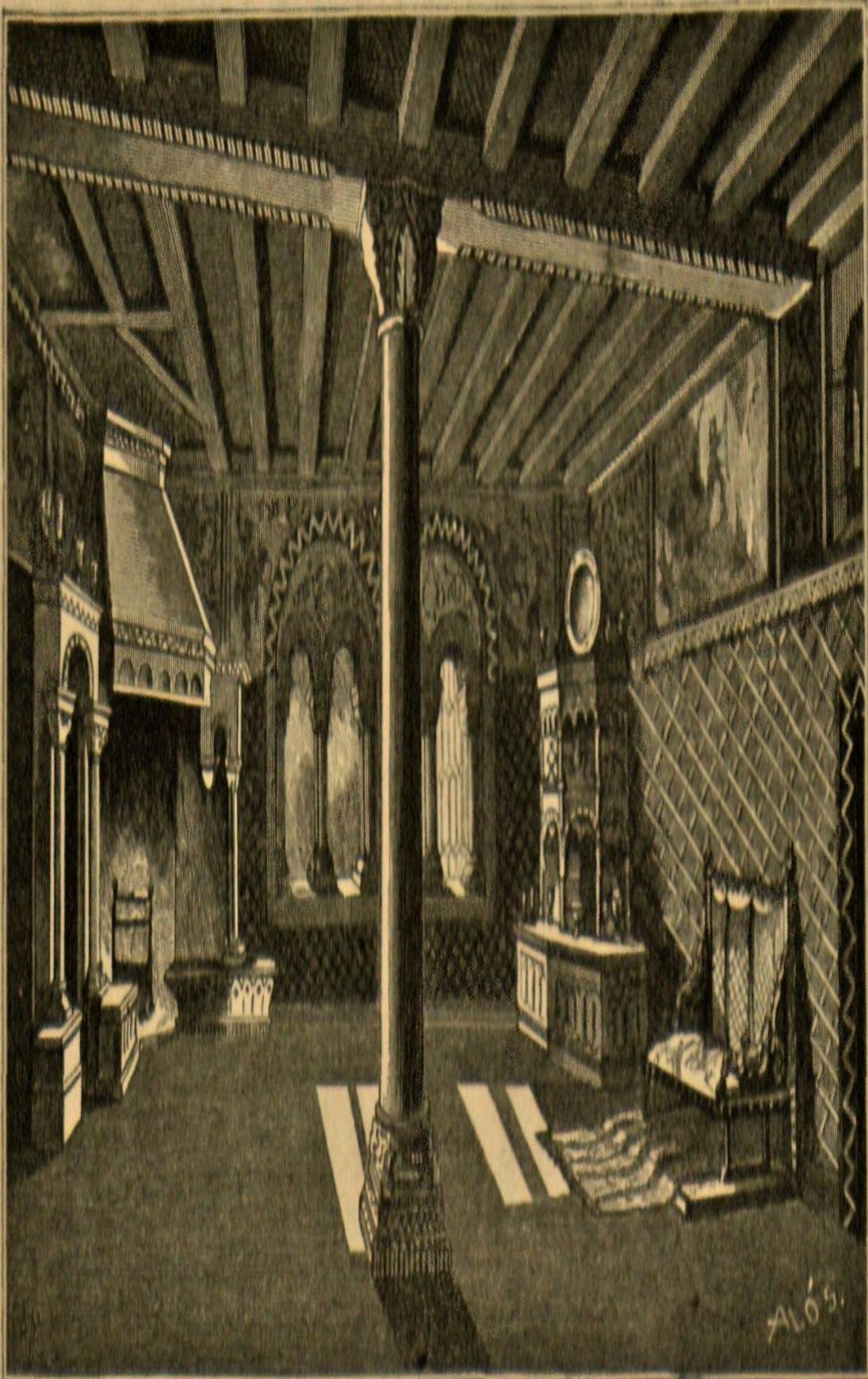


Fig. 23.

zos del xvi. Diferencias bastante esenciales se notan entre los edificios particulares de Inglaterra, Francia y Alemania, es decir, de las naciones situadas al Norte de Europa y las construidas en España é Italia, pueblos meridionales y en los cuales su clima templado y hasta cálido, exige en las habitaciones planta diversa, diversa construccion de las dependencias y hasta diversidad en las líneas exteriores de las que han de tener las casas levantadas en los países frios septentrionales. En su alzado ó dígasele fachada, señala ya el clima notable diferencia entre unas y otras habitaciones. Terminan las del Norte en forma puntiaguda con pendientes más ó ménos inclinadas recubiertas de pizarra, tejas etc., al objeto de que las nieves, frecuentes en aquellas regiones, resbalen por los planos de las cubiertas, evitando así el peso enormísimo que debería aguantar el edificio si rematara en línea horizontal. Por el contrario, suelen ser las casas del Mediodia mochas en sus coronamientos, con grandes voladizos para resguardar del sol y con todos los demás accesorios que requieren comarcas secas, en las cuales la nieve es artículo de lujo y cuyo sol abrasador es capaz de derretir los cascos del hombre más duro de mollera. Parte además del principio, amiga mia, que en una misma nacion pueden encontrarse ejemplares de ámbos sistemas por exigirlo así la variedad de clima de sus distintas comarcas. En nuestra patria tienes ejemplos de ellos, puesto que indudablemente los frios de Búrgos y de

los llanos de Castilla la Vieja demandan en las casas otras condiciones que las que deben tener las colocadas en las zonas templadas y hasta calurosas de los reinos de Valencia y Andalucía. En Cataluña, verbigracia, las torres de las iglesias son todas mochas, con excepcion única del campanario de la Colegiata de San Félix en Gerona, y del que habia en el lindísimo monasterio de Sta. Catalina en Barcelona, uno de los muchos monumentos derribados por la revolucion y por la saña anti-religiosa, y á cuyos demolidores habrian de aplicarse aquellos sarcásticos versos escritos por Víctor Hugo en sus buenos tiempos de poeta:

Gloire à ces braves! Sparte et Rome

Jamais n'ont vu d'exploits plus beaux!

Gloire! Ils ont triomphé de ces funébres pierres,

Ils ont brisé des os, dispersé des poussières!

Gloire! ils ont proscrit des tombeaux!

Recordarás muy bien, por las fotografías que has visto, el efecto diverso que produce una calle de Brujas ó Gante, aún de las que ménos conservan el típico aspecto de las antiguas construcciones, del que causa una fotografía ó reproduccion cualquiera de una calle de Pisa ó Siena en Italia ó de Granada y Sevilla en la península ibérica. Las casas del Norte en los siglos anteriores al Renacimiento y durante el predominio del estilo ojival, ofrecian una silueta parecida á la que aún tienen hoy las casas modernas

edificadas en poblaciones que por hábitos y por tradición han guardado mucho de pasados siglos. Sin haber visto las dos ciudades de Bélgica que ántes te he citado, sin haber recorrido la de Amberes, que se le asemeja mucho, no puede llegarse á tener idea cabal del pintoresco conjunto, de la galanura de líneas que presentan sus calles y plazas más características. Por otro lado el afan de destruccion, la manía de las reformas urbanas sin respeto á lo que debe mantenerse en pié como páginas elocuentísimas del libro de la historia, no se han cebado en aquellas poblaciones con igual fuerza que en otras cuyos vecindarios, por el crecimiento que han tenido y por las industrias á que se han dedicado, han pedido de continuo abertura de vías, desahogo de las antiguas, etc., etc., reformas todas que suelen ser otros tantos ataques á los monumentos históricos, si no las dirige una inteligencia muy vigorosa y un corazón de verdadero artista. Con describirte alguna de las casas que figuran en las aludidas calles, te habré dado el tipo, el patron de las habitaciones particulares del Norte y de los países de clima frio en los siglos XIV y XV y principios del XVI.

Construíanse en piedra ó en madera. La piedra era por lo general indicio de riqueza ó cuando menos de posicion algo desahogada en el dueño. Sus dimensiones fueron por lo comun reducidas, componiéndose la casa de planta baja, cuartos primero y segundo y un desvan que cogia el espacio de la cu-

bierta. Esta venia acusada por la fachada principal que remataba en un fronton de ángulo más ó ménos agudo, segun las pendientes del tejado. Ocupaban la planta baja las tiendas y la entrada de la casa, que no solia ser tampoco muy grande. Las tiendas se asemejaban á ciertos puestos de venta que se vén en los mercados de construccion moderna y á las tiendas mismas de algunas ciudades del Oriente. Un muro á la mitad de altura del cuerpo humano formaba la delantera y servia de mostrador para la exhibicion de las mercancías. Ejemplar rarísimo de esta clase es la tienda que hay en Barcelona, frente á la puerta de la Piedad de la Santa Iglesia Catedral, y que hoy no sirve para el uso á que en su origen estuvo destinada. En los pisos superiores se hallaban las dependencias de la habitacion. Muy frecuente fué en el siglo XIV, y de él lo copiaron épocas posteriores, la colocacion de los pisos superpuestos de una manera visible al exterior, esto es, saliente el primero más que el segundo y así, en el caso de que hubiese algun otro. Dícese y es opinion muy admitida, que semejante disposicion arquitectónica, fué copiada de las ciudades de Oriente, porque, merced á aquellos voladizos, las calles se encontraban protegidas de los rigores del sol, sirviendo á la vez en las poblaciones septentrionales para evitar en parte las molestias de la lluvia, con lo que los peatones podian recorrer más cómodamente las vías. Muchos son los tipos de este sistema de casas que se conservan en Europa y en

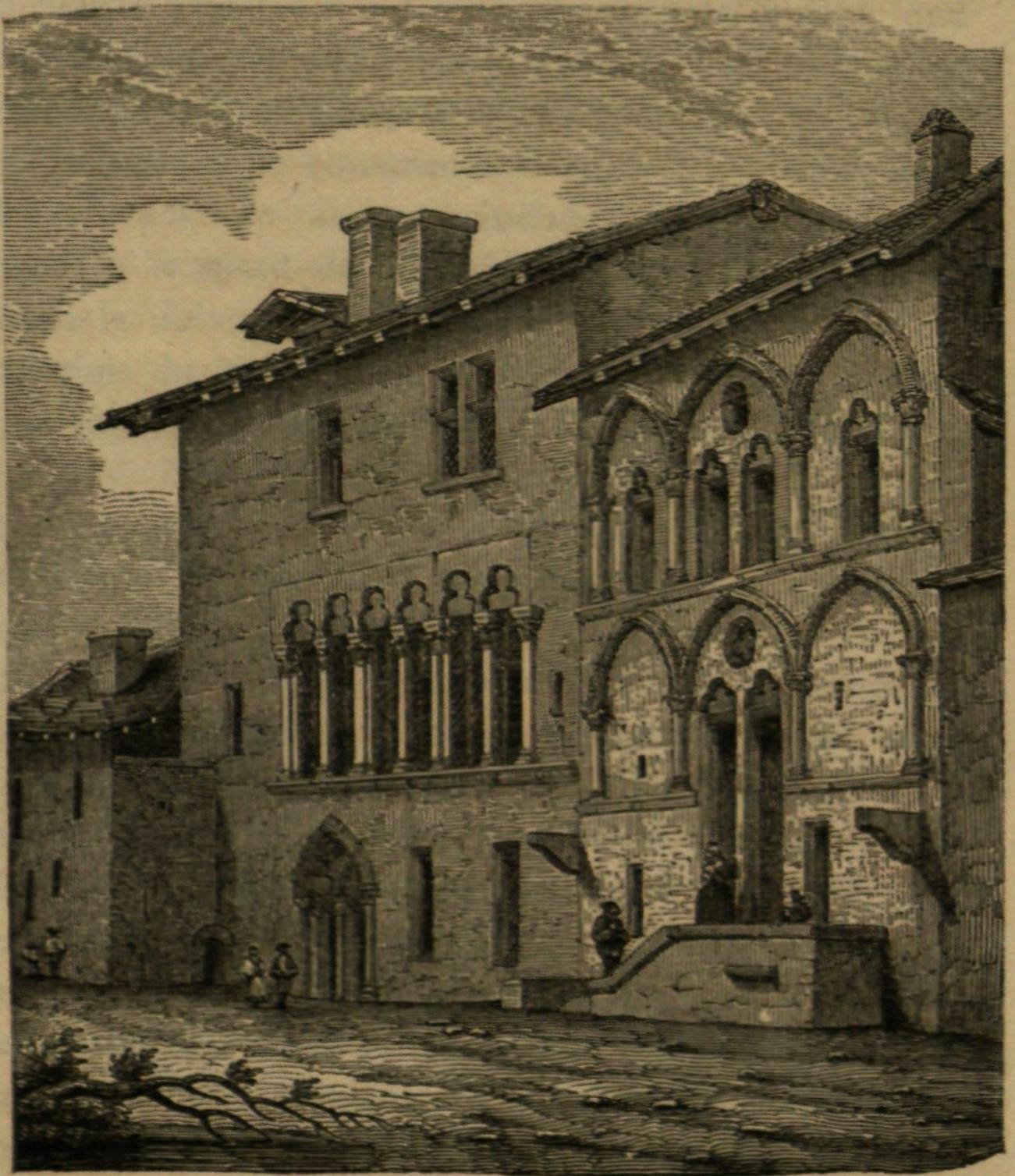


Fig. 24.

Barcelona misma, en la calle del Arco de San Francisco, afluente de la Boria, has podido ver una, por cierto de fecha muy posterior á las indicadas, en la cual se nota la superposicion en saliente de los pisos.

Sin entrarnos aún en el interior, veamos cómo estaba decorada la fachada de la casa ojival. Las mejores dentro del tipo eran y son todavía acabados modelos de belleza y de la habitacion de la familia cristiana. Luego verás porqué hé apuntado este último aserto. Así como en los siglos en que reinó el estilo románico, columnas, capiteles, frisos, arcuaciones de los edificios privados eran copia ó imitacion, por modo menor, como podria decirse, de los que se encontraban en las catedrales, colegiats y monasterios; así tambien en los siglos XIV y XV los motivos de decoracion del arte religioso ojival aparecian discretamente colocados en las construcciones civiles, bien estuviesen destinadas á usos públicos — de los cuales no he de ocuparme porque no entran en el plan que hemos trazado para estas cartas — bien se hallasen dedicadas exclusivamente á satisfacer las necesidades del hombre dentro de la familia. Tambien se veian pues, como en los templos y en las casas de los Concejos, las puertas y ventanas en ojiva más ó ménos levantada, segun la época y como pueden indicártelo los mamotretos que te envio adjuntos. (Fig. 24.) Tambien figuraban hermosamente en los alzados de las habitaciones particulares las columnas fasciculadas, los frontones calados con primor incomparable,

y las arcuaciones embellecidas por el cardo espinoso, las hojas de col, la berza rizada, y en una palabra, por la variedad de elementos que la flora del país proporcionaba á arquitectos y tallistas para que lucieran su ingenio y su habilidad. Encima de las puertas, y junto á ellos y á las ventanas daban movimiento á la fachada y hablaban á la inteligencia, sentencias sacadas de los Libros Sagrados, motes ó divisas, escudos nobiliarios ó emblemas referentes á la profesion del propietario ó del gremio, cofradía, etc. que habia construido el edificio. No faltaban tampoco en algunas casas á derecha é izquierda de la puerta ó ventana principales, estatuitas ó bajo-relieves con los santos patronos del dueño y de la familia, y era comunísimo—y esto no te cogerá de sorpresa— que hubiese en el ángulo de la casa, si las fachadas contiguas daban á dos calles, una imágen de la Santísima Virgen, ó de algun santo colocado en una hornacina ó sobre rica peana y cobijada por una umbrela, marquesina ó doselete—que todos estos nombres lleva—de labor primorosa y de sin par esbeltez. Una lámpara ardia constantemente en frente de la sagrada efigie, y su luz suavísima era por la noche fanal que movia al cristiano á persignarse y rezar á Dios, y resplandor que alumbraba al viandante en medio de la oscuridad de las angostas y tortuosas calles de una ciudad del siglo xv. Esta devota costumbre continuó por los siglos xvi, xvii y xviii, siendo aún muchas las imágenes de Jesucristo, de la Virgen y de sus

santos que se vén en las fachadas de casas antiguas en las poblaciones citadas, y muy particularmente en nuestras monumentales ciudades de Toledo y Avila. El poeta Zorrilla ha encontrado en tales elementos un fondo precioso para sus romances narrativos no superados hasta ahora y á lo más igualados por Viedma en sus lindos *Cuentos de la villa* y por Antonio Hurtado en su bien cincelado *Madrid dramático*. Y aunque sea digresion ¿no te parece que es capaz de tentar al pincel de un buen colorista la escena final del romance IV de la leyenda *Para verdades el tiempo, y para justicias Dios*, del citado Zorrilla, en la que se habla de aquella piadosa costumbre de nuestros antepasados? Una estocada traidora penetra por el costado de Pedro Medina, por asuntos de faldas como suele acontecer muchas veces en lances de cuchilladas,

Y el moribundo Medina,
Volviendo el gesto á un rincon
Hácia una imágen de Cristo,
De quien devoto vivió,
Dijo espirando «Soy muerto,
«¡Acorredme, Santo Dios!»
Y quedó tendido en tierra
Sin movimiento y sin voz.
Alzóse á su lado un hombre
Y exclamando con pavor
«¡Maldita sea mi alma!»
Mató la luz y escapó.

En una vieja obra francesa se encuentra la descripción de la casa de un abogado de fines del siglo XIV, que es en alto grado curiosa por comprender la distribución interior del edificio. Formábase un sólo cuerpo con planta baja y dos pisos. Había en la primera el *parlour*, ó sala de conversacion, el comedor y la cocina: en el cuarto principal el bufete del dueño, la sala para los pasantes y la de espera para los clientes; formaban el piso segundo los cuartos dormitorios para el abogado, su mujer é hijos. Las vigas que sostenian los techos estaban labradas con mayor ó menor riqueza segun fuese la del dueño, y en las casas acomodadas el artesonado, con bien sentidas molduras y dorados en ocasiones, contribuian á la impresion de severidad, propia de las construcciones anteriores al Renacimiento. ¡Qué efecto tan magnífico causan los techos con artesonado de maderas ricas, tallados con ese sentimiento varonil y exquisito á la vez propio de los escultores de los siglos XIV y XV! ¡Qué aspecto de dignidad y magnificencia debian tener las cámaras de aquella época, recubiertas sus paredes de tapices con imagineria, modelos de carácter decorativo en los objetos suntuarios! ¡Cómo pregonaban las dulzuras del hogar doméstico las grandes chimeneas blasonadas y esculpidas con figuras, motes, sentencias, etc., á semejanza de la que existe en una antigua morada de la vetusta y monumental ciudad de Jaca! ¡Cómo habia de armonizarse hermosamente con todos estos



elementos el tríptico con la Virgen y los Santos Patronos que presidian en la testera, los bancos con elegantes adornos ojivales, los sillones de aquel estilo, con asientos y respaldos de guadamacil ó cuero de Córdoba, las armas y armaduras, y por fin la série considerable de objetos de uso doméstico, que los modestos artífices de entónces labraban con la pulcritud y el buen gusto de que dan elocuente prueba los ejemplares reunidos en los museos más celebrados de Europa!

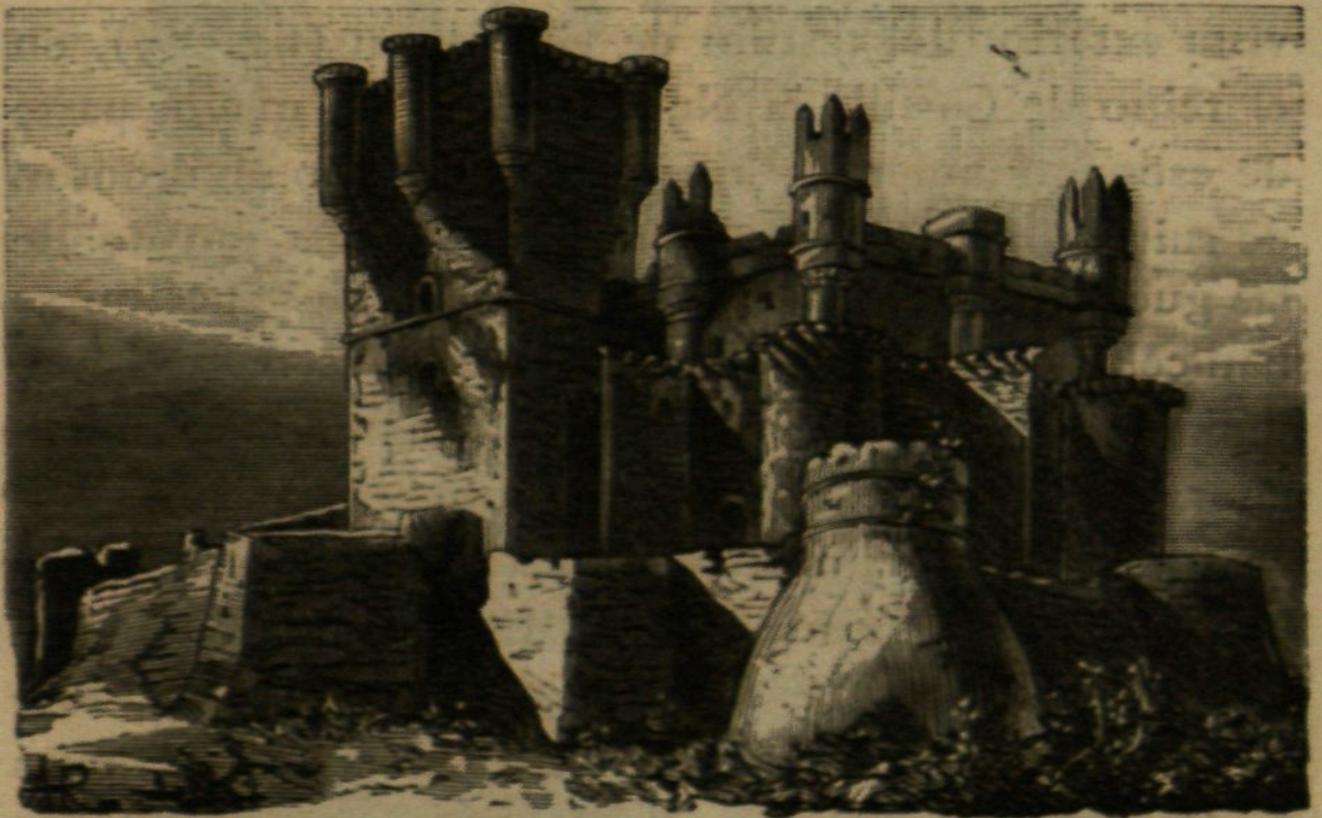
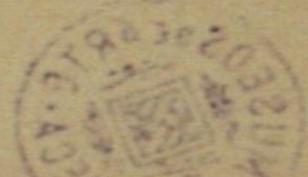


Fig. 25.

Recordando las viejas habitaciones españolas alhajadas con lujo varonil, y parangonándolas con las afeminadas de su época, decia nuestro ínclito autor de sainetes D. Ramon de la Cruz, que



ya las casas
se adornan con cornupias,
mas no con petos y lanzas.

Esta magnificencia subia de punto como es de suponer, en los palacios aristocráticos y en los castillos señoriales. Tarea para tiempo habria si hubiese de entrar en pormenores sobre estas viviendas. Dice el refran, que para muestra basta un boton, y adoptándolo en el caso presente aún cuando sea exagerado, acudo tambien al dibujo y te incluyo el de la vista exterior del castillo de Guadamur (fig. 25), en el reino de Castilla la Nueva. Hoy, la mayor parte de esos monumentos históricos, son sólo un monton de ruinas, sobre todo en nuestra España, en donde las guerras civiles y la barbarie de la destruccion se han cebado en sus obras más venerandas. Como tipo lindísimo de palacio aristocrático, guarda Cataluña—ahora por fortuna con algun amor—el del rey don Martin junto al famoso y nunca bastantemente ponderado Monasterio de Poblet. Es el tal edificio una joya en el sentido más cabal de esta palabra. (Fig. 26.) Es imposible imaginar mayor elegancia en las líneas de las ventanas que dan al claustro y cuyos calados son de primor incomparable; es imposible encontrar coquetería mayor—si así puedo expresarme—no reñida con cierto vigoroso temple que la que hay esparcida en los escudos que surmontan las puertas, como la de entrada por ejemplo; en los capiteles que

son verdaderas monadas; en las peanas, en una pala-
bra en todos los restos que se conservan todavía de
aquella preciosa fábrica. Adosado al monasterio de
Poblet está, como te he dicho, el palacio del rey D.



Fig. 26.

Martin de Aragon; es decir, al amparo de la religion
cristiana, viniendo á ser una suerte de accesorio, una
especie de cuarto real de aquel poderosísimo cenobio.
En otros palacios, la capilla es sólo una depen-

dencia del edificio, pero dependencia principal, dependencia que no falta en ninguno de ellos, como no deja de hallarse en ninguna casa de mediano rumbo, y que frecuentemente viene acusada al exterior de un modo visible, tal que á simple vista no se aparezca duda sobre el santo destino que ha de tener el ala ó cuerpo de construccion en donde la iglesia ó capilla se encuentra emplazada.

Con lo que te dejo indicado, ¿puedes, vagamente siquiera, reconstruir en tu imaginacion la casa ó palacio del siglo XIV y XV? Temo que con los incoherentes apuntes aplegados en esta carta, formes una suerte de misto en el cual no resulte nada claro. Sin embargo, si vas atando cabos, si con lo escrito comparas lo dibujado, si recuerdas algo de lo que has visto semejante á lo que ha sido objeto de los anteriores párrafos, y sobre todo, si pones empeño cuando visites algun edificio ojival, en tener presentes los datos apuntados; estoy seguro de que no habrás de juzgar tiempo perdido el que hayas empleado en la lectura de estas garrapateadas líneas que te remite como nuevo testimonio de afecto y en cumplimiento de formal promesa, tu sincero amigo que de veras te quiere.—F.

CARTA QUINTA.

EDAD MEDIA.—PUEBLOS MERIDIONALES.

Queridísima amiga: Como en las comedias de mágia en que tras de una decoracion severa, trasunto fiel de un palacio románico, por ejemplo, asoma otra que reproduce con toda la fantasía del más soñador artista escenógrafo, los embelesos de una mansion oriental, de una morada de hadas; así tambien en mis cartas es preciso que cambie semi-bruscamente los telones y que de un país frio y nebuloso te traslade como por arte del Diablo Cojuelo, á los risueños y floridos cármenes de Granada. Granada he dicho, y á la verdad que debiendo ser tema de esta carta la habitacion de los pueblos meridionales, con hartos apuros podriamos hallar en el universo mundo otra ciudad y otra comarca más apropiada al intento que la arrancada en 1492 del poder de los moros por los católicos reyes D. Fernando y doña Isabel. Es Granada, amiga Teresa, la ciudad de los amorosos ensueños; todo en ella respira poesía, todo en ella convida al alma á espaciarse por aquellas regiones en las cuales el amor se sublima y diviniza y llega á inspirar inmortales creaciones como la del Dante Alighieri. En Granada ha de soñarse por ne-

cesidad, so pena de tener una inteligencia más dura que piedra berroqueña y un corazón más frío que el pico de Mulhacén en Sierra Nevada. Siento por aquella ciudad en su pasado y en su presente, una especial predilección, y por esta causa, así como también por la que ántes te he indicado, sus casas y palacios árabes serán los que me ocupen principalmente en esta carta, haciendo asimismo alguna excursión á Sevilla, de donde podremos sacar datos y observaciones pertinentes al conocimiento cabal de la traza y disposición de las casas del Mediodía y del Oriente.

No ignoras la larga estancia de siglos que los árabes hicieron en nuestra península y sobre todo en las feraces comarcas de Andalucía. Sabes también que Granada fué su último baluarte y que en esta ciudad acumularon los emires de los musulimes tesoros de arte que nos envidian todas las naciones ilustradas, superándola sólo en riquezas y esplendor la altiva Córdoba, la ciudad de la famosa mezquita, la corte de los Abderrahmanes, cuna de sábios, de guerreros y de poetas. Esta última ciudad, más interesante acaso que la primera para más formales estudios arquitectónicos, no nos ofrecería los elementos que para nuestro fin nos proporcionará la ciudad del Rey Chico. Examinando las casas del Albaycín, paseándonos por la Alhambra y el Generalife, dando un brinco hasta ver en Sevilla el Alcázar y la casa de Pilatos, tendremos recursos sobrados con que re-

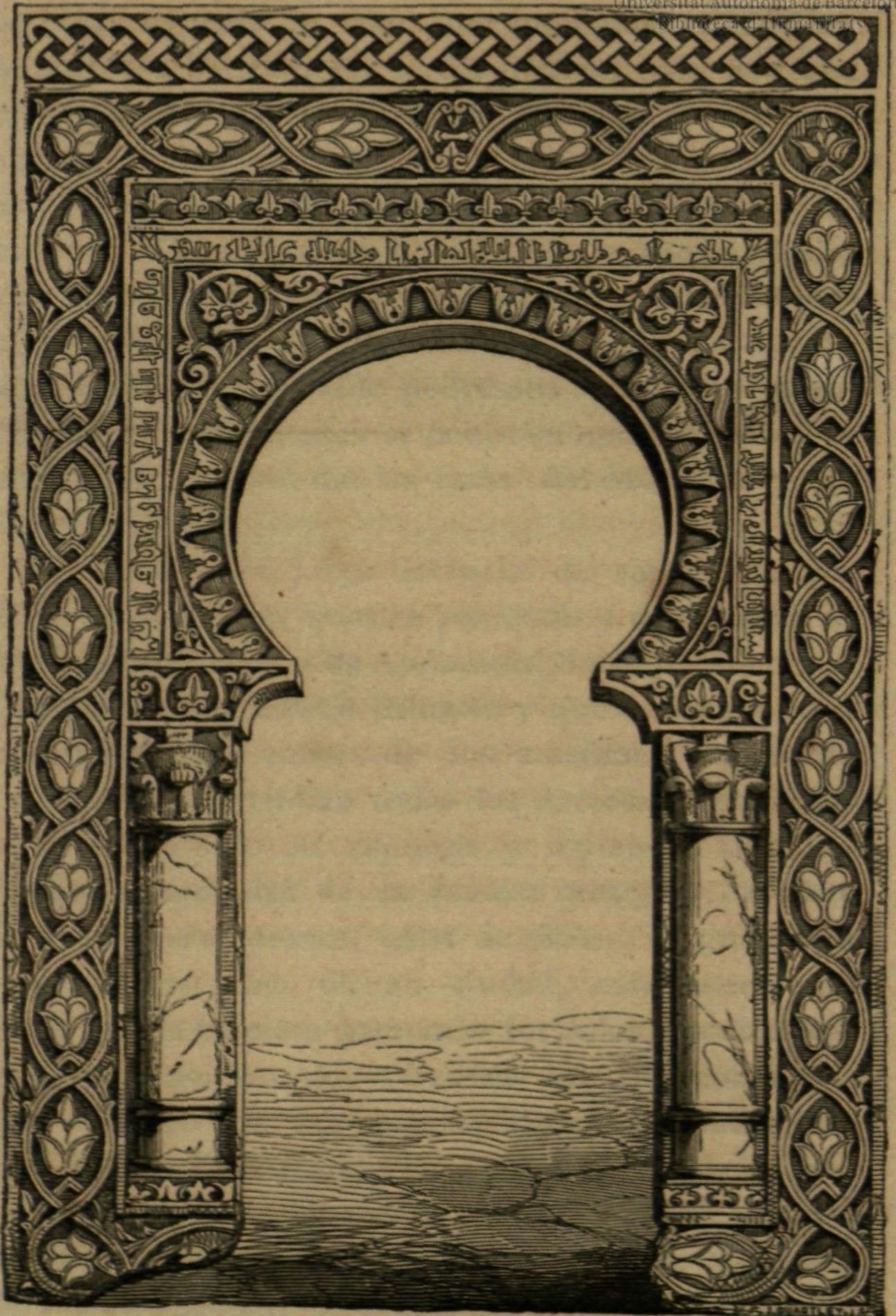


Fig. 27.

plantear, construir y decorar la casa y el palacio moriscos que fueron despues, con las variaciones consiguientes, la morada de los cristianos que les sucedieron en el disfrute de aquel cielo azul y de aquellas pintorescas vegas.

Tiene el arte arábigo en muchos puntos semejanzas marcadas con el arte persa, que influyó en él de una manera poderosa, lo propio que en el estilo propiamente bizantino ó nacido en la antigua Bizancio, la Constantinopla de nuestros dias. Si vieses el Mihrab de la catedral de Córdoba, mezquita ántes, recordarías en seguida algunos de aquellos dibujos persas que tanto te gustan por sus elegantes líneas y por sus bien armonizados colores, y de los cuales con ese buen gusto instintivo en las mujeres, has sabido pillar algo y aún algos para aplicarlo á las alfombras y chucherías que combinas y bordas con mano tan certera. Otros ejemplos de lo mismo podria aducirte — sin ir muy léjos el mirab de la aljama de Tarragona que te remito por via de muestra— (Fig. 27), pero no los considero del caso, bastándome con haberte indicado la filiacion para que en adelante la tengas presente. Sabes que el arco de herradura es el pormenor característico de la arquitectura de los árabes, y no ignoras tampoco la feliz aplicacion que hicieron del capitel de forma cúbica, del cual hay ejemplares lindísimos en la Alhambra, y en otros muchos edificios. La ardiente imaginacion de los árabes hubo de buscar para el

decorado de sus casas y palacios, medios que con ella se compadecieran y con esa exuberancia propia de su fantasía, llenó las paredes de labores complicadísimas, de mosaicos y azulejos esmaltados con habilidad nunca igualada, y de colores y de oro con intensidad y profusion asombrosas. Para que de ello te formes idea más clara, voy á acudir á la descripción de uno de los salones de la Alhambra. Figúrate un pavimento de mármol blanco en cuyo centro, según el destino de la pieza, hay ó no un tazón de lo mismo con surtidor para refrescar el ambiente. Corre al rededor de la sala un alisar hecho de menudos azulejos combinados en mosaico, bajo un patron complicadísimo á primera vista, y sujeto, sin embargo, á reglas fijas por ser reproducción de un número mayor ó menor de figuras rigurosamente geométricas. Este alisar ó arrimadero es en su conjunto de una entonacion algo oscura, por dominar en él los azules y verdes con reflejos metálicos, que tanto trabajó por alcanzar nuestro malogrado Fortuny, sin haberlo obtenido á pesar de los ensayos repetidísimos que hizo en la misma Granada. Las paredes están cuajadas de complicadas *atauriques* (labores en yeso) formando dibujos preciosos, entre los cuales asoman leyendas en caractères arábigos, leyendas que son en algunos sitios, como te lo explicaré más adelante, verdaderos poemitas. Los colores primarios rojo, azul, verde y blanco, realzaban con el oro aquellas menudas labores mo-

riscas, siendo los artistas arábigos maestros consumados en la combinación de las citadas tintas, con las cuales producian efectos de una brillantez y riquezas comparables sólo á la impresion que causan los tapices orientales antiguos y aún hoy dia los que se fabrican en Esmirna, en el Cairo y en otras poblaciones de Oriente. Coronaba la sala un techo en *alfarjia* ó trabajo en madera de pequeño tamaño, ó en

estalactita por semejarse la labor en yeso á esta produccion de la naturaleza, que en determinadas cuevas forman las aguas calcáreas, conforme te lo aclarará el fragmento adjunto del Alcázar de Sevilla. (Fig. 28.) En ambos casos no

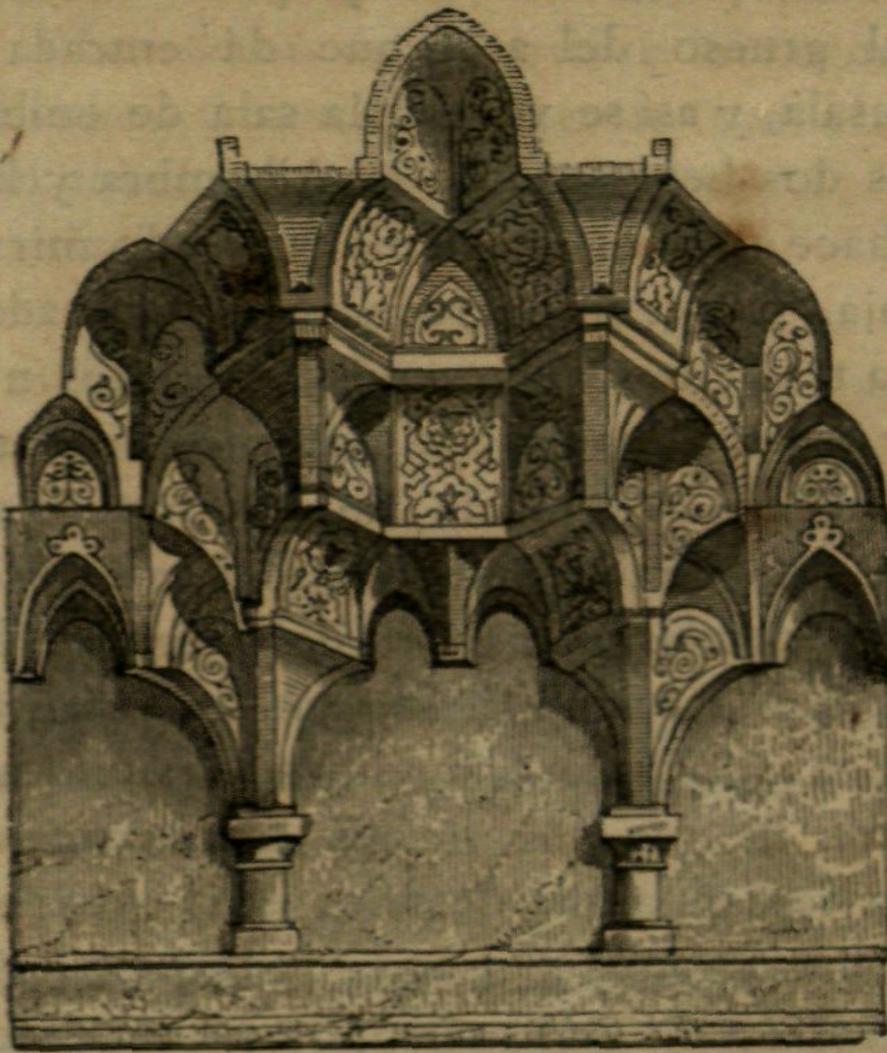


Fig. 28.

cedia el techo en riqueza y en paciente labor al resto de las piezas, que completaban ajimeces con vis-

tas al exterior, sostenidos y divididos por columnitas de mármol con bien tallados capiteles y esbeltos arcos de herradura, alcobas en arco de igual traza, asimismo con inscripciones y atauriques, y por fin los llamados *babucheros* junto á la puerta de entrada y acerca de cuyo destino se ha disparatado mucho, habiéndose fijado al fin, á mi entender, su uso real y positivo.

Son los llamados *babucheros* unos pequeños nichos colocados en el grueso del arco que dá entrada á un salon ó antesala, y así se vén en la sala de embajadores y de las dos hermanas de la Alhambra y las habia tambien hace algunos años en el titulado mirador de Lindaraja. Es general creencia en Granada, fundada en una tradicion, que servian aquellos nichos para dejar los zapatos en testimonio de respeto ántes de penetrar en la estancia de los monarcas nazritas. Este uso hubieran podido tener los *babucheros* de las salas ántes citadas pero y los del mirador de Lindaraja ¿para qué servian? El insigne orientalista D. Emilio Lafuente Alcántara, manifiesta la opinion, que estimo cierta, de que los nichos ú hornacinas en cuestion no tenian aquel destino, sino que en ellos se colocaban jarrones con agua, comprobando el fundamento sólido de este aserto, las inscripciones que se encuentran á su alrededor. Hé aquí la que hay en el corredor ó antesala de los embajadores en el nicho de la derecha:

«Soy como el asiento engalanado de una esposa dotada de belleza y de perfeccion.»

«Mira este vaso, y conocerás la exacta verdad de mis palabras.»

«Contempla con atencion mi diadema: la encontrarás semejante á la aureola de la luna llena.»

«Ebn Nasr es el sol de este orbe en esplendor y belleza.»

«Perpétuo sea en su elevado puesto; seguro de la hora del ocaso.»

En otro *babuchero* reza la leyenda:

«Los dedos de mi artífice labraron sútilmente mis dibujos, despues que fueron ordenadas las joyas de mi corona.»

«Imito al trono de una esposa y aún le aventajo, pues yo aseguro la felicidad de los cónyuges.»

«El que á mí se acerca aquejado de la sed, hallará agua pura y fresca, dulce y sin mezcla alguna.»

«Como si yo fuera el arco iris cuando aparece, y el sol mi señor Abul Hachach.»

«No deje mi morada de ser guardada tanto tiempo como la casa de Dios continúe siendo lugar de peregrinacion.»

Ya vés, amiga mia, que estos textos no dejan lugar á duda. Si alguna pudiese quedar aún, la desvanecería el hecho de verse todavia esos nichos en las poblaciones de la costa de Africa, á la entrada de las habitaciones, sirviendo alli como servian en Granada para colocar grandes jarrones de loza ó porcelana de mayor ó menor riqueza, segun la de

los dueños de la casa. El agua hacia y era natural que hiciera un gran papel entre los árabes. Teníanla como elemento precioso para librarse de la sed y del calor, y de la utilidad grande que les prestaba son ejemplos en nuestros mismos dias las casas particulares de Córdoba, Granada y Sevilla.

Al hablarte de la decoracion arquitectónica de los moriscos, he tomado por tipo los encantados salones de la Alhambra. La vista interior de aquel monumento, que vá pegada á estas líneas, hablará mejor para tí que mi descripcion desmañada. (Fig. 29.) Ya comprenderás que las magnificencias del palacio de los reyes moros granadinos no se hallarian en las viviendas de los súbditos, sobre todo en las de aquellos que no disfrutaban el privilegio de poseer una regular fortuna. En ellas, veíase sólo una mínima parte de los elementos de decoracion propias del estilo morisco, de la misma manera que en las casas de los ciudadanos modestos de las poblaciones cristianas septentrionales, sólo aparecian líneas y motivos elementales de la arquitectura ojival que se ofrecia únicamente en todo su desarrollo en catedrales, monasterios, palacios, casas de Ayuntamiento, etc., etc. Empero, el palacio arábigo de la Alhambra, y de seguro tambien los edificados por monarcas moros en Córdoba, Valencia, Almería y otros lugares, coincide con la más humilde casa morisca en un pormenor característico, en una dependencia indispensable de la habitacion meridional. Es este pormenor el pa-

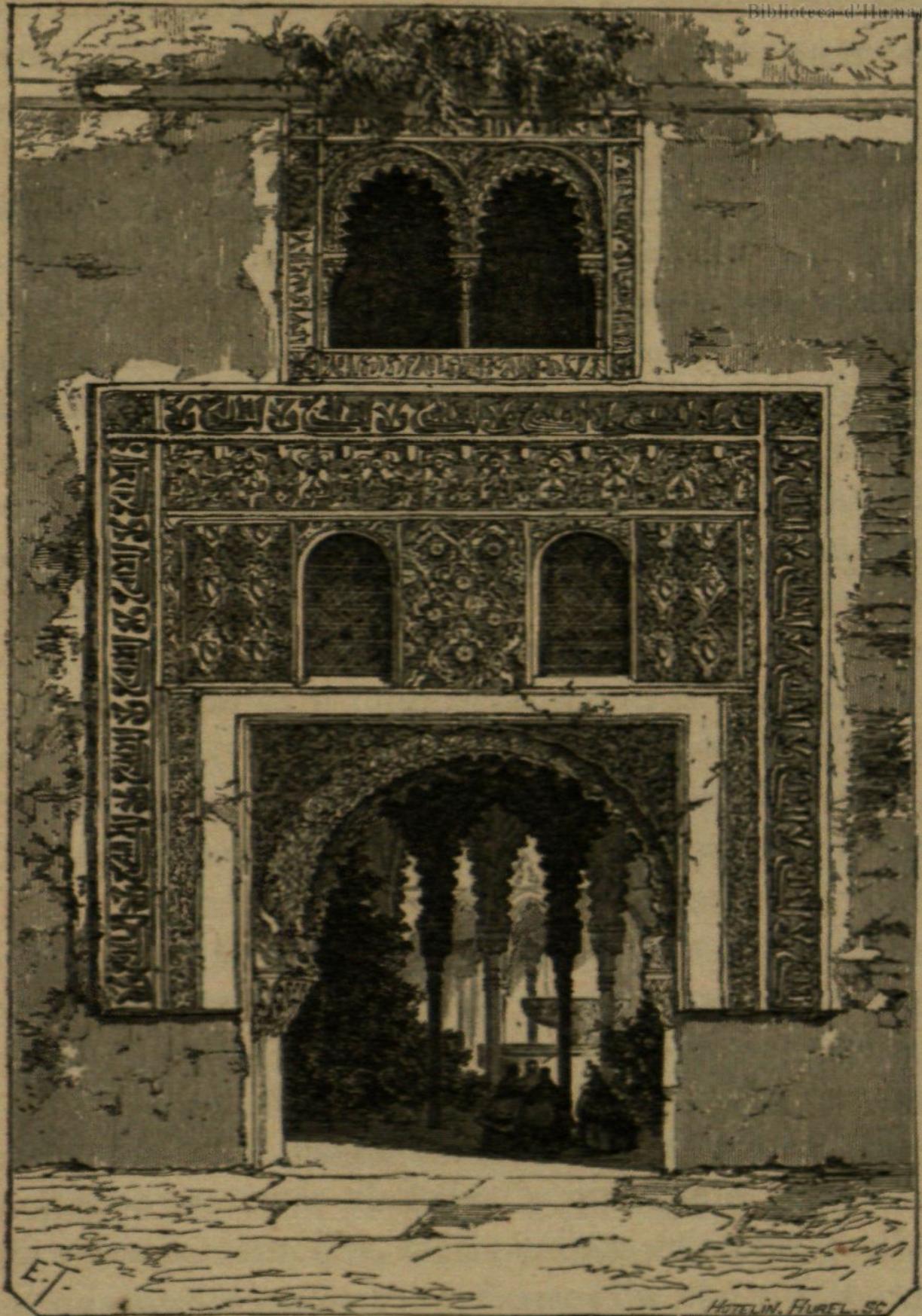


Fig. 29.

tio con estanque ó surtidor, que es aún en nuestros días aliciente sumamente agradable para pasar en Andalucía los días más calurosos de la canícula.

Precede al patio en casi todas las habitaciones del Mediodía de España un pequeño zaguan, cerrado con una verja de hierro de labor bastante linda y en la cual en pleno siglo XIX se descubren reminiscencias marcadas de la elegancia y galanura del arte morisco. Una galería baja y otra superior á veces rodea el patio, dando á la vez entrada á las piezas dedicadas á satisfacer las necesidades de la familia. En el centro del patio asoma un estanque con un surtidor del que brota un hilo de agua más ó menos grueso, completando el efecto embelesador de esta dependencia, naranjos y limoneros, matas de arrayan oloroso, tiestos con clavellinas y albahaca, distribuido y cuidado con una coquetería que descubre á ojos vistas la mano exquisita de la mujer andaluza. ¿Te causará ahora extrañeza mi entusiasmo en favor de Córdoba y Granada? Tú, que conoces mis aficiones semi-orientales, dentro de lo que permite la Santa Madre Iglesia, que no ignoras mi pasión por las plantas y flores, ¿te admirarás de que recuerde con fruición las horas pasadas en alguno de los patios de aquellas preciosas ciudades, y que sueñe en renovar tan gratas memorias, mejorándolas en tercio y quinto si mis ideales pudieran realizarse? En el patio se concentra la vida de la familia meridional—como sucedía también en la antigua Roma— durante la prima-

vera, el verano y parte del otoño; en el patio trabajan las mujeres, las niñas de posición siquiera mediana tocan allí el piano, respaldándose en los naranjos leen ó fuman los hombres y unos y otros se dejan mecer por el ambiente embriagador de aquellos países, por el vigoroso aroma de sus flores, por el murmurio del agua que convida al *far niente*, en una palabra, por todo el conjunto de goces que Dios reparte pròvidamente á las comarcas meridionales, sin que apenas cuesten un céntimo á ricos ni á pobres.

Que las antiguas casas hispano-árabes fueron el patron de las actuales, lo demuestran los restos, conservados en mayor ó menor grado, de edificaciones antiguas que se vén hoy dia en varias calles de Granada, en el barrio del Albaycin fundado por los moros que vinieron huyendo de Baeza y principalmente en la cuesta del Chapiz. Descúbrese aún en el fondo de súcios portales, patios exhuberantes de luz, con elegantes arcos árabes y galerías sostenidas por columnas que coronan zapatas de madera trabajadas con habilidad envidiable, no siendo raro que aparezca tambien carcomida por los años ó por manos repetidas de cal alguna puerta ó ventana en *alfarjia* que recuerde los bellisimos trabajos realizados por los maestros carpinteros moriscos en la Alhambra y en el Generalife. La llamada casa del Chapiz de que te acompaño una vista, (fig. 30) es un curioso ejemplar visitado continuamente por nacionales y extranjeros y

un asunto de estudio para los que deseen ahondar algo en el conocimiento del arte de la construcción entre los moros españoles. Los fragmentos lindísimos que



Fig. 30.

se han sacado de estas casas, así como de la Alhambra y del Generalife son en número considerable, y se vén reproducidas en magníficas obras impresas en todos los idiomas europeos. Las encantadoras combinaciones de los atauriques; los alicatados de que

antes te he dicho alguna palabra; el juego de colores que en unos y otros empleaban los inspirados arquitectos de Córdoba y Granada; los techos en estalactita ó en alfarjía que ponderó Fr. Luis de Leon con los versos

Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
del sábio moro, en jaspers sustentado;

los capiteles ricamente esculpidos; las puertas asentadas sobre zapatas en que aún brillan vestigios del oro morisco, modelos de ensambladura en sus diminutas, bien ajustadas y mejor combinadas piezas, han sido otros tantos elementos de enseñanza para el arte decorativo de tiempos pasados y del actual siglo, que los estudia con amor y veneracion parecidos á los que emplea para con los restos admirables de las construcciones helénicas.

El influjo del estilo hispano-morisco se extendió en España á las comarcas dominadas por los reyes cristianos y sobrevivió á la caída misma del último de los califas españoles. Llamóse *mudejar*,—palabra que alguna otra vez habrás oído—el estilo arquitectónico que nació de la mezcla de elementos del Norte con los peculiares á los mahometanos y que los alarifes españoles desarrollaron en diferentes edificios y ciudades y de un modo más particular en Sevilla y Toledo. Toledo, que es ciudad verdaderamente mo-

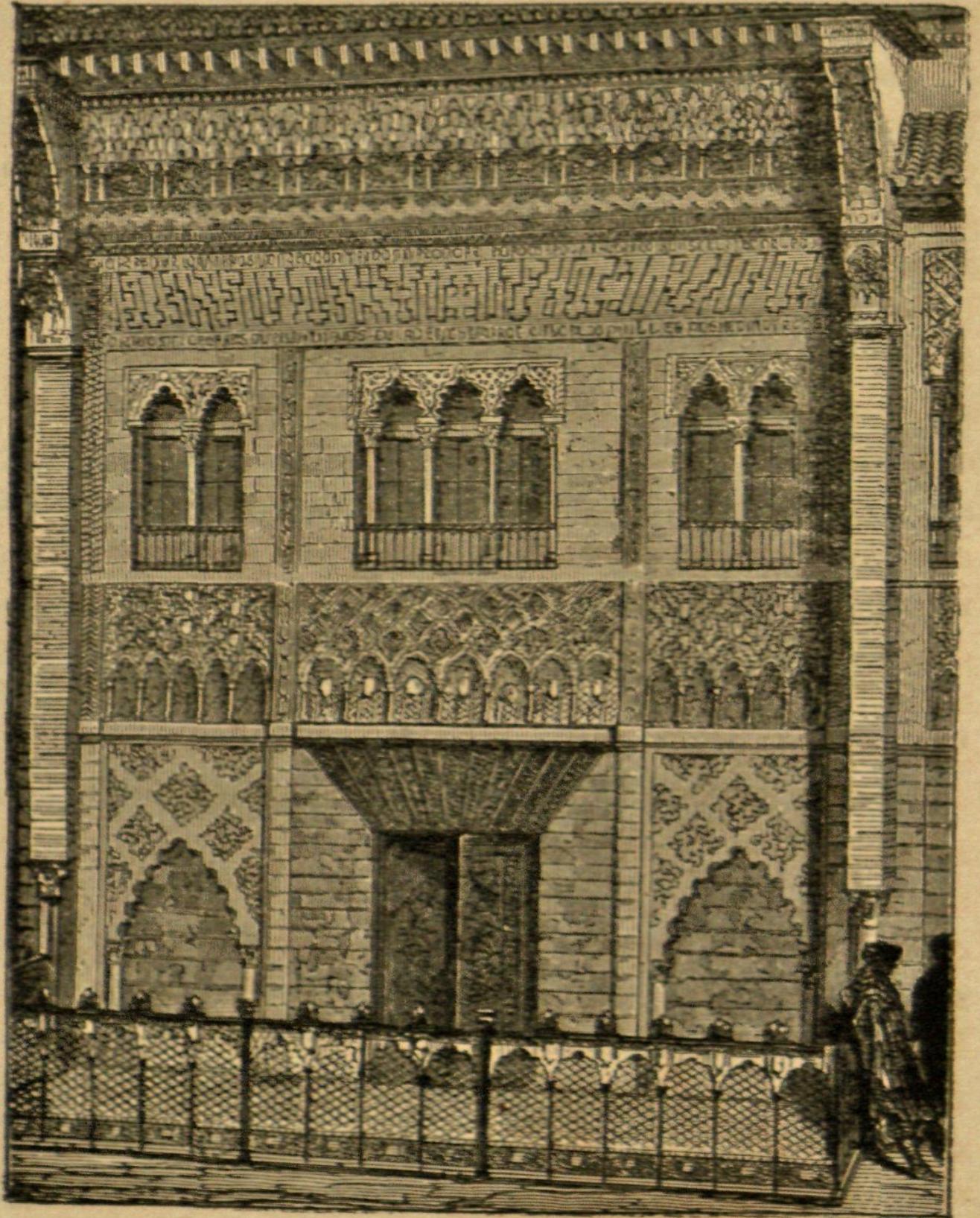


Fig. 31.

numental, como te he dicho y tengo hambre y sed de repetir cien veces, cuenta con las torres-campanarios de carácter mudejar de Santiago y Santo Tomé, por ejemplo; en Sevilla asoma erguida su esbelta cabeza la famosa torre de la Giralda, y no léjos de este celebrado ejemplar del arte español, aún por fortuna se mantiene enhiesto el *alcázar*, (fig. 31) con la inscripcion en su portada: «*El mui alto mui noble e mui poderoso e mui conqueridor Don Pedro por la gracia de Dios rey de Castilla et de Leon mandó fazer estos alcázares e estos palacios e estas portadas que fué fecho en la era de mil et quatrocientos y dos.*» Si recorrieses el alcázar verias en sus patios y patines, en sus salones y cámaras una reproduccion de los palacios granadinos con los aditamentos que allí pusieron los arquitectos del tiempo del gran emperador Cárlos V. Más típica es bajo el punto de vista de morada particular la titulada *casa de Pilatos* que existe en la misma Sevilla y que lleva este nombre por suponerse, segun tradicion, que fué construida á semejanza de la de aquel pretor romano existente en el propio sitio, comenzándola en el siglo xvi el adelantado Pedro Enriquez y su esposa D^a Catalina de Ribera. Es imposible sustraerse á la fascinacion que ejerce en toda persona de mediano sentimiento artístico la vista de la *casa de Pilatos*. Hay en ella un extraño consorcio de estilos; su planta está acomodada á los usos y costumbres semi-orientales del siglo xv, con un gran patio con dos órdenes de galerias, salones

en sus cuatro bandas, jardin interior rodeado de construcciones subalternas, y decoracion y ornato mudejar con afan de reproducir los primores del *alcázar* de D. Pedro, y á la vez con accidentes y perfiles del estilo plateresco y aún del ojival terciario. Y sin embargo, en medio de esta suerte de incoherencia, cuando se recorre el patio decorado de azulejos con reflejos metálicos, la escalera de lo mismo y de una grandeza y suntuosidad propia de príncipes, las habitaciones interiores, en alguna de las cuales un tazon tambien de pintados azulejos, recoge el agua que salta de un pequeño surtidor á la manera árabe, no puede ménos de convenirse con el ilustre crítico D. Pedro de Madrazo que «*La casa de Pilatos es una augusta personificacion arquitectónica del génio español, clásico pero casto, novelesco pero púdico del siglo XVI.*»

Me es preciso concluir esta carta sobre la habitacion oriental, que ya se va haciendo larga, pero á reserva de llamarte otra vez la atencion sobre algo de lo que dejo dicho, no quiero cerrar la misiva sin incluir en ella algunas palabras acerca de los jardines de los árabes en España. Así como para darte á conocer la casa peculiar de los pueblos del Mediodia, te he presentado como muestra ó tipo los palacios y casas de Granada y Sevilla, para que puedas formar idea de los jardines hispano-moriscos, que vienen á ser tambien los jardines de las naciones del Oriente y del Mediodía, acudiré al *Generalife* de Granada, quinta

ó lugar de recreo de los monarcas nazritas. Nada ó poquísimo tiene al exterior el *Generalife* por donde se pueda imaginar su alto destino, y en esto—recuérdalo bien, Teresa mia—se parece á todos los palacios y casas del Oriente. Grandes lienzos de pared, alguna que otra ventana en herradura, con ajimez ó sin él, una puerta de ingreso más ó ménos historiadada, suelen constituir los elementos principales de la fachada de los edificios, asunto de estas y de las antecedentes líneas. Interiormente descubre el *Generalife* las excelencias propias de los buenos monumentos hispano-moriscos, mas el interés mayor que despierta en el visitante instruido, se cifra en sus jardines de una elegancia y gallardía superiores á toda ponderacion.

Uno de los embelesos mayores de los jardines moriscos consiste en el arte con que en ellos se halla distribuida el agua: sus alarifes eran en este particular verdaderos maestros, y las obras que construyeron para la distribucion de aguas asi de las destinadas al riego de huertas, como de las que servian á usos de mero lujo, son estudiadas hoy todavía por los arquitectos más eruditos y más artistas de todas las naciones civilizadas. En los jardines del *Generalife* un canal revestido de mármol, ocupa una parte considerable de su extension y sus cristalinas aguas corren por debajo de arcos de verde ramaje. Naranjos y limoneros con sus dorados frutos, adelfas pobladas de encendidas flores, arrayanes que esparcen

un embriagador aroma y cipreses que pierden en aquel sitio su aire grave y funerario, para convertirse en árboles de una esbeltez y de una galanura in-

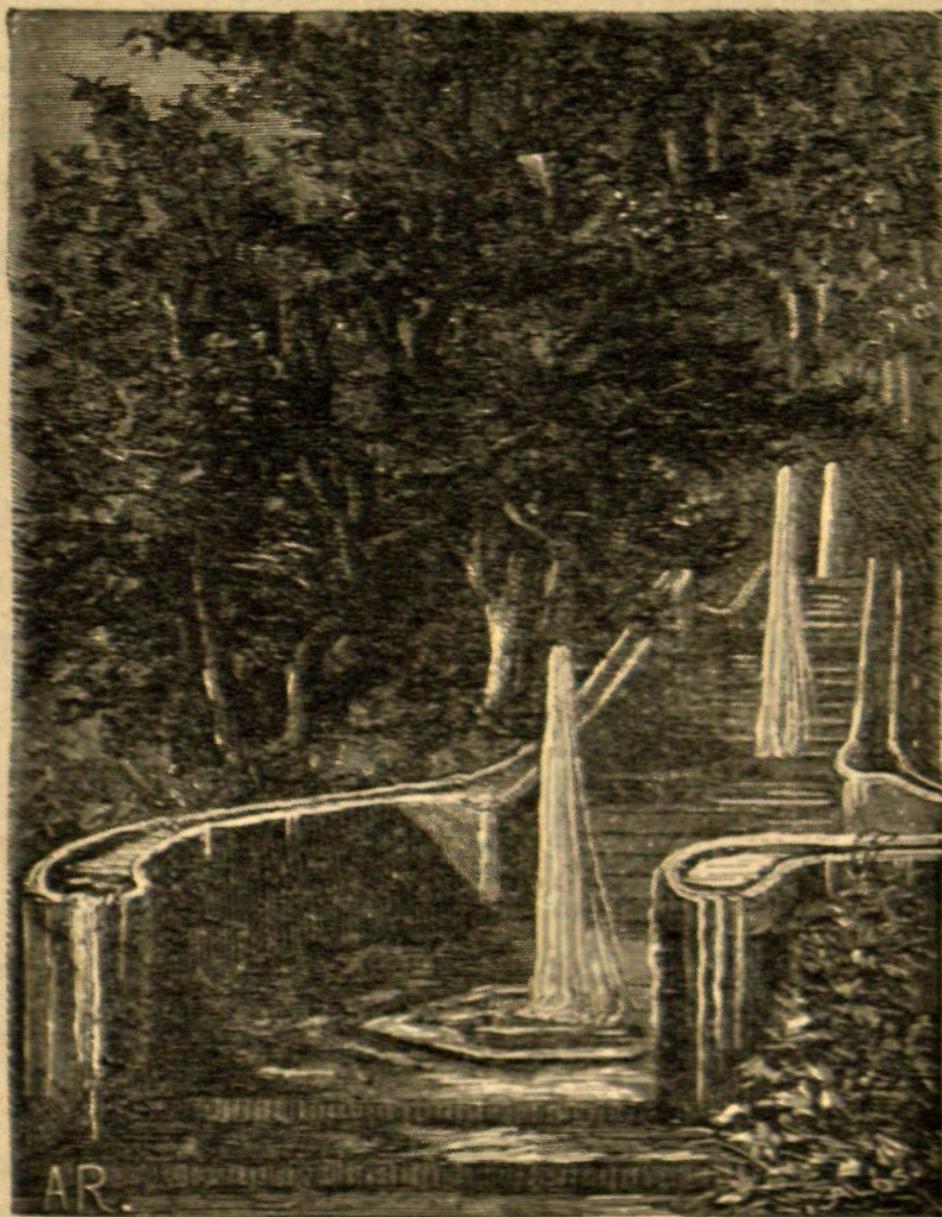


Fig. 32.

comparables, pueblan las calles y cuadros del jardín que en todos sus puntos convida á entregarse á deliciosos ensueños al viajero ménos poeta, entre los muchos que acuden á ver el Generalife. Quisiera que hubieras visto una sola vez los cipreses de esta man-

sion de los reyes de Granada para que no se te ocurriese la menor duda, de cuán elegante, variado en sus líneas y hasta movido es un árbol que en las comarcas septentrionales adorna sólo los lugares mortuorios. Entre aquellos cipreses sobresale uno llamado de la Sultana, al cual la tradicion enlaza con las aventuras galantes de la favorita de Boabdil el Rey Chico. Las aguas bajan al centro del jardin de que te estoy hablando, por medio de una pendiente rápida, bordeada de un guardalado ó barandilla en macizo que sostiene unos canalones de teja. (Fig. 32). Por ellos se desliza rápidamente el agua, produciendo un manso ruido, que interrumpen á trechos surtidores en el centro de pequeños estanques, cuyas aguas á su vez saltan de escalon en escalon, dando amenidad, vida y poesía á aquellos sitios deliciosísimos. El arte, pues, domina en soberano en los jardines arábigos, de los cuales nos quedan en España ejemplares magníficos, perteneciendo al mismo estilo entre otros el chiquitin, pero lindísimo, de la audiencia de Barcelona. Con lo dicho podrás adivinar si ha de reunir fuertes atractivos el celebrado Generalife. A cuantos te he apuntado agrega tambien una vista hermosa en grado superlativo. Desde él se vé á Granada con las pintorescas torres de sus templos; detrás de la ciudad, la vega con sus campos, sus arroyos y cármenes y la muchedumbre de pueblos testigos de altos hechos de armas durante la reconquista; más allá de la vega, las altísimas sierras

de Pinos Puente, Elvira, los tres picos de Atarfe, la de Loja, que hacia Mediodia termina en el Padul en donde suspiró el último rey moro, la de Alhama y la Nevada, cuyas eternas nieves parecen el blanco alquicel del jinete mahometano, vigilante siempre por si algun dia puede reconquistar la perdida ciudad de sus glorias y de sus amores.

Y deseándote á la manera árabe «la dicha, la felicidad y el cumplimiento de las esperanzas» se despide por hoy tu amigo de corazon—F.

CARTA SEXTA.

EL RENACIMIENTO. — ÉPOCA MODERNA.

Queridísima Teresa: Al Renacimiento y tiempos modernos dedicaré esta carta terminando en la siguiente, aunque fuere á empujones, la excursion histórica que estamos haciendo por la habitacion del género humano. No ignoras que á la época que siguió á la Edad Media se la apellidó del Renacimiento, por haber revivido entónces el estudio de la antigüedad clásica, así en las letras como en las artes. Dicho se está con ello que los elementos sacados de las arquitecturas griega y romana han de aparecer en los edificios de entónces; así como en los sábios y poetas, que en la misma edad florecieron, se descubre á ojos vistas la enseñanza de Platon, Homero, Ciceron, Tácito y demás egregios autores que se hicieron inmortales en las lenguas griega y latina. No vayas á creer, sin embargo, que el Renacimiento presentó en la arquitectura una fisonomía igual en todos los siglos que comprenden los titulados tiempos modernos, puesto que en todas las naciones de Europa—á donde se limita este movimiento—ofrece fases distintas y que llevan tambien

nombres diversos para bien designarlos. Si quisiera darte cuenta algo detenida de los palacios y casas más celebrados que se construyeron en Francia, Italia y España, naciones que se señalaron marcadamente sobre las otras, tendria tela no para una carta de extension doble ó triple de las anteriores, sino tambien para una série de cartas tan extensas como la que te llevo escrita. Cogemos, pues, la cosa á vista de pájaro, como lo hemos hecho en las antecedentes misivas, tratando de sintetizarte lo mejor que sepa y pueda los caractéres más salientes que dan fisonomía especial á las construcciones particulares de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Parte por aficion á las cosas nuestras y parte por ser ellas modelos de gentileza y de inventiva, voy á reducir de momento aún más el círculo de nuestra excursion, encerrándome en España, y dentro de ella en algunas de sus monumentales poblaciones. Si hubieras recorrido, Teresa mia, Valladolid, Búrgos, Zaragoza, Granada y otras ciudades españolas de pasado no ménos ilustre que las nombradas, tendrias muy presentes en la memoria aquellos soberbios palacios con sus fachadas, ya cuajadas de menudas labores, ya desnudas de ornamentacion y gallardas con sólo el almohadillado que acusa las líneas del sillarejo. Recordarias con embeleso los portales de medio punto con las armas encima de ellos, aunque de piedra tosca á veces, como los tenia la casa de D. Diego Miranda, el caballero del verde gaban, de

quien habla Cervantes en su *Quijote*. Celebrarias cada vez que de tales moradas hablases, los zaguanes artesonados que daban ingreso á patios espléndidos, como los hay todavía en las ciudades mencionadas, y en la misma Barcelona en su antiquísima calle de Moncada; las escaleras anchas coronadas por cúpulas de madera, de estilo severo, ejemplares preciosos del arte de la carpintería, segun puedes verla en esta ciudad en el actual archivo de la Corona de Aragon; y por fin, los vastos salones, los extensos corredores, las dependencias suntuosas que adornadas con tapices de Ferrara y de Flandes, con retratos al óleo de los ascendientes del dueño, con pinturas de los maestros famosos en la decimosexta y desimotéptima centurias, con muebles enriquecidos con imaginería y ricamente tallados, constituian signo evidente de la hidalguía, rumbo é ilustre progenie de su morador ó moradores. Mas esta planta desahogada no era privilegio exclusivo de las casas señoriales, ya que los burgueses, los modestos mercaderes y hasta artesanos algo acomodados vivian tambien por aquellos años en habitaciones tan grandes, que derribadas en nuestros dias, han proporcionado terreno para alzar tres y cuatro casas de nueva planta, en las cuales pasan la vida como en un estuche un par de docenas de familias que sumarán en conjunto un centenar de individuos aproximadamente.

Al principiar el siglo XVI, vivian aún en España una pléyada de maestros arquitectos formados en la

escuela gótica, pero muchos de los cuales, deseosos de acomodarse al espíritu de su siglo, siguieron las máximas del Renacimiento, sin romper por completo con las que de antiguo habían profesado. Entónces, el gusto arábigo y los graciosos ornatos de los edificios moriscos y mudejares, la delgadeza de las columnas góticas—según lo hace notar un sábio crítico español—y no pocos de sus detalles se mezclaron con las formas romanas al objeto de ataviarlas más, y hacerlas más galanas, resultando de tan singular combinación el llamado estilo *plateresco*. ¿No recuerdas cuántas veces te he dicho que en el estudio de los monumentos platerescos podían hallar nuestros artistas y artífices fuentes inagotables de enseñanza? Plateresco se llamó el estilo por suponerse que en susafiligranadas y bien cinceladas obras habían comenzado á introducirlo los plateros de Córdoba y Sevilla, entre los cuales el nombre de Juan de Arfe y Villafañe brilla hoy y ha brillado siempre al lado de los artistas más inspirados y admirados. En los edificios y obras platerescas, las columnas dóricas y corintias tienen más altura y diámetro que lo que permite su carácter, á fin de que se ajusten á la estructura y elevación de las fábricas góticas; las cresterías, penachos y doseletes ojivales se ven sustituidos por labores de grecas, lazos, festones, etc.; las pilastras tienen entrepaños llenos de caprichosos relieves en vez de las haces de los pilares góticos; los cubos moriscos, las ajaracas y los ingeniosos almocárabes al-



Fig. 33.

ternan con los ornatos de gusto puramente latino; en breves palabras, la manera antigua y la manera moderna, que se hallaban en pugna, aparecen en los mejores monumentos españoles del citado estilo admirablemente fundidas ó siquiera combinadas, merced al talento de Gil de Siloe, Damian Forment ó Alonso de Berruguete. Hará buenos mis asertos la preciosísima puerta de la derruida *Casa de Gralla* de Barcelona, perteneciente al género plateresco. (Fig. 33.)

Casi á la vez que la arquitectura ó mejor estilo plateresco dominaba en España se iba desarrollando el que segun acertado parecer de D. José Caveda—á quien ántes he aludido—debía llevar el nombre de estilo del Renacimiento. Consiste éste en la restauracion greco-romana que se desarrolló en el siglo XVI y que entre otros admirables monumentos produjo en España el famoso monasterio del Escorial, trazado por Juan de Toledo y continuado por su discípulo Juan de Herrera. Este renacimiento, tras de un eclipse del que te hablaré luego, volvió á aparecer en los reinados de los señores reyes D. Felipe V y D. Carlos III, y muy especialmente en el de este último, cuyos años están consignados en numerosas fábricas levantadas en distintas provincias de España. Los elementos clásicos griegos y romanos se vén en las indicadas construcciones más ajustados á los cánones que se daban entónces por ciertos. Es indudable que muchas de las obras, hijas de la res-

tauración greco-romana, ofrecen cierta simplicidad grandiosa, mas también es preciso hacer notar que esta simplicidad, el rigorismo de la imitación y una suerte de pauta que no concuerda siempre con las necesidades de un pueblo cristiano y de costumbres muy opuestas á las de griegos y romanos, les dan un aspecto frío, acompasado, que deja también fríos á la inteligencia y al corazón, á no ser que á sillares, columnas y frontones hayan impreso las huellas de su ingenio los Villalpandos, Toledos y Herreras.

Te he indicado que en medio de dos restauraciones clásicas había asomado un nuevo estilo. Es este el llamado *barroco* ó *borrominesco*, que comenzó en España á principios del siglo xvii habiéndonos dejado innumerables fábricas, tanto religiosas como civiles, así públicas como particulares. Ha sido moda durante mucho tiempo, y en el día no está desterrada aún por completo, tratar con desprecio injustificado á los arquitectos italianos, franceses y españoles que siguieron tal estilo en iglesias y palacios de Roma, Paris y Madrid y de otras ciudades de las tres mencionadas naciones. ¿Quién niega que los arquitectos barrocos—llamémosles así para abreviar—cometieron grandes desaciertos, llevados de un desmedido afán de originalidad? ¿Cómo no censurar en los edificios más típicos en aquel estilo, la balumba de pilastras y columnas, ora panzudas y rechonchas, ya larguiruchas y chupadas? ¿Quién puede aplaudir aquellas cornisas cortadas y retorcidas de mil maneras, atormen-

tadas con ondulaciones y resaltos que no tenían otra razón de existencia más que la fantasía alborotada del artista ó el movimiento nervioso de su lápiz? ¿Quién vé con gusto las imágenes de santos, en actitud semi-guerrera, contorneado el cuerpo como atacados de alferecía, faltos de misticismo y hasta de la gravedad que ha de acompañar siempre á tan sacrosantas representaciones? De seguro que no hay medio de legitimar tales atrevimientos, pero como en obras creadas por hombres de verdadero ingenio, por más que anduvieran errados en los principios, debía haber algo y aún algos que mereciera aplauso cuando en tanto grado conquistaron el de sus contemporáneos, no te causará asombro ni lo causará á persona alguna discreta, que á pesar de aquellos pesares haya dicho y repita ahora que han sido tratados con injustificado desden los arquitectos, y añadido ahora también los escultores, que alcanzaron renombre en los mejores tiempos del barroquismo.

Roma cuenta en su seno preciosos palacios levantados en el siglo xvii, cuando el caballero Bernin llevaba á cabo la columnata del Vaticano y la cátedra de San Pedro; en todas las ciudades de Italia y en muchas de Francia son en número no pequeño los templos y edificios civiles de mérito notable contruidos en igual época; y España conserva, cual ricos florones de su diadema artística, iglesias como la de Belen de Barcelona, y Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza y colegios como el de San Telmo

de Sevilla, con muchas soberbias casas de grandes, diseminadas en la córte y en las ciudades principales del Reino. Hay en estos edificios una suerte de libertad que seduce por lo pintoresca y que es trasunto de la facilidad de concepcion del artista; hay en los adornos, recargados casi siempre, cierta gallardía que aumenta la vida del conjunto; hay riqueza en todos los elementos decorativos, riqueza arrojada, es cierto, á manera de indiano que viene, no á estilo de gran señor, que no necesita echar doblones al aire, para que se vea y se celebre su opulencia; hay por fin, una espontaneidad, un garbo — permítasenos esta palabra — antípodas de la frialdad, de la insulsez que se notan en las construcciones hijas de la imitacion servil, de la copia ciega de estilos y procedimientos usados por generaciones pasadas. Seria locura insignificante, no digo parangonar, pero ni comparar siquiera la arquitectura barroca ó borrominesca con las arquitecturas griega y gótica, porque estos son y serán tipos de belleza immaculados mientras el género humano conserve un átomo de buen gusto. Hasta á mi ver seria desacertada empresa anteponer las obras barrocas á las buenas fábricas moriscas, mudejares, platerescas, etc., etc. El barroquismo al recibir los varapalos que se le han propinado, pagó culpas de los que llevaron la libertad algun tanto excesiva si se quiere, hasta el delirio y la extravagancia, trazando como Narciso Thomé el *Transparente* de Toledo, ó como D. José Churriguera la portada

del Hospicio de Madrid. A estos se les puede y se les debe sentar la mano, porque fueron indudablemente en la arquitectura lo que Comella y sus secuaces en el arte dramático español. Calderon en sus más sublimes producciones, cae en el gongorismo, que es, como si dijéramos, un barroquismo literario, pero como el maestro, insigne autor de *El alcalde de Zalamea* y *La vida es sueño*, aún soñando piensa y habla con mayor lucidez que sus más perspicuos contemporáneos y sucesores, ni el cúmulo de conceptos enrevesados, ni el ovillejo del lirismo más *culto*, ni las disquisiciones sutiles que se quiebran por delgadas, tienen poder para amenguar la grandeza de la fábrica, la armonía de sus proporciones, la solidez de su estructura y el primor de sus innumerales detalles. A semejanza de lo que llevamos dicho, algo parecido ocurría en las concepciones de Francisco Herrera el mozo y de Antonio Rodriguez en España, como en Italia en las obras del Bernini, el Padre Poggio y sus imitadores.

Empero si estos artistas tenían discrecion y talento bastantes para no naufragar en medio de los escollos de que estaba sembrado el estilo que habian adoptado, no les pasaba lo mismo á los que carecian de sus fuerzas y de su habilidad. ¡Aquí de las exageraciones, Teresa mia! Abundan éstas en España é Italia de un modo extraordinario; y Madrid, sin irnos más léjos, tiene además del Hospicio varias casas de grandes churriguerescas como las tienen asimismo

Valencia en el suntuoso palacio del Marqués de Dos Aguas, (fig. 34.) y otras poblaciones de nuestra península. Obras de esta clase parecen concebidas en medio del delirio de un calenturiento. Allí se vén todas las garambainas imaginables. Ondulaciones y resaltos en todas partes y sin ton ni son, una especie de capacetes que cubren las cornisas de las columnas sin más objeto que «servir de cabalgadura á un angelote rollizo», hornacinas caprichosas hasta un extremo inconcebible, muchedumbre de figuras grandes y pequeñas, brincando las que más en reposo habrían de estar, estirando todas brazos y piernas, metidas por en medio de los miembros arquitectónicos cual si jugaran al escondite, y para completar esta máquina de extravagancias y locuras, tarjetones de mil raras formas, pellejos, lazos, manojos de flores, sátiros, mascarones, querubines, conchas, sartas de corales y en dos palabras, la *creacion entera* revesadamente combinada.

Al empezar á hablarte del Renacimiento y tiempos modernos, es decir, de los siglos XVI, XVII y XVIII he dicho que me referiria de un modo particular á las tres naciones latinas España, Francia é Italia. Casi todo cuanto hasta ahora llevo escrito en esta carta ha de aplicarse á nuestra patria, aún cuando las indicaciones generales tengan aplicacion tambien á las dos expresadas naciones. En Italia abundan de una manera extraordinaria los palacios y casas más ó ménos suntuosos construidos en aquellos siglos.

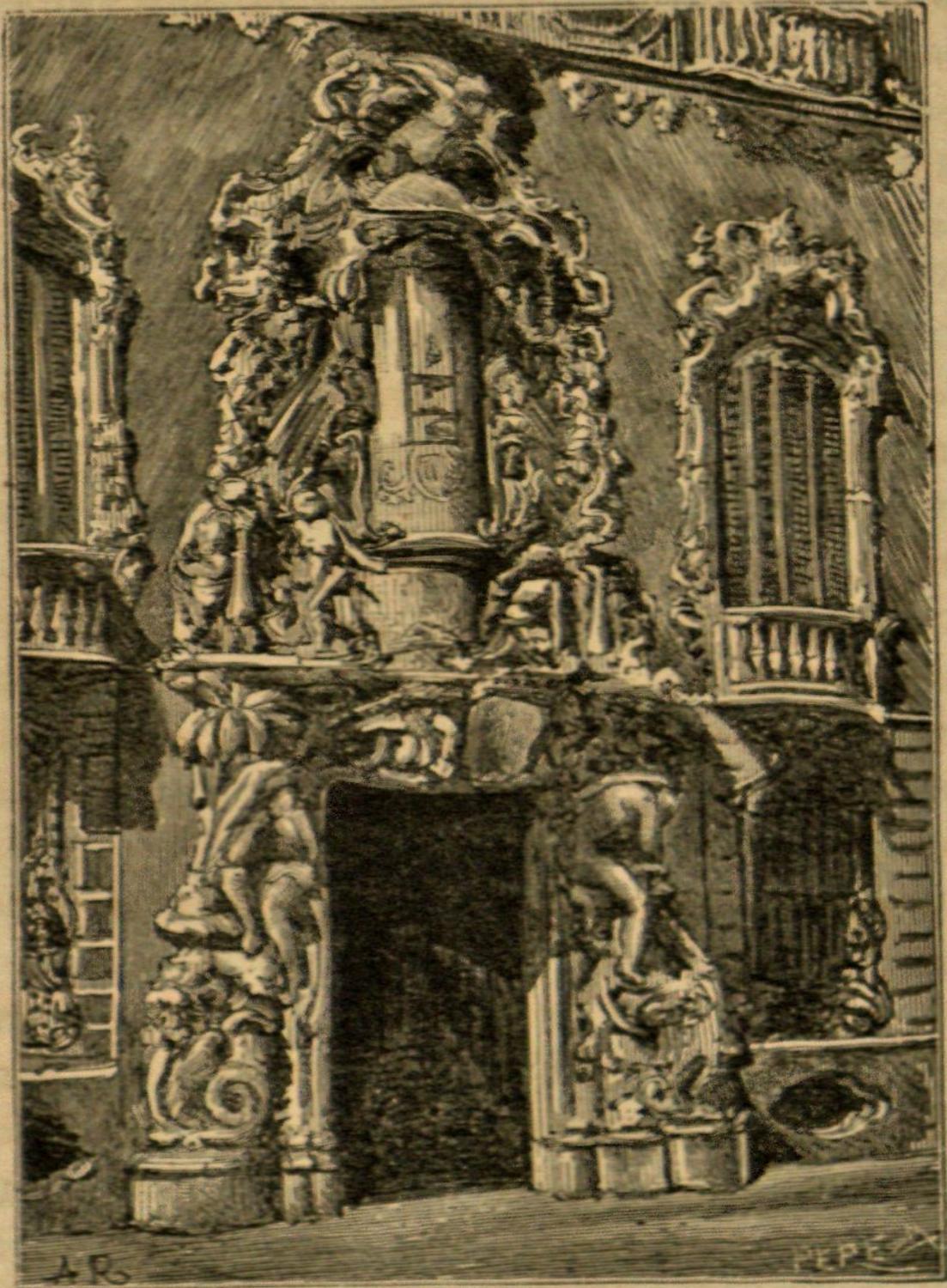


Fig. 34.

Estilo del *cinquecento* y del *seicento*, es decir, de últimos del siglo xv y del xvi llaman los italianos á la elegantísima decoracion que desarrollaron entónces sus artistas más famosos, que Rafael comenzó en las preciosas *loggias* del Vaticano con pinturas que son un poema interminable, y que en la cartuja de Pavia y en templos y palacios de Mántua, Verona, Venecia, Génova y Florencia, es objeto de estudio y de admiracion por parte de los arquitectos, escultores y artistas de todos los paises del mundo. Cuando decayeron en Italia las tradiciones góticas—que entre paréntesis no arraigaron nunca allí como en otros pueblos de Europa—atrevióse ya el Giotto, quien al igual de Leonardo de Vinci, Miguel Angel y otros vários artistas de entónces, era á la vez arquitecto, escultor y pintor, atrevióse, digo, á levantar la *Loggia dei Lanzi* de Florencia, construccion en grandes arcos de medio punto, llena de soberbias obras de escultura y la que, á mi entender, más semejanza presenta con los pórticos de la Atenas de Pericles, aunque disimilar de ellos bajo muchísimos puntos de vista. Iniciado el movimiento, Bramante, Alberti, Miguel Angel fueron adoptando las masas y los elementos clásicos para la traza de sus creaciones, apareciendo como parto colosal de este impulso las naves inmensas y la cúpula gigantesca de San Pedro Vaticano. Levantáronse entónces los palacios Pitti, Strozzi y Pandolfini en Florencia, (figs. 35 y 36.) Pompei en Verona, Farnesio y Riario en Roma,

Fóscari y la biblioteca de San Márcos en Venecia y otros vários, modelos todos de aristocrática gentileza.

Líneas sencillas, un cuadrado ó cuadrilongo, por regla general forman su planta y su alzado. Faltan los cuerpos salientes, las *campaniles* y torres que

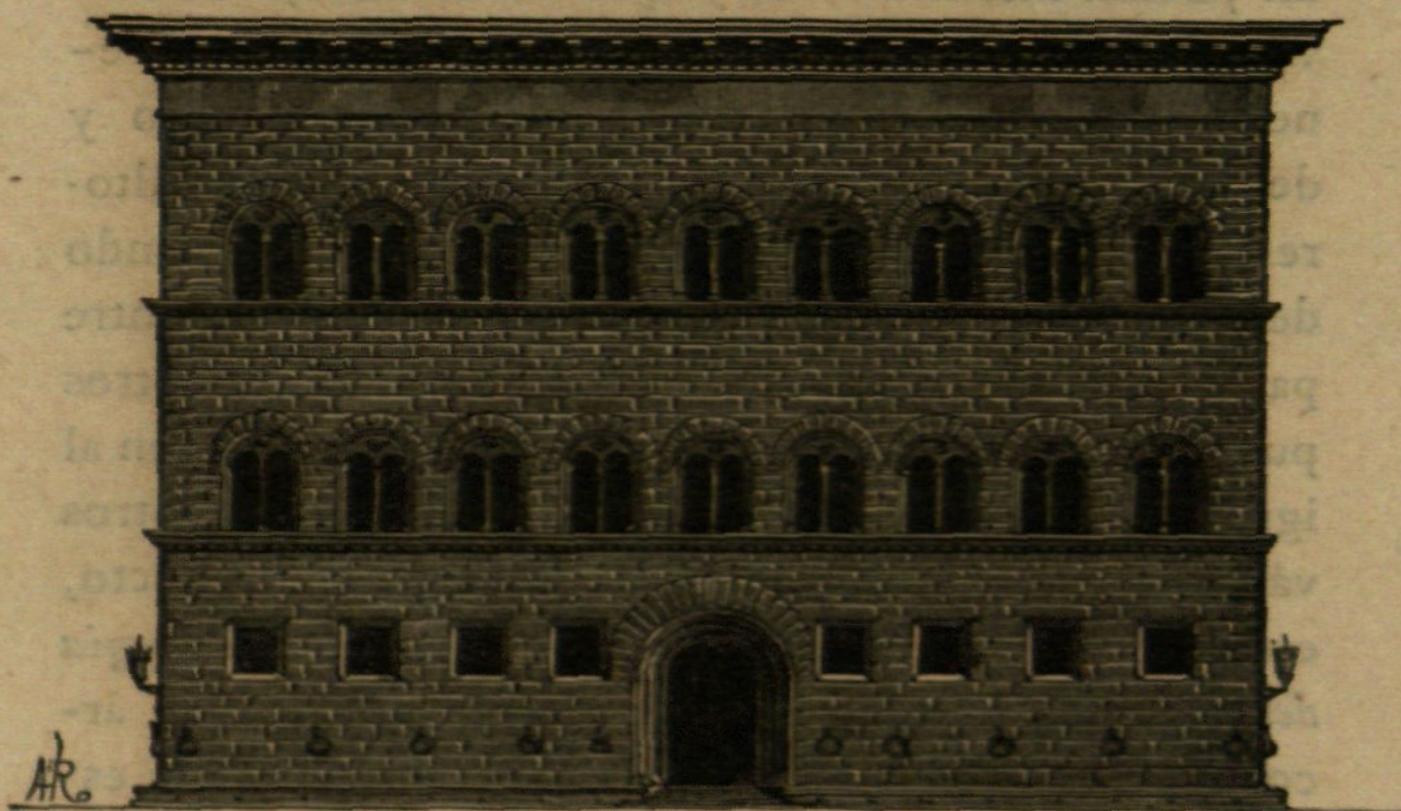
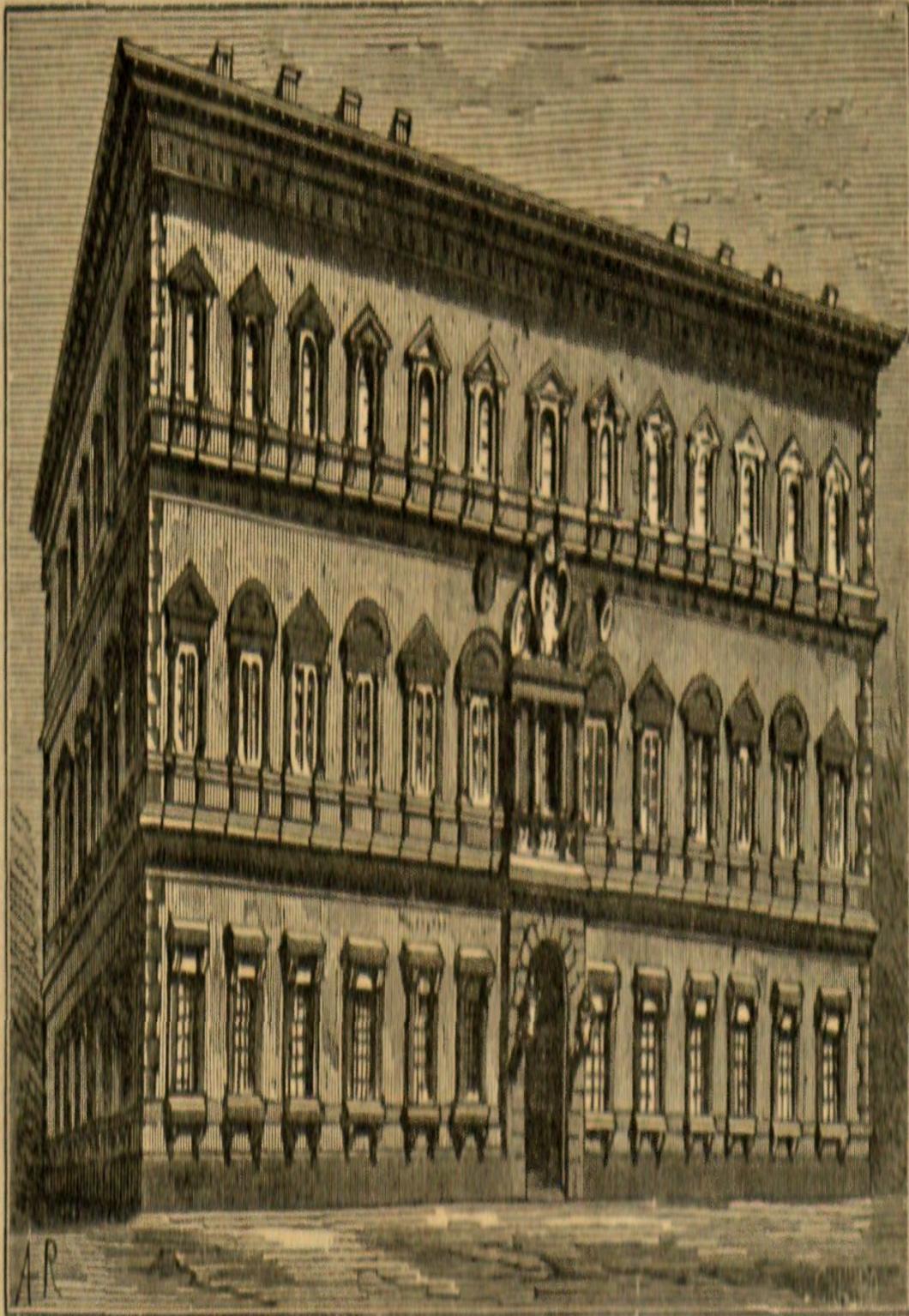


Fig. 35.

dan pintoresca fisonomía á la vetusta Siena, pero en cambio son tan elegantes las séries de ventanas que hay en los lienzos de sus fachadas, presenta cada ventana proporciones tan bien halladas, son tan majestuosas sus puertas, tan sóbrios y perfectamente dibujados sus adornos que los citados edificios causan en conjunto una impresion de majestad y de holgura que no podria explicarte con palabras y de lo que el dibujo te dará idea aproximada. Al recor-



101

Fig. 36.

rer la monumental Florencia, como al pasear las calles de nuestra Valladolid, de Toledo y de otras ciudades españolas, el viajero instruido y dotado de instintivo gusto artístico, encuentra en todas partes esas magníficas casas que por desgracia van desapareciendo y que proclaman el saber y la inspiración de los arquitectos vivientes en las épocas de que te estoy hablando. Así ha desaparecido de nuestra Barcelona la *casa de Gralla*, cuya puerta plateresca de sin par riqueza y gallardía, como has podido verlo por el dibujo, cuyas ventanas no ménos elegantes y cuyos voladizos quitaban á la calle de la Puerta-ferrisa la monotonía de las casas particulares levantadas en nuestros días.

Realzaban la belleza de tales edificios, sus preciosos jardines, como eran éstos también ornamento de Babilonia, de los palacios egipcios, de las *villas* romanas y de los alcázares moriscos. Los jardines del Renacimiento y de los siglos xvii y xviii son modelos de suntuosidad, de régia pompa, los más celebrados y de buen gusto artístico muchos de ellos. Figuran á mi entender de los primeros, y en tal puesto han de colocarse, los jardines italianos que se diferencian marcadamente de los franceses y de los ingleses, constituyendo los tres otros tantos distintos tipos, que conoce en seguida el más lerdo viajero. Voy á señalarte brevemente las diferencias que los separan. Son los que llamaremos *jardines italianos* una elegante combinación del arte arquitectónico y

escultórico y de las bellezas naturales; estoy seguro que al leer estos renglones se te ocurrirá en seguida que lo que acabo de decir es una perogrullada, ya que en todos los jardines bien trazados han de entrar la arquitectura y la escultura como ha de conservar sus fueros la naturaleza, sobre todo en el reino vegetal. Confesado, amiga mia; pero no me doy por vencido, ni mucho ménos. Si entras en alguno de los embelesadores jardines que existen en Italia, notarás al instante una cierta armonía de líneas, una hábil ponderacion de masas, un juego de construcciones y vegetacion bien entendido, paseos en linea recta al lado de plazoletas y senderos de trazos muy diversos, y sobre todo este trabajo del arte, del arte de buena ley, una riqueza de árboles y plantas que sobrepujan á la de los mármoles de los acueductos, fuentes y estatuas, el pino de los Alpes desperfilando con su soberbia cima los grupos de plantas de espeso follaje, es decir, la espontaneidad, la gracia propia, sin afeites—si así puedo decirlo—de la vegetacion, combinada á maravilla con los recursos de la ciencia y del arte para formar un conjunto que instruya á la inteligencia y cautive al sentimiento.

No son así los *jardines franceses*. Le Nôtre, arquitecto famoso que en Versailles dió la pauta de este sistema, se aficionó más que los italianos á la geometría; buscó más regularidad en todo, y no contento con ajustar á sus severas reglas, calles, callejas, plazas, plazoletas, etc., uniformó tambien los

árboles, cortando sus ramas y hojas, ya formando pared, ya en bola, ya en cuadrado y así por el estilo, algo á semejanza de lo que hizo el jardinero del romano Plinio en su *villa tusculana*. ¿Qué resultaba de esto? Que la excesiva regularidad habia de engendrar la monotonía, la falta de vida propia en cada parte ó dependencia del jardin, algo parecido á la impresion que causa un peloton ó un cuerpo numeroso de soldados bien uniformados y mejor disciplinados. En medio de aquel órden pasmoso, en medio de aquella magnificencia, porque magníficos son los jardines de Versalles, de las Tullerías y otros, todo aparecia como encajonado, ni una hoja se separaba de la línea de formacion, visto un árbol se habian visto todos los de la calle, y el jardin entero se asemejaba á una fiesta de córte en la cual la etiqueta más rigurosa hubiese señalado menudamente los trajes, actitudes y gestos de los concurrentes.

William, Kent y Browne en los *jardines ó parques ingleses* siguieron principios opuestos por completo á los de Le Nôtre. Su objetivo se cifró en imitar cuanto fuese posible á la naturaleza en su grata variedad. *Jardines paisajistas* se han llamado tambien con acierto los jardines ingleses, imitacion á su vez de los jardines chinos, porque en realidad de verdad se trata en ellos de copiar las bellezas que el paisaje presenta inopinadamente y que tan bienhechora impresion producen en el espíritu humano. Así, en los

jardines de Kent y de Browne, y en los construidos segun el mismo sistema, se simulan praderas, grupos de árboles que crecen en semi-desorden, riachuelos, saltos de agua ó llámenselas cascadas, caminos tortuosos cubiertos de verdor, cuevas, bosquecillos, todos los accidentes que se encuentran en una extension de terreno en el cual se hubiesen reunido los mayores atractivos naturales, como si dijéramos en el monasterio de Piedra, sitio en donde Dios los derramó á manos llenas para que los españoles no nos acordáramos de su existencia hasta hace poquísimos años, en que su actual propietario y algunos artistas de gran talento los dieron á conocer á los compatriotas nuestros que van á Suiza en busca de lugares amenos y apacibles. Es indudable que un parque inglés de bastante extension y bien dispuesto ha de ofrecer recreo al cuerpo y regocijo á la vista, mas no sucede otro tanto si en algunos metros cuadrados se quiere disponer un jardin por este estilo, y mucho ménos, si el punto elegido para emplazarlo está situado en las latitudes meridionales de Europa. En espacio reducido todo aparece mezquino y lo es en efecto; dan grima los puentes y cascadas liliputienses; causan pena las calles que apenas miden veinte pasos; y el espectador avisado se imagina que se encuentra en uno de aquellos paises de madera ó de plomo que arman los chiquillos en sus juegos. Y no te digo nada, si el jardincito se halla en las latitudes á que te he hecho referencia, porque

el mantener verdes los *parterres*, le cuesta un ojo de la cara al propietario, cuando en los pueblos septentrionales la humedad misma del clima obra el prodigio, como pudiera hacerlo un jardinero brujo por arte de encantamiento. En resumen: en los *jardines italianos*, el arte y la naturaleza se combinan admirablemente; en los *franceses*, el falso arte mata á la naturaleza; y en los *ingleses* por afan de copiar las bellezas naturales, se corre el riesgo de ponerlas en caricatura. Por todo lo cual, ya deducirás que mis aficiones se inclinan abiertamente hácia los jardines de Italia, sin desconocer las excelencias de los otros, haciéndome la ilusion de que compartirias mi parecer, si conmigo hubieses paseado por los jardines Boboli del palacio Pitti en Florencia y por los jardines de las *villas* romanas Borghese, Corsini, Doria, Pamphidi y otras, cuya grandiosidad, elegancia y encantador aspecto sólo pueden compararse con nuestros bellísimos sitios reales de Aranjuez y San Ildefonso, con los que tienen muchísimos puntos de contacto. La vista que te incluyo de los jardines de la *villa* Doria Pamphili en Roma, completará mi descripcion si por acaso hubiere quedado manca. (Fig. 37.)

Al César lo que es del César, reza el adagio, y era de justicia que no olvidara en mis cartas á los jardines modernos. Cumplido este deber, vuelvo á las habitaciones.

Francia, Alemania, Inglaterra, poseen tambien

edificios del Renacimiento destinados a habitación, y en estas naciones como en Italia, imperó también el estilo *barroco*, ofreciendo en cada una de ellas signos especiales que sirven al erudito para señalar á la vista de una fotografia ó de un grabado,



Fig. 37.

el país en donde se encuentra el edificio reproducido. Francia, como no ignoras, estuvo en auge en los reinados de los Luises XIV y XV y el fausto de la corte de Paris durante la vida de estos monarcas, debió trascender al estilo arquitectónico y decorativo, entónces predominante. También hoy se hallan en predicamento los estilos Luis XIV, XV y XVI, y á su imitacion se decoran salones, se estampan y tejen telas y se fabrican sillones, sillas, consolas, espejos y otros muebles. La imaginacion del artista puede darse rienda suelta en punto á lujo de cristales, dorados, esculturas, etc., pero como en todo estilo que tenga

libertad decidida en la ejecucion, corre gran riesgo de pasar sin advertirlo de la elegancia verdadera, al relumbron y al lujo de oropeles, de la riqueza aristocrática, al derroche del oro prodigado á manos llenas. ¡Cuántas veces al contemplar uno de esos salones decorados con más ó ménos propiedad á estilo de Luis xv, y al ver la profusion de sus dorados se me ha venido á la memoria la máxima de que el oro en la decoracion ha de ponerse como la sal en los manjares! Poca sal los sazona, mucha sal los hace insoportables al paladar más obtuso; poco oro enriquece un salon ó cámara, mucho oro lo convierte en vulgar y ridículo, asemejándole á aquellos individuos que para darse aires de gran señor se llenan las manos de sortijas y se cuelgan medallones, cadenas y otras chucherías.

Al igual que las del siglo xvi y xvii son las casas y palacios del xviii espaciosas y distribuidas de modo que puede encontrarse la mayor comodidad en cada una de sus dependencias. En cada nacion tienen algo característico, hijo de anteriores tradiciones arquitectónicas y más comunmente de las condiciones climatológicas y de las costumbres. Así, en España é Italia no faltan por lo comun los patios, muchos de ellos con galerías altas que dan ingreso á las habitaciones del dueño ó moradores, por cuyo medio se evitan en mayor ó menor grado las inclemencias del verano. Despues de haber recorrido alguno de esos palacios, despues de haber visto los

salones que hay en algunas antiguas casas que todavía se conservan en pié en Aragon, Castilla la Vieja y reinos de Valencia y Granada, despues de haber pasado en mitad del estío algunas horas sin sentir el calor en cualquiera de esas grandiosas salas, cuyo aspecto de por sí convida á echar una siesta; ¡qué mezquinos parecen los palacios de construccion moderna y los llamados *hoteles* por afan de bautizarles con nombre extranjero! ¡cuán pequeños son los salones de los que más se distinguen por su riqueza, y cuán escasas comodidades ofrecen para sortear las molestias de nuestro clima! ¡qué de disparates se vén en muchos, nacidos quizá del afan por copiar modelos ingleses, franceses y alemanes, excelentes para esos países é impropios para las penínsulas italiana y española! ¡qué olvido, qué desconocimiento mejor dicho de los ejemplos dignos de ser estudiados é imitados que se hallan en todas las ciudades más típicas de España! Parece imposible que en tanto grado se haya prescindido de la tradicion, que debe ponerse siempre en toldo y en peana para sacar de ella enseñanza y combinarla con los verdaderos progresos del dia. Si se hubieran tenido presentes los advertimientos de la tradicion, se habria recordado que los egipcios tuvieron patios en sus palacios y moradas particulares, que los hubo en Grecia y en Roma, que fueron adorno y cómoda dependencia de las casas árabes y que en la Edad Media los conventos y cenobios, y despues las universidades y co-

legios los pusieron en sus edificios para solaz y descanso de sus moradores. ¿Y no te parece que leccion tan elocuente debia ser aprovechada en los años de gracia en que vivimos? Al hablarte así, me refiero especialmente á los edificios, que personas acaudaladas han mandado construir en lo que va de siglo, para habitacion suya y de sus familias, no haciendo alusion tan directa á las casas de alquiler ó casas de vecindad—aún cuando mucho de lo que aconseja la tradicion podria aplicarse en ellas—porque los precios elevados del terreno y de la mano de obra imponen en las ciudades populosas, condiciones de difícilísimo vencimiento, que sin embargo sortean á veces con evidente ingenio los arquitectos de mayor talento. ¡Qué daño causan en las buenas costumbres y en la vida del hogar esas casas especie de falansterios en que tantas familias viven separadas únicamente por frágiles tabiques! La moral y el arte sufren quiebras por igual en tales edificios! El que ha de vivir en uno de esos amasijos de cuerpos y almas no tiene más recurso que pasar la existencia entre cuatro paredes, pintadas ó empapeladas con mayor ó menor lujo. No obstante como hoy al compás de los adelantos de la industria ha crecido la facilidad de procurarse medios con que hacer más agradable la vida, hasta las familias más modestas disponen de elementos con que engalanar los actuales chiribitiles. Algun dinerillo ahorrado del traje y del plato, mediana instruccion y sobre todo buen gusto y sentido esté-

tico serán las hadas que con su varilla mágica pueden hacer de los cuatro tabiques de un cuarto del siglo XIX, una estancia que hable á la inteligencia y agrade al corazon, despertando en él los sentimientos más nobles y más santos. Las flores, sobre todo, han de colocarse en el primer lugar entre los medios decorativos, baratos relativamente y de exquisita elegancia. Ya sabes, Teresa, cómo se cultivan hoy dentro de las habitaciones y en los balcones y ventanas, sobre lo cual se han escrito trataditos excelentes; pero acaso ignoras que un pueblo tan práctico como el inglés ha instituido premios para las ventanas mejor adornadas con flores, así como para las habitaciones alhajadas con mayor sencillez y buen gusto. Y si á las flores, añades una fotografía, un grabado de un cuadro ó monumento célebres ¿no estarán entónces bien representados en la habitación la naturaleza, obra directa de Dios con sus primores artísticos no superados por el hombre ni superables, y al par los productos del trabajo, de la constancia de la inteligencia humana? Entrar en pormenores sobre el particular no cabe en estas cartas, puesto que debería ser faena algo larga, ni entra tampoco en el plan trazado para las mismas.

Y á guisa de contera, ya que la siguiente epístola vendrá sólo á llenar vacíos de las hasta ahora escritas, permíteme que concluya la de hoy con algunos oportunos párrafos de Mister Tomas Mitchell, autor de un Manual de Arquitectura de pocas páginas

y de mucha sustancia. Pregunta el citado autor inglés: «¿Qué leccion elocuente se saca del exámen »de los restos de las construcciones lo mismo de »la Antigüedad que de la Edad Media, además de la »enseñanza que ofrecen su estilo y formas arquitectónicas?» A lo cual responde con sobriedad inglesa: «Que los viejos arquitectos trabajaron siempre »atentos al principio de emplear exclusivamente las »formas necesarias para sus edificios. Rarísimo se »hace encontrar en los restos de sus construcciones »cuerpos ó molduras de yeso ó estuco si pudieron »ser de piedra, ó inscripciones pintadas si hubo medio de grabarlas en los sillares. Todo es en realidad lo que aparenta ser. Si griegos y romanos »hubiesen erigido sus edificios como se levantan modernas construcciones, poquísimos modelos nos »quedarían en que buscar ejemplos. Cada sillar lo »ponían con la intencion de que sus hijos y nietos »en las más remotas edades lo encontraran tan perfecto como ellos lo habían dejado: su divisa no »consistía en buscar lo más barato y de ejecucion »más fácil, aún cuando no tuviese duracion mayor »que la vida de quien lo hubiese construido. De igual »modo los restos de nuestros edificios de la Edad »Media, muchos de los cuales han llegado hasta nosotros al través de sitios é incendios, estrago y »destruccion de máquinas de guerra, muestran todavía algun glorioso fragmento de mampostería ó »sillería que permanece incólume y nos sirve para

»formar concepto de lo que hubo de ser la obra en
»su conjunto al salir de las manos de aquellos maes-
»tros arquitectos.»

Medita estas palabras, que á muchas cosas pueden hoy aplicarse, y al recordarlas acuérdate tambien de tu amigo afectísimo que se te encomienda y tus piés besa.—F.



CARTA SÉPTIMA.

APUNTES SOBRE ALGUNOS PUEBLOS DE ESPECIAL FISONOMÍA
EN EL VIEJO CONTINENTE.—AMÉRICA.

Queridísima amiga: A la manera de cabos sueltos que es preciso recoger, se nos han quedado ocultos en los senos y rincones de los pueblos y períodos históricos recorridos, algunos pueblos que si bien hubiera podido incluir en alguno de los grupos anteriores, señalando entónces su peculiar fisonomía, estarán mejor aquí, reunidos en una carta, término y complemento de las que llevo escritas. Asunto de esta serán, pues, los chinos y japoneses en el Oriente asiático; los rusos, suizos y escandinavos en Europa y los pueblos principales del nuevo continente.

Existen diferencias entre chinos y japoneses, que distinguen muy bien los arqueólogos y artistas dedicados al estudio cuidadoso de sus civilizaciones; mas en cuanto toca á la habitacion humana no es aventurado aplegarles en una sola haz, dando por sentado que lo que se diga de uno, corresponde tambien al otro con levisimas variantes. El arte de la China y del Japon ha sido y sigue siendo muy apreciado por los europeos. Aparte de la paciente laboriosidad que es signo comun de ambos pueblos;

aparte de la pericie técnica que sus artifices e industriales demuestran en la fabricacion de productos cerámicos, en el tejido de la seda, en los bordados, en el labrado del marfil, sándalo, etc.; aparte de la rapidez con que elaboran muchos artículos y de la baratura por ende con que pueden colocarlos en el mercado; aparte, repito de todas estas cualidades que celebran, aplauden y admiran el ingeniero y el economista, la China y el Japon han brillado en los centros europeos y sus obras han sido suntuoso ornamento de ricos salones, por el instinto certero ó, si se quiere, por la ciencia profunda de sus artistas en combinar con asombrosa armonía los colores primarios más brillantes, algunos de los cuales, como el azul y el amarillo de sus porcelanas no ha igualado la industria de las naciones modernas más adelantadas. En el siglo x, cuenta la tradicion china, se le pidió respetuosamente á un emperador, pocos dias despues de haber subido al trono, que se sirviera indicar el modelo de los vasos destinados al servicio de su imperial palacio. El soberano, á tal demanda, escribió estas palabras: «Dése á las porcelanas en lo futuro, la tinta azulada del cielo despues de la lluvia, tal como aparece en los intervalos que dejan las nubes.» Inspirados los artistas por esta respuesta, idearon una pasta que se hizo célebre, porque era «azul como el cielo, brillante como un espejo, delgada como el papel, sonora como un instrumento de música, y de un brillo y fineza encantadores.» La

belleza de esta clase de porcelana fué la desesperacion de los imitadores que no supieron obtenerla; llamósele siempre *azul de cielo despues de la lluvia*, y cuando en el año 1368 dejó de fabricarse, los aficionados compraban á peso de oro los fragmentos más insignificantes de ella. Con la exageracion que les es habitual, afirman hoy los chinos, que sus tejonos deslumbran cual si fueran piedras preciosas, y que los rayos que de ellos parten serian poderosos á cambiar la direccion de una flecha.

Hecha esta digresion—una de las muchas que mis cartas contienen—por la cual podrás adivinar algo del carácter típico del arte chino y japonés, volvamos al punto de donde nos hemos desviado. La casa china tuvo y tiene por elemento principal de construccion las materias que el país produce abundantemente. El bambú, es árbol que crece allí de un modo prodigioso y que por sus fibras y por sus nudos se presta en gran manera para el amazon de una casa. No se necesitan grandes esfuerzos de imaginacion para comprender cómo pueden ligarse entre sí los bambúes, y disponerlos de manera que los más reforzados sirvan para sostener los ángulos de la habitacion, el techo, etc.; y con los de menores dimensiones se armen todas las dependencias de su planta. Así estuvieron construidas, poco más ó ménos, las casas primitivas chinas y japonesas. Otros elementos entraron luego en su fábrica, tales como maderas de diversas especies, ladrillos, planchas de porcela-

na, etc., etc., segun la riqueza de los propietarios y la alcurnia de las familias que las habitaban. El inglés Mister Hope, que ha tratado con gran discrecion de la historia de la arquitectura, dice que la casa china recuerda la tienda: «Sus numerosos pilares de madera—escribe este autor—sin bases y sin capiteles que sostienen el plafonado de los edificios; los techos, montados sobre esos pilares, que de lejos muestran sus aristas y sus vertientes, conservando la forma convexa, son las pieles y las estofas tendidas sobre cuerdas y bambúes. Las puntas encorvadas que aparecen en los techos, dan idea de los ganchos que sostienen las pieles desplegadas. En fin, en la extension, en la escasa altura y en la aglomeracion de sus diferentes partes, hemos de reconocer las formas y el carácter distintivo de las habitaciones en que se albergaban los antiguos pastores de quienes descenden los chinos. Parece que las casas chinas están sujetas á estacas, plantadas en tierra, que hayan arraigado en ella, acabando por quedar inmóviles.» Las casas chinas suelen tener planta baja y un piso superior, con tiendas en los lados de la puerta de entrada. (Fig. 38.) Los pisos se hallan pavimentados con baldosas de mármol, á poca que sea la holgura en que viva el dueño; los arrimaderos son de una especie de estera gruesa tejida con cañas; los muros cubiertos de papel pintado con figuras diversas, y con sentencias religiosas y morales. Sostenidas con cordones de seda penden del techo unas linternas

tambien de seda, decoradas con paisajes, pájaros y flores, como las habrás visto en algunos establecimientos de objetos de lujo. Vasos de porcelana, cajas y mesas maqueadas, y los innumerables chismes que elaboran con habilidad tan asombrosa los artífices

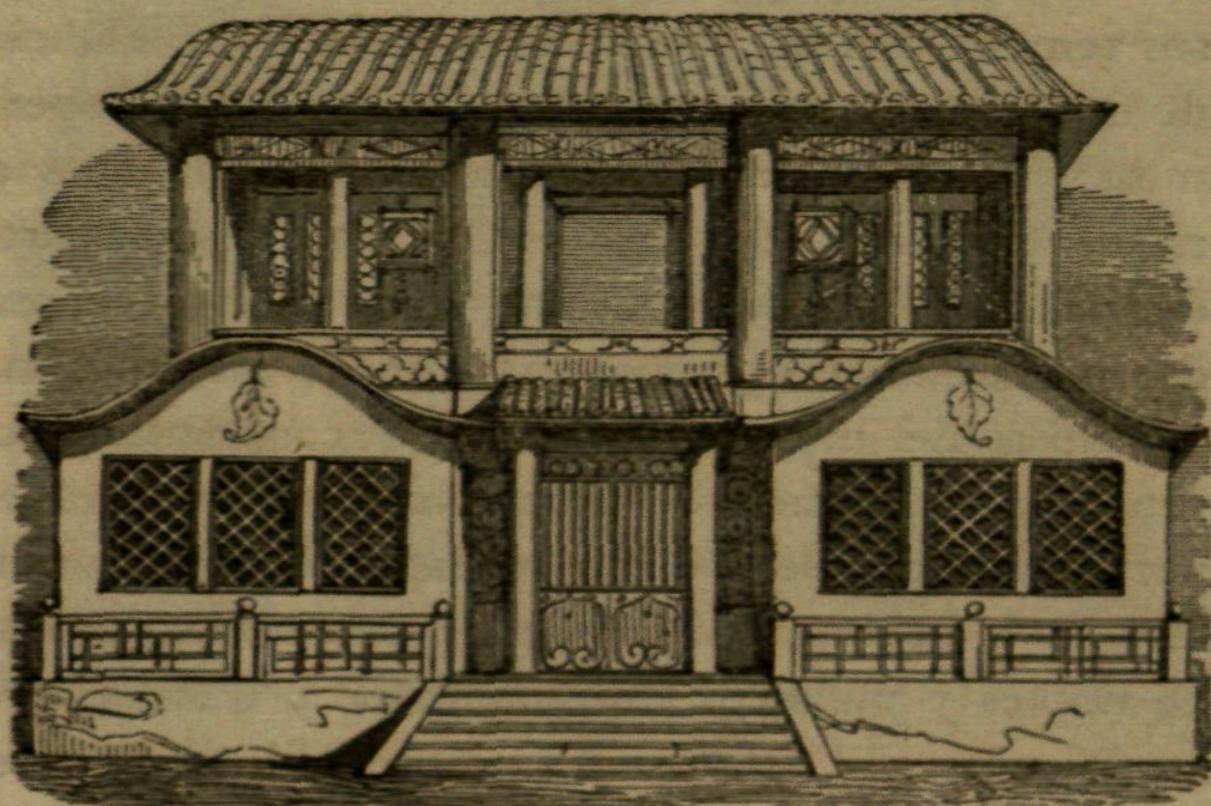


Fig. 38.

chinos y japoneses completan el ajuar de una casa del Celeste Imperio, lo propio que de una casa del Japon, con modificaciones que sólo ofrecen interés para los eruditos y los orientalistas.

Rusia, Suiza y los pueblos más septentrionales de Europa, ofrecen tambien en sus casas una fisonomía característica que permite reunirlos en un grupo. El *isbah* ó casa del aldeano ruso, el *chalet* suizo y algunos edificios particulares de la Escandinavia no se confun-

den con las construcciones de que hasta ahora te he hablado. Los palacios rusos antiguos se asemejan á las iglesias griegas bizantinas en el sistema de construcción y en el decorado. Los motivos de estilo oriental con reminiscencias ó imitaciones helénicas que se ven en Santa Sofía de Constantinopla y en diversos templos rusos, aparecen asimismo en edificios de uso particular levantados en el vasto imperio moscovita. Las cúpulas recubiertas de planchas de metal brillantes dominan sobre todas las partes del palacio, castillo señorial, etc. A los levantados modernamente, sobre todo en las ciudades más populosas del imperio, la corriente cosmopolita europea les ha quitado de un modo visible aquel aspecto que tanto se avenía con las tradiciones orientales de la nación, con su clima y con las costumbres de nobles y plebeyos hoy también profundamente modificadas. El *isbah* se ha conservado mejor, en medio de las corrientes del siglo, hecho que se comprende por ser un sistema de construcción natural, consecuencia de los materiales empleados en ella. Otro tanto acontece con el verdadero *chalet* suizo y con la casa escandinava. Hay en las tres regiones citadas, bosques en abundancia, árboles corpulentísimos y por ende tablas y tablones de todos gruesos y anchuras. Por lo contrario, faltan las canteras y es difícil la fabricación del ladrillo. ¿No era lógico, pues, que los arquitectos y maestros albañiles de aquellos pueblos, combinaran las maderas al idear

las casas, de modo que pudieran servirles para todas las exigencias de la construcción? Así lo hicieron, y la vista de un *chalet* suizo por ejemplo, (Fig. 39.) indica en seguida que con maderos y tablas ha sido mon-

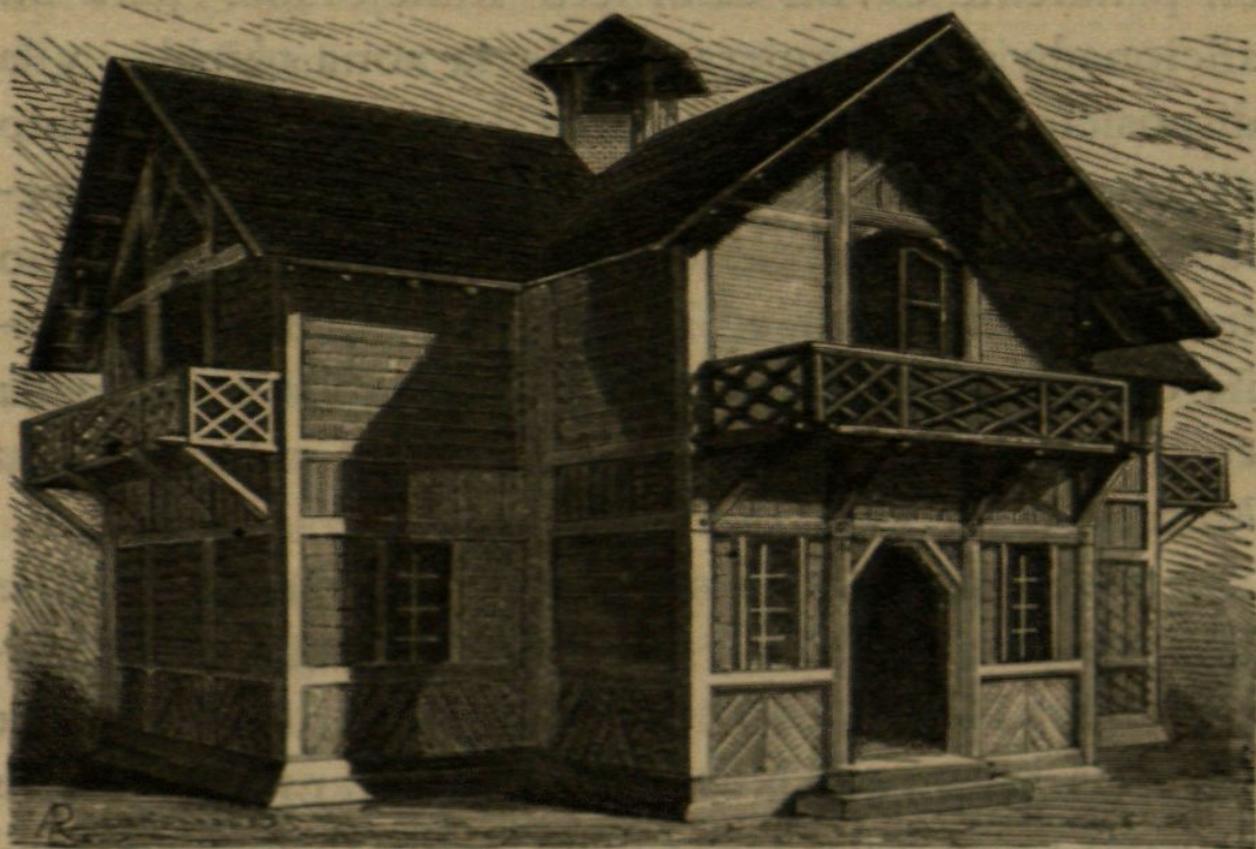


Fig. 39.

tada la casa, que sus paredes están formadas por tablones de madera, que de la misma materia son las barandas de las galerías y balcones, los aleros y todos los elementos de decoración empleados en el edificio. Este sistema presenta atractivos para la vista, sobre todo, si el autor de la obra ha tenido el talento de dejar al descubierto, enriqueciéndolo debidamente, el armazón de la casa y el material de que se halla formada. El disparate en este particular como en otros muchos, ha consistido en querer trasladar á

países calurosos como los del Mediodía de España, Francia é Italia, las casitas suizas construidas, no de madera, sino de mampostería revocada, que la imita más ó ménos groseramente. El techo de pizarra en pendiente es un calorífero inmejorable para un aficionado á la temperatura de la zona tórrida, y la disposicion de todas las piezas de la casa á propósito para achicharrarse en los dias algo calurosos del verano. En una palabra; el *isbah* ruso y el *chalet* suizo tienen razon de ser en Rusia y Suiza, no en España é Italia, como una casa de Córdoba ó Granada con patio y azotea seria una barbaridad mayúscula en Moscou ó en Interlaken.

Atravesemos, amiga mia, el gran charco, para echar una ojeada á América y concluir la peregrinacion emprendida. Méjico es la tierra clásica de la civilizacion y de las artes en el Nuevo Mundo, y aparece en este aspecto entre todas las comarcas americanas como el Nevado de Sorata en la cordillera de los Andes. Las tradiciones referentes á los toltecas, raza primitiva mejicana, se remontan á los siglos VI y VII de la era cristiana; dicese que fueron del Asia á América por el estrecho de Behring; y sean cuales fueren los fundamentos ciertos de las opiniones vertidas por los historiadores y etnólogos más sábios acerca de las emigraciones, vicisitudes y relaciones de aquellos antiguos pueblos, es la verdad que del exámen de sus monumentos puede deducirse que tuvieron comunicacion con las regiones asiáticas y con el Egip-

to. Se ha encontrado entre los mejicanos un calendario, monumentos en forma piramidal, caractéres geroglíficos y papel vegetal, cosas todas que tenían también los egipcios y que eran desconocidas de las otras regiones americanas. Moctezuma, al conquistar Hernan Cortés el imperio de Méjico, gobernaba sobre los aztecas, raza cuya civilizacion demuestran las mismas cartas del insigne capitán español y los edificios que había levantado en el suelo mejicano. Los aztecas poblaban grandes ciudades edificadas con lujo: la antigua Tenotchutlan, llamada después Méjico, comprendía una vasta extension de terreno. Dividíase en cuarteles de forma regular, separados y subdivididos por anchas calles y canales; en cada cuartel se alzaba un *teocalli* ó templo. El palacio de Moctezuma, algo parecido á las habitaciones reales de la China, se componía de vários cuerpos de edificio, poco elevados, con patios protegidos por un recinto ó muralla rectangular. Contaba espaciosos salones é innúmeras piezas recubiertas de mármoles y de madera de cedro y ciprés. En los jardines había plantas de todos géneros y especies, y el agua tomada á lejanas distancias llegaba á ellos por medio de acueductos, de los que entraba en grandes estanques, saliendo de ellos en forma de cascadas y distribuyéndose por todo el perimetro cultivado.

Las paredes de los palacios mejicanos y de sus monumentos públicos, estaban llenos de ornamentos variados, de un estilo peculiar que á veces tiene

cierta semejanza con el viejo sajón. Consisten en ser-
pientes enormes enlazadas, figuras humanas tosca-
mente esculpidas, unas como trompas de elefantes
encorvadas y que se proyectan sobre el exterior;
meandros reminiscencia más ó ménos degenerada de
los griegos, entrelazos, losanges, zig-zags, etc. En
Uxmal (Yucatan) se vén aún las curiosas ruinas de la
casa del Gobernador, vasto palacio que se eleva sobre
tres grandes terrazas superpuestas de trece metros de
altura. Su planta es rectangular; sus fachadas de
unos cien metros de desarrollo tienen once puertas
cada una de las cuales dá ingreso á dos salas si-
tuadas una tras otra. De su estilo arquitectónico,
así como del de todos los monumentos aztecas te
dará idea bastante exacta el dibujo que representa la
fachada de un rico edificio de Chichen-Itza. (Fig. 40.)

Despues de Méjico ofrece algun interés el Perú,
cuya época de civilizacion más característica corres-
ponde al gobierno de los Incas. Poco se sabe de los
monumentos del Perú, si bien algunos historiadores
han contado acerca de ellos pormenores que huelen
á fabulosos. Parece cierto que muchos edificios fue-
ron contruidos con piedras enormes, labradas con
regularidad extraordinaria, y que los departamentos
de los palacios del Rey y de los magnates estaban
tapizados con planchas de oro y embellecidos con
figuras del mismo metal colocadas en hornacinas y
que reproducian hombres, mujeres y animales. Añá-
dese que los artífices peruanos eran maestros con-

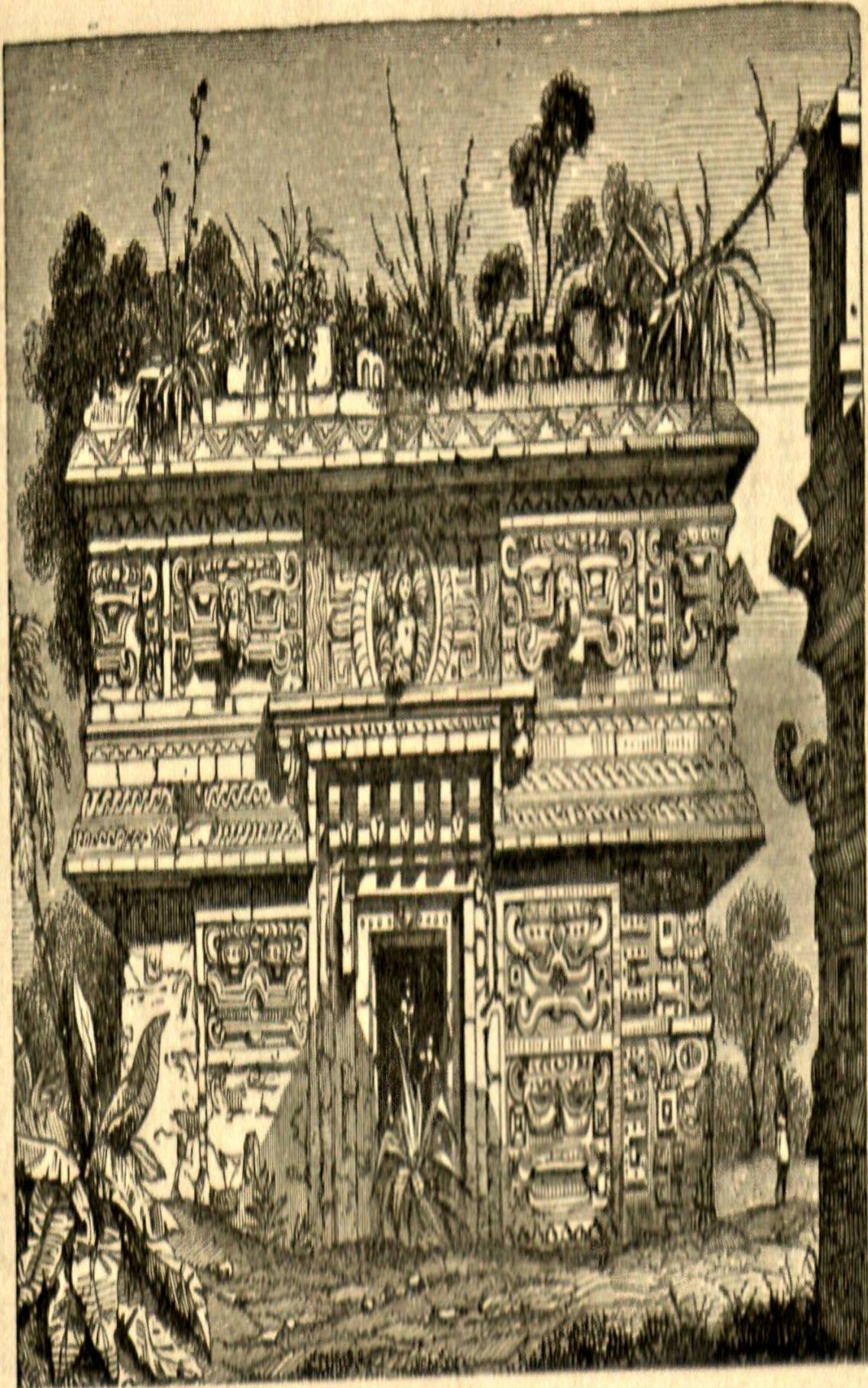


Fig. 40.

sumados en el arte de trabajar el oro imitando yerbas y plantas, en especial las rampantes, que copiaban con primor incomparable hasta el extremo de que produjeran la ilusion de haber nacido en el muro y haber tenido en él su crecimiento. Pedro Cieza de Leon, cronista del Perú, ha hablado de una pequeña casa que habia en el centro de un castillo en el

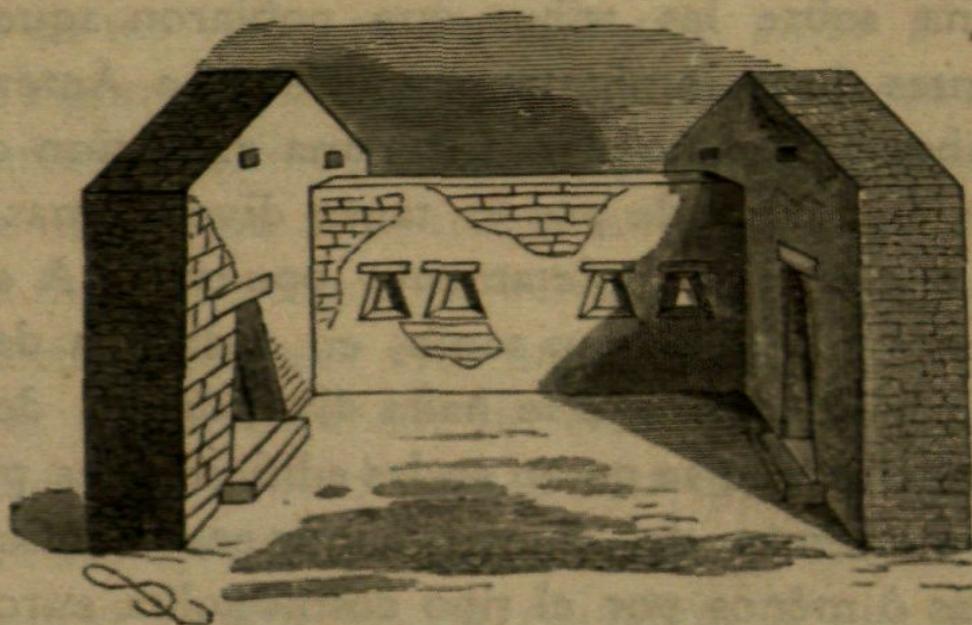


Fig. 41.

sitio llamado el Cañar : el sábio viajero Humboldt tambien se ha ocupado en su descripcion. La casa es pequeña con solos dos compartimentos; los sillares de los muros paralelipipedos, de superficie exterior ligeramente convexa, y cortada en bicel en los bordes; las jambas de las puertas inclinadas á la manera egipcia; nichos ú hornacinas colocados en el interior servian de armarios; en piedras cilíndricas salientes se colgaban las armas y vestidos y en unas

traviesas de pórfiro se sujetaban las hamacas. Las construcciones todas de los Incas, (Fig. 41.) levantadas en un territorio de más de 1800 kilómetros, se asemejan entre sí de tal manera, que parecen obra de un sólo y mismísimo arquitecto.

De las demás regiones americanas poco ha de decirse. En los Estados-Unidos han descubierto los viajeros algunos viejos monumentos que no arrojan luz alguna sobre las tribus que poblaron aquellos países ántes de la inmigracion inglesa. La América, como sabes perfectamente, tiene una extension considerable y comprende por lo tanto diversísimas latitudes y climas completamente opuestos. A estas condiciones y á las de su suelo, en cada una de las muchas naciones en que se halla dividida, se deben las diferencias que se notan en las edificaciones particulares modernas del nuevo continente, influidas todas más ó ménos por el tipo cosmopolita europeo y ajustadas muchas á él sin la menor discrepancia. Es natural que una casa de New-York ó Washington sea muy distinta de otra situada en la latitud del golfo de Méjico; como por ejemplo en la ciudad de este nombre ó en nuestra bellísima Habana. Las casas de los Estados-Unidos son reproduccion exacta de las casas de Lóndres, Paris, Madrid, Barcelona, etc.; las casas de Méjico y de la Habana ofrecen semejanzas directas con la habitacion meridional que te hé descrito al hablarte de las de Granada, Sevilla, etc., en épocas de la dominacion árabe, en el siglo xvi y

hasta en nuestro siglo mismo. Así hay en ellas patios con galerías, surtidores, jardines y agua en todas partes; es decir, los elementos que se necesitan en la zona tórrida ó en las latitudes que se inclinan más á esta que á las zonas glaciales.

Hétenos ya al fin de la jornada. Si con lo que llevo escrito consigo avivar en tí la afición que ya sientes por los monumentos artísticos de toda clase; si logro que en tus viajes te detengas con amor á contemplar algun vetusto edificio ó cualquiera construcción de artística traza; si alcanzo que no te parezca ridícula mi afición á los trastos antiguos, cuando tienen algo interesante por su belleza ó por su significado histórico, daré por bien empleada la tarabilla de mis frases y el desbarajuste de estas cartas con las cuales he cumplido como Dios me ha dado á entender ¡y ojalá sea á tu gusto! una promesa hecha con buena voluntad y con escasa reflexion. Y ¡lo que puede la manía! ahora en que te he hablado de la habitación como continente, se me ocurre que es lógica cosa darte á conocer su contenido, ó sean muebles, tapices, objetos suntuarios de toda especie, joyas, armas, utensilios, etc. etc. Nueva tentacion y nueva promesa que cumpliré, *Deo volente* y en el supuesto de que no ha de faltarme tu beneplácito. Por fortuna está cierto de tu indulgencia, el firmante que te renueva su sincero afecto, deseándote que Dios te guarde y repitiéndose tu amigo de corazón que tus piés besa.—F.

ÍNDICE DE MATERIAS.

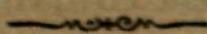
	<u>Páginas.</u>
CARTA PRELIMINAR.— <i>Objeto de estas cartas.—</i> <i>Ideas generales sobre la habitacion humana.—</i> <i>Plan de las cartas sucesivas.. . . .</i>	I
CARTA PRIMERA.— <i>El Oriente en la antigüedad.—</i> <i>Indos, asirios, egipcios y hebreos.</i>	II
CARTA SEGUNDA.— <i>El Occidente en la antigüedad.</i> <i>—Grecia.</i>	37
CARTA TERCERA.— <i>El Occidente en la antigüedad.</i> <i>—Roma.</i>	53
CARTA CUARTA.— <i>Edad Media.—Pueblos septen-</i> <i>trionales.</i>	83
CARTA QUINTA.— <i>Edad Media.—Pueblos meri-</i> <i>dionales.</i>	105
CARTA SEXTA.— <i>El Renacimiento.—Época mo-</i> <i>derna.</i>	129
CARTA SÉPTIMA.— <i>Apuntes sobre algunos pueblos</i> <i>de especial fisonomía en el viejo continente.—</i> <i>América.</i>	159

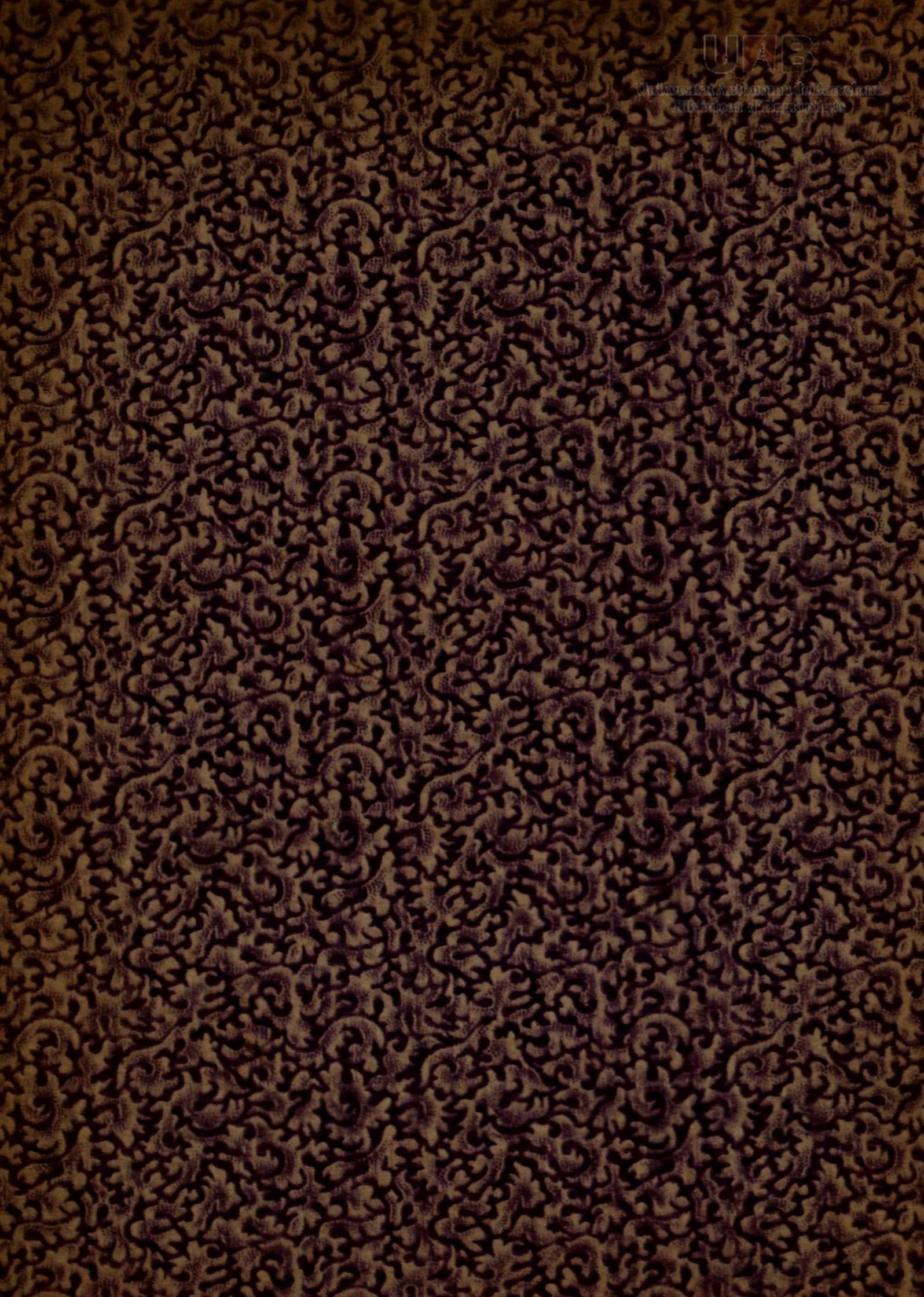
INDICE DE GRABADOS.

	<u>Páginas.</u>
FIG. 1.—Habitation del hombre primitivo.	5
» 2.—Bajo-relieve asirio.	17
» 3.—Entrada del salon del trono del palacio real de Asiria.	19
» 4-5.—Capiteles egipcios.	25
» 6.—Capitel egipcio.	26
» 7.—Pórtico del palacio egipcio.	28
» 8.—Sala egipcia.	32
» 9.—Salon egipcio.	34
» 9.—Capitel dórico.	40
» 10.—» jónico.	»
» 11.—» corintio.. . . .	41
» 12.—Patio ateniense.. . . .	44
» 13.—Motivos de decoracion griega.	48
» 14.—» » » »	»
» 15.—Cariátides del Ereccion.	51
» 16.—Calle romana.	59
» 17.—Planta de la casa romana.. . . .	61
» 18.—Atrio restaurado de la casa de Pansa, en Pompeya.	64
» 19.— <i>Triclinium</i> de la villa romana.. . . .	74
» 20.—Casa de Livia.	77
» 21.—Cenador romano.	80
» 22.—Catedral de Colonia.. . . .	85

Fig. 23.—Interior del castillo de Wartburg.	89
» 24.—Casas particulares de la Edad Media.	96
» 25.—Castillo de Guadamur.	101
» 26.—Palacio del Rey D. Martin en Poblet.	103
» 27.—Mirab de Tarragona..	108
» 28.—Decoracion del Alcázar de Sevilla.	111
» 29.—Interior de la Alhambra de Granada.	115
» 30.—Casa del Chapiz (Granada).	119
» 31.—El Alcázar de Sevilla.	122
» 32.—Jardines del Generalife (Granada).	126
» 33.—Puerta de casa Gralla (Barcelona).	134
» 34.—Céntro de la fachada del palacio del Marqués de Dos Aguas (Valencia)..	141
» 35.—Palacio Strozzi (Florencia)..	144
» 36.— » Farnesio (Roma)..	145
» 37.—Jardines de la villa Doria (Roma).	152
» 38.—Casa china.	163
» 39.—Chalet suizo..	165
» 40.—Fachada mejicana de Chichen-Itza.	169
» 41.—Palacio de los Incas (Perú).	171

Nota.—Las figuras números 1, 3, 7, 12, 16 y 19 se han reproducido de la obra de Mr. Viollet le Duc *Histoire de l'Habitation humaine*, publicada por Mrs. J. Hetzel y C.^o, de Paris.





MNAC 
Biblioteca General d'Història de l'Art



1200027223

